

A close-up, low-angle shot of a woman's legs from the knees down, wearing bright red high-heeled pumps. She is standing on a dark, textured surface, possibly a street at night, which is scattered with red rose petals. The background is dark with out-of-focus, warm-toned bokeh lights, suggesting a city street at night. The overall mood is romantic and sensual.

Valentino

NO SOY TU

CAPRICHIO

MARCOS A. C.

Valentino

NO SOY TU

CAPRICHIO

MARCOS A. C.

Valentino

NO SOY TU

CAPRICHIO

MARCOS A. C.

Primera edición.

Valentino, no soy tu capricho

©Marcos A.C.

©octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Valentino, no soy tu capricho

©Marcos A.C.

©octubre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Cuando llega el viernes y tienes esa sonrisilla de oreja a oreja a sabiendas de que, por fin, serás libre de esa carga de trabajo durante dos días. ¿Conocéis esa sensación? Sí, ¿verdad?

Pues así, así mismo estaba yo a esa hora en la que ya se ponía en marcha la cuenta atrás para salir y olvidarme de todos esos expedientes y carpetas que había repartidos en mi mesa, cada uno con el correspondiente nombre de quien debía revisarlos.

Llevaba unos años trabajando en una asesoría laboral y de gestión de empresas, en la que me sentía como una más de la familia de mis jefes, dado que siempre me trataron con mucho cariño.

Un vistacito más al reloj, cinco minutos menos para salir.

Estaba terminando de responder a unos correos cuando se abrió la puerta. No podía ser...

—Creí que no llegaba —dijo el señor Julián, uno de los mejores clientes de la asesoría—. ¿Te puedes creer que la gente se tome su tiempo para darte un simple papel?

—Me lo creo, señor Julián —sonreí a sabiendas de que, en algunas administraciones públicas, ese era el caso.

—Ni que fuera tan difícil imprimir y sellar, válgame Dios —resopló mientras volteaba los ojos y tuve que contener la risa.

El señor Julián tenía cincuenta años, era un hombre apuesto y siempre lucía impecable con cualquiera de los trajes que llevara, por no hablar de esa sonrisa de anuncio de dentífrico que a más de una en su empresa tenía loca.

Y a las pruebas me remitía, que alguna vez me había tenido que pasar por allí a recoger papeles que él no había podido entregarnos, y veía las miradas y escuchaba los suspiros cuando le veían ponerse en pie.

Cincuentón, así llamaban a esa generación, pero no seré yo la tonta que diga que el hombre que había ante mí no aparentaba más de cuarenta, así de bien se conservaba y se cuidaba el señor Julián.

—Traigo estos papales, un tema urgente. —Me tendió la carpeta.

—Perfecto, les diré a Camila y al señor Héctor —me referí a mis jefes— que usted les dejó esta documentación aquí y que es urgente que lo revisen.

—Gracias, Lorena, disfruta del fin de semana —sonrió y ahí estaba esa perfecta hilera de dientes blancos como perlas, palabras de una de sus empleadas que se me quedaron grabadas meses atrás.

—Igualmente, señor Julián —sonreí amablemente.

—El día que me trates de tú, me da un síncope. —Volteó de nuevo los ojos.

—Profesionalidad, ante todo. —Me encogí de hombros.

—Eso siempre. —Levantó la mano a modo despedida y se marchó.

Sabía yo que, por ser viernes, alguno de los clientes se tenía que colar por las oficinas con ciertas prisas, pero se iba a tener que esperar al lunes ya que mis jefes se habían ido hacía un rato y ya no volverían hasta el lunes, al igual que yo, pero a mí me quedaba media hora para acabar mi turno.

En las oficinas también trabajaba la hija de ambos, Elsa, de veinticinco años, pero estaba de escapada en Roma por lo que se fue el día anterior.

Le mandé un mensaje a Helen, mi mejor amiga, ya que teníamos una boda al día siguiente de otra amiga nuestra, Carmina.

Helen estaba casada con Juan, un militar de treinta y tres años que pasaba largas temporadas fuera de casa dado que se iba de misión, ambos tenían una hija, Daniela, mi ahijada, niña a la que adoraba y quería como si fuera mi mismísima sobrina.

Mi amiga era un año mayor que yo, acababa de cumplir veintinueve años y decidió, tras casarse, ser ama de casa y disfrutar de la hija que venía en camino y por la que se desvivía cada día de su vida.

s

Me respondió al mensaje diciéndome de quedar esta tarde en el Centro Comercial ya que había una terraza para merendar en donde había un parque de bolas en el que se metía la niña y no nos enterábamos de ella. No es que fuese mala, nada que ver con eso, porque era lo más dulce del mundo, pero bueno, así estábamos charlando más relajadas.

Necesitaba hablar un rato con ella, era la única que conseguía aplacar mis nervios y es que, al día siguiente, más que una boda, me esperaba un «pastel» por llamarlo de alguna forma bonita, aunque de bonito no tenía nada.

El pastel era un marronazo en toda regla y es que a la boda asistiría Valentino (el hermano de su futuro marido), quien fue mi novio durante cinco años y que me dejó tirada cuando acabó su carrera de medicina para irse con una compañera suya de la facultad, con la que estuvo liado durante el MIR, cosa de la que me enteré pasado el tiempo

Valentino es seis años mayor que yo, ahora mismo tenía treinta y cuatro, aunque no lo veía desde hacía dos años (que fue cuando me dejó), lo que sí había llegado a mis oídos es que estaba ejerciendo de pediatra en el hospital principal de mi ciudad.

¿No podría haber elegido otro destino? Que no era plato de gusto para mí tener que ir un día a urgencias y, Dios no lo quisiera, se alinearan todos los astros para que ese hombre y yo nos encontráramos. Pero claro, los astros, el Karma o las muelas de Satán, quisieron que ese encuentro estuviera a punto de pasar.

Me hacía sentir muy mal el saber que estaba a un día de volvernos a encontrar, de esta no nos salvaba nada de poder esquivarnos e íbamos a tener que claudicar. Porque sí, en la boda habría mucha gente, pero a no ser que me pasara toda la celebración en un armario metida viendo el evento a través de una cámara... me toparía con él sí, o sí.

Había tenido noticias que desde hacía tres meses ya no estaba con esa chica, pero como no lo nombrábamos, no pregunté nada, solo que escuché hablando a Carmina un día y supe que Valentino había terminado con la mujer por la que me dejó, cosa que me confirmó ella con un ligero comentario de pasada.

A estas alturas de mi vida lo que sentía por él era mucha rabia e impotencia por cómo se portó conmigo, me echó de su vida casi sin explicaciones y de la manera más rápida y fría del mundo.

Perdí ocho kilos cuando eso sucedió y me quedé delgadísima, apagada y con los ojos siempre hinchados de tanto llorar. Me costó mucho asumir que ya no estaría con el hombre al que amaba.

No lo odiaba, pero lo detestaba, era el ser que menos quería ver de este planeta, con el que no me gustaría intercambiar la más mínima palabra, ni por educación, y menos por ser correcta con alguien que no tuvo ni el más mínimo tacto conmigo.

^y Helen y Carmina sabían que, en esa boda, aunque me lo encontrase de frente, no le pensaba saludar. No se lo merecía. Lo repudiaba por completo a pesar de haber sido para mí una persona que amé como jamás había amado a nadie. Me entregué por completo a ese amor para luego probar la desolación que me dejó con su partida.

Mi padre decía que yo aún no lo había superado, en cierto modo tenía razón, porque si lo hubiera hecho, no me seguiría doliendo. Lo maldecía por todo el dolor que había causado en mí.

Y una vez más, el suspiro del dolor salió de lo más profundo de mi ser. Un suspiro también de anhelo, debo reconocer, por todos esos momentos bonitos que una vez compartí con el que, si me lo preguntáis, creí el amor de

mi vida, ese con el que formaría una familia, compartiendo la felicidad día tras día que veía en mis padres. Pero no fue así, para él significaron poco todos esos años juntos.

a

Terminé mi jornada laboral y me fui hacia la casa, allí estaban ya todos, mi padre que había acabado de salir de su jornada laboral como funcionario en Correos y mi madre en su turno de mañana en una clínica privada en la que desde muy joven era enfermera.

Mi hermana Alejandra tenía veinticinco años y acababa de terminar los estudios de magisterio, pero, lo último que quería era trabajar ya que era muy famosa en el mundo de las redes en las que triunfaba como *influencer* y ganaba mucho dinero con la publicidad y sus apariciones en eventos, eso sí, se pasaba todo el día grabando contenido. Siempre tuvo el apoyo de todos nosotros.

Ricardo, mi padre, tenía sesenta años, tres más que Lola, mi madre, que tenía cincuenta y siete. Ya soñaban con el momento de jubilarse y vivir la vida sin tanta responsabilidad. La verdad es que estaban estupendos y llevaban toda su vida cuidando la alimentación y haciendo deporte, todo lo contrario a lo que hacíamos mi hermana y yo, que no movíamos un dedo y encima nos gustaba comer todas las porquerías del mundo, lo bueno es que teníamos buena genética y eso nos salvaba.

Tal y como entré ya olía a pollo asado de los que compraba mi padre en el asador algunos viernes.

—¡Vivan los buenos cocineros! —grité entrando a la casa a modo irónico.

—Haber hecho la comida tú antes de irte a trabajar, que no somos criados, guapa —soltó mi madre con todo su arte, que a contestona no la ganaba nadie, pero era un amor, a pesar de ese genio que le salía de pronto y ponía la casa a temblar.

—También tienes razón. —Le di un beso en la mejilla y luego fui a dárselo a mi padre y hermana.

—¿Qué tal ha ido el día, hermanita? —preguntó Alejandra mientras poníamos la mesa.

—Tranquilo, pero ya sabes, a última hora siempre hay alguien con prisa.

—Y por eso adoro mi trabajo —sonrió.

—¿Algún acto al que asistir este fin de semana?

—De momento no, quién sabe si igual me avisan mañana de algo que pueda haber surgido.

Asentí, ya que en ocasiones le había pasado que la llamaban para asistir a un evento una noche de sábado y le avisaban a las tres de la tarde, al menos le daban margen a prepararse y había veces en las que le hacían llegar un modelito de esos que alguna firma quería que promocionara.

—¿Vosotros qué tal? —les pregunté a mis padres.

l —Como siempre, tranquilo —dijo él.

—Yo atendí a una señora con ataque de ansiedad porque su marido se mareó en casa, cayó al suelo y se dio un golpe en la cabeza con la mesa. La pobre estaba malita, malita, pensando que le perdía.

2

l —¿Pastillita debajo de la lengua? —interrogó Alejandra.

—Sabes que eso es lo más efectivo —sonrió nuestra madre.

l Hasta yo lo sabía, que después de lo del innombrable, hubo un día en el que mi madre pensó que me tendría que atar a la cama de lo mal que me puse, nerviosa y con una angustia en el alma que bien podría haber sido yo en ese momento la niña del exorcista, vaya, que hasta mi hermana dijo que temía que me diera por andar de espaldas cor pies y manos o subirme por las paredes.

Exageradita que era ella desde bien pequeña.

Pero no fue a mayores, me tomé la pastilla y cuando hizo efecto, me quedé dormida.

—Listo, vamos a comer, señoritas —anunció mi padre colocando la cazuela con el pollo y una bandeja de patatas fritas al lado.

—Con tus expertas manos en la cocina, papá, ya pueden echarse a temblar los cocineros más famosos del mundo. Ríete tú de las cinco estrellas Michelin —resoplé—. Diez deberías tener por estos pollos asados que... ¡Ay, no! S los asa don Carmelo. —Me di un leve golpe en la frente con el dedo.

—Qué guasita tiene tu hija, Lola, hay que joderse —suspiró él.

—Ah, que, cuando tiene guasita, es mi hija, pero cuando hace algo de lo que sentirnos orgullosos, es la tuya. Ver para creer —protestó mi madre levantando ambas manos—. Nueve meses en mi vientre, con los tobillos hinchados, las náuseas, los mareos, los antojos y los kilos que cogí, por no hablar de las diez horas de parto.

—¿No fueron doce? —intervino Alejandra.

—Cierto, gracias mi vida. Doce horas de parto gritando como una cerda en matanza.

—Y apretándome la mano hasta que creí que me romperías los huesos —añadió mi padre.

—Para que cuando la niña tiene guasita, solo sea mía. Hay que ver, señor, hay que ver para creer —continuó ella

hablando sin hacer caso de los huesos rotos.

Mi hermana y yo sonreímos mientras negábamos, conscientes de que ambos estaban de broma, habitual en ellos por otro lado, puesto que el amor, ese que sentían el uno por el otro, siempre, siempre, prevalecía ante cualquier cosa.

l

i

hablando sin hacer caso de los huesos rotos.

Mi hermana y yo sonreímos mientras negábamos, conscientes de que ambos estaban de broma, habitual en ellos por otro lado, puesto que el amor, ese que sentían el uno por el otro, siempre, siempre, prevalecía ante cualquier cosa.

Capítulo 2



Llegué a la cafetería del Centro Comercial en el que me estaba esperando mi amiga con su hija, la que nada más verme vino corriendo a mis brazos.

—Hola, madrina —reía pegando su cabecita a mi hombro cuando la cogí en brazos.

—Hola mi amor, te he traído un regalito.

—¿Para mí?

—Claro, ¿para quién si no? Eres la niña de mis ojos. —Le hice un guiño y la bajé al suelo mientras le daba un beso a Helen que sonreía viendo cómo le daba una bolsita que no tardó en comenzar a abrir.

—¿Qué tal estás?

—Nerviosa, Helen —dije sentándome frente a ella—. No quiero volver a ver a Valentino, no me apetece nada, pero no tengo opción y mañana tendré que enfrentarme a esos miedos.

—Joder, desde que supiste la fecha en la que se casaba estás fatal pero no te vi tan mal como hoy —decía mientras yo me echaba el flequillo hacia atrás.

—Firmaría por no volver a verlo en mi vida. —Hice como que tenía arcadas.

—¡Mamá! Mira lo que me ha regalado la madrina —dijo una Daniela de lo más emocionada, enseñándole una camiseta de la Barbie con su nombre debajo.

—¡Guau, qué suerte!, me encanta, hija —le contestó mientras Daniela me daba un abrazo y besaba mi brazo que era a donde llegaba.

—¿Con quién se queda la niña?

—Con mis padres, mis suegros están de viaje. Ahora la voy a dejar allí y ya la recojo el lunes, el domingo me lo tengo que tirar de recuperación, no va a haber alcohol para saciar mis ganas de fiesta, me lo voy a beber todo.

—Precioso, tú borracha y tu marido en Afganistán jugándose la vida —dije bromeando para buscarle la lengua.

—Nadie le obligó a meterse en el ejército. —Se encogió de hombros.

Miré a Daniela que se había quitado su camiseta y se estaba poniendo la nueva con ayuda de su mami.

—Qué bien te queda —dije poniéndome las manos en la boca para que se viera más sorprendente mi reacción. Ella se moría de la risa, era lo más simpático y noble del mundo. Un amor de niña con muchos valores.

—¿Sí? —sonrió mirándose y la madre y yo aguantamos la risa cuando la vimos girar sobre sí misma.

—Sí, cariño, y estás muy guapa con ella —le aseguró Helen.

—Me voy a jugar. —Agitó la mano y salió corriendo.

—Tengo una hija de lo más coqueta —suspiró.

—Y cariñosa, que no se te olvide —reí.

—Cierto, si no fuera por ella, por esos besos y achuchones que me da cuando dice que me nota bajita de ánimo, como sueles decir tú, hay días que se me harían cuesta arriba.

La pequeña se adentró en el parque de bolas y nosotras seguimos tomando un café en la terraza al aire libre en un lateral del Centro Comercial, a pocos metros estaban los laberintos del parque de bolas desde donde la veíamos hacer amiguitos y jugar con ellos.

s

De manera inconsciente había veces en las que, por los nervios que arrastraba desde que supe lo de la boda, me mordisqueaba el dedo, gesto que a Helen no le pasaba desapercibido.

—De verdad, Lorena, debes relajarte y mañana no venirte abajo al verlo.

—No me va a ver triste, eso tenlo claro, pero bueno que la angustia y todo lo que conlleva me está ahogando. Con todo el dolor de mi corazón ¡qué ganas tengo de que pase esa boda!

—Es nuestra amiga y la tienes que disfrutar.

Eso lo sabía, por nada del mundo haría que Carmina fuera ese daño colateral como cuando en las pelis empiezan los disparos y acaba muriendo alguien, no, ni hablar. Yo podría ignorar a Valentino todo el día, mirar hacia otro

lado si en algún momento le veía con tal de no cruzar la mirada con él, pero no estaría triste para que mi pena se le contagiara a nuestra amiga, esa para quien debía ser el día más feliz de su vida.

Y entonces se me ocurrió la idea del siglo, vaya que sí, no había tenido una mejor en... ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? ¿Siglos?

Vale, vale, no tenía yo la edad de Matusalén precisamente, pero vamos, que hacía tiempo no me venía a la mente una idea tan clara y perfecta para el día de la boda, donde volvería a enfrentarme al innombrable.

—¿Y si aparecemos con unas copas de ventaja? —solté por la boquita que Dios me había dado.

—¿Estás segura? —Helen elevó ambas cejas, sorprendida ante mi propuesta sin lugar a duda.

—Un puntito al menos, poquito. —Apreté los dientes.

—Venga, nos tomamos un cacharrito antes del llegar al evento.

—Gracias —reí.

—Espero que no nos manchemos los vestidos que tú y yo tenemos un historial...

—Lo que yo espero es que no la liemos a las once de la mañana con la primera copa y a las doce para el evento estemos dando volteretas —me reí.

—Bueno, con eso hacemos un numerito de acrobacias. —Nos dio un golpe de risa de esos que tanta falta nos hacía.

Echaba eso de menos, el reír por cualquier tontería como solíamos hacer antes de que mi vida se convirtiera en un desastre.

Porque así lo sentía, a mis ojos el haber perdido al hombre que amaba era un desastre.

No diré que de proporciones épicas ni nada de eso, pero a ver, que él era atento y cariñoso y me quería, al menos era lo que pensaba mientras estábamos juntos.

Cinco años, cinco largos años de mi vida con un hombre que al final decidió que lo nuestro no era tan bonito como yo lo veía.

Cinco años que aun ahora, dos años después de haber sufrido la ruptura, todavía sabían amargos, podía sentir cada momento vivido con él como si hubiera pasado ayer.

—Entonces, marchuqui para el cuerpo antes de la boda —dije señalando a Helen.

—Eso mismo, pero con cuidado, que veo que acabamos como dos integrantes del Circo del Sol.

—¿Quieres llevar tú los palos para los malabares? —reí.

—¿Palos? Y yo que pensaba que haríamos el numerito con las cocteleras, en plan Tom Cruise en la peli *Cocktail*, donde hace de barman.

—Pues iban a acabar lejos las cocteleras. —Volteé los ojos y se echó a reír.

Y lo decía en serio, que yo para hacer malabares era un poquito mala, la verdad.

Después de dos horas nos despedimos, Helen se marchó a llevar a la niña a casa de sus padres y yo aproveché, antes de ir a coger el coche al parquin, para entrar a una de las tiendas y mirar una barra de labios de la que usaba con frecuencia ya que la mía estaba casi acabada.

A esa barra le tenía yo un apego increíble, por lo demás, no compraba maquillaje ya que mi hermana tenía cajones y cajones sin usar de todo lo que le regalaban, menos esa barra fija de veinticuatro horas que para mí era impensable el no tenerla. Era lo mejor que había probado en mi vida.

Al final terminé entrando en una tienda de ropa que tenía muy buenas ofertas y me compré unos *shorts* vaqueros y unas sandalias planas de cuerdas que eran de lo más bonitas para las mañanas de verano.

Me pasé por casa de mis abuelos maternos; José y Mercedes, ambos tenían ochenta años, pero estaban como una rosa, jamás habían pisado un hospital y habían trabajado toda la vida, él de conductor de camiones y ella en una sastrería muy importante de la ciudad.

Se pusieron muy felices al verme llegar por sorpresa y me sacaron un refresco fresquito con un poco de queso pese a que les dije que ahora mismo no me apetecía, pero a cabezones no les ganaba nadie.

—Si es que estás muy delgada, niña, tú no comes bien por mucho que me digas —dijo mi abuela tras ponerle el queso por delante.

—¿Por qué será que todas las abuelas ven delgados a sus nietos y nietas? ¿Es una especie de misión encubierta para cebarnos a todos como pavos para después devorarnos en Navidad? —Arqueé la ceja.

—Ay, señor, qué cosas tienes —suspiró mientras mi abuelo se partía de risa.

a

—No te digo yo que no, hija —dijo él—, que tu bisabuela le decía lo mismo a tu madre.

—¿Ves? Entonces tengo yo razón, queréis nietos bien carnosos para comer en Navidad.

—José, por Dios, no le digas esas cosas a la niña que mira, luego delira.

—¿Y lo que se está riendo, qué, Mercedes? O me vas a decir que prefieres verla mustia como las plantas de tu vecina cuando está una semana fuera. Porque yo no, yo a mi nieta la quiero así, sonriendo de oreja a oreja.

Mi abuelo me cogió de la mano y dio un leve apretón. Ellos, al igual que mis padres, me habían visto por los suelos tras lo de Valentino, y él siempre estuvo ahí para sacarme más de una sonrisa, incluso cuando ni yo misma quería mirarme a un espejo.

—Mejor reír que llorar, ¿verdad, mi niña? —dijo él y asentí.

—Ya lloraré mañana al ver a Carmina vestida de novia y llorando de felicidad.

—Es verdad, que mañana se nos casa Carmina —comentó mi abuela—. Ay, hija, dale un achuchón de mi parte.

s —Lo haré, abuela —sonreí cogiendo un poquito de queso que hizo que ella también sonriera.

Sabía lo mucho que me querían, al igual que al resto, era pasión la que sentían por todos nosotros. Y para ellos, ver felices a sus seres queridos, era lo que más les importaba.

/

Me quedé hasta las diez de la noche, hora en que me marché a casa para acostarme, no tenía mucho cuerpo para nada, lo del día siguiente me tenía por los suelos y me daba rabia que por culpa de eso no iba a poder disfrutar de la boda de mi amiga.

Mis padres estaban en el sofá cuando entré y me miraron con tristeza, conocían mi cara y sabían que el encontrarme con él al día siguiente estaba siendo muy duro para mí.

Ellos se llevaron un gran palo con Valentino, a ese que lo trataron durante mi noviazgo como un hijo más, ahora no podían ni escuchar su nombre, es más lo llamaban el innombrable.

—¿Qué tal con Helen y Daniela? —curioseó mi madre.

—Bien, como siempre. La niña encantada con su camiseta de Barbie.

—Angelito, me habría gustado verle la cara —sonrió.

—Toda coqueta ella, que se la ha puesto nada más verla.

—Lo imaginaba.

—Me voy a la cama. —Les besé a ambos—. Buenas noches.

—Que descanses, hija —dijo mi padre acariciándome la barbilla.

Me metí en la cama y me puse a ver Reels en Instagram, algunos me hicieron reír y otros llorar, estaba de lo más sensible y con los nervios a flor de piel. No quería sentirme así, pero lo estaba, por él.

Valentino, ese hombre que me hizo un día tocar el cielo para al otro estamparme contra el suelo y dejarme tirada como una mierda.

—Me voy a la cama. —Les besé a ambos—. Buenas noches.

—Que descanses, hija —dijo mi padre acariciándome la barbilla.

Me metí en la cama y me puse a ver Reels en Instagram, algunos me hicieron reír y otros llorar, estaba de lo más sensible y con los nervios a flor de piel. No quería sentirme así, pero lo estaba, por él.

Valentino, ese hombre que me hizo un día tocar el cielo para al otro estamparme contra el suelo y dejarme tirada como una mierda.

Capítulo 3



Dormir, lo que se decía dormir, no es que hubiera dormido mucho en toda la noche.

Cada vez faltaba menos para ese encuentro que no quería que ocurriera pero que, dadas las circunstancias, y con el enlace entre su hermano y mi amiga, iba a ser inevitable.

Con un suspiro salí de la cama, apoyando los pies en el suelo mientras observaba ese nuevo día por la ventana.

Estaba decidida a afrontarlo, por supuesto que sí, pero no podría sin una buena inyección de cafeína en mi organismo. Lástima que no pudiera ser en vena y que hiciera efecto antes.

Eran las ocho de la mañana y aparecí por la cocina donde mi padre ya se estaba preparando un café.

—Buenos días, hija, alegre esa cara. ¿Un café? —Me besó la mejilla.

—Triple, casi sin leche.

—¿¡Triple!? —rio mientras cogía una taza para preparármelo.

—Papá tengo un nerviosismo en el estómago metido que no es normal.

—Sí lo es, tienes hoy que enfrentarte a tus miedos, esos que te producen el volver a verlo, pero tienes que ser fuerte e ir con la cabeza bien alta.

—Eso lo tengo claro, para agacharla que la agache él, que fue quien jugó sucio y se portó conmigo de manera muy cruel. —Nos dirigimos a la terraza a tomar el café.

—Cualquier cosa me llamas, que me cuelas allí y le sacó los ojos.

—Eso si no se los he sacado yo antes, que no quiero que se acerque a mí; es que me lo veo venir papá, es tan cínico que es capaz de acercarse a mí y saludarme con sorpresa y como si nada hubiera hecho.

—Puede ser una opción.

—Pues se va a llevar el palo de su vida, créeme que conmigo no juega más, que lo haga con su puñetera madre que es peor que él.

—La verdad es que no estuvo muy acertada en no saludarte cuando te encontró y el hijo te había dejado.

—Es una falsa, bueno en su casa todos los son, el padre más de lo mismo y el único que se salva un poco es el hermano, el que se casa con Carmina, pero bueno, que tampoco es que sea Santo de mi devoción, pero es el que ella eligió para compartir su vida.

—Claro y eso lo debes respetar, es tu amiga.

!l

—Lo hago, a pesar de que siempre me perseguirá el que sea hermano del innombrable.

—Disfruta, puedes hacerlo, no pienses en eso que te quemas la sangre —me pidió agarrando mi mano con cariño

—. Hoy te pones bien guapa con ese vestido que te has comprado y pásate bien, que vea lo que perdió por inconsciente.

—A ese le importará una mierda, papá, no tiene corazón.

—Pero ojos sí. —Me acarició la barbilla.

Y tanto que tenía ojos, como que los puso en otra estando conmigo, lo que al principio me hizo preguntarme si yo no fui suficiente para él, si no me quería tanto como decía, si no disfrutaba cuando...

—Lorena. —Me llamó mi padre.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Que dejes de pensar, cariño, que estoy escuchando los engranajes de tu cabeza desde aquí —sonrió.

—¿Chirrían mucho? Para echarles un poquito de desengrasante y que nadie más que yo pueda escucharlos.

y

—Ay, mi niña —suspiró mientras se ponía en pie para ir a por más café para ambos.

Al menos mi padre me entendía, no es que quisiera que me viera así de pochita y caminando como un alma en pena por la casa, llorando por los rincones como la Zarzamora, que esa pobre estaba llora que llora a todas horas, y hubo una época en la que estuve igual.

Y me jodía estar así cuando sabía que a él le importaba todo una mierda, que había hecho su vida al lado de esa otra mujer por la que me dejó.

—Toma. —Miré a mi padre y sonreí al coger el humeante café que puso en mis manos.

Y así, en silencio mientras mirábamos hacia algún punto del cielo, nos tomamos el café.

Si necesitaba hablar él me escucharía, pero en ese momento, valoré el silencio que nos rodeaba.

Me metí en la ducha después de tomar un par de cafés ya que me quería dejar liada la toalla en el pelo un rato antes de secarlo y peinarlo.

Mi hermana se levantó y me dio un abrazo de esos mimosos, esos gestos los tenía muy a menudo conmigo. La quería muchísimo y estaba muy orgullosa de esa pequeña que se había labrado con esfuerzo el ser esa reconocida *influencer* que estaba de lo más solicitada.

—Me encanta el vestido que vas a llevar, es de lo más elegante y sexy.

—Voy sin putas ganas, Alejandra, siento una presión en el pecho muy grande.

—Pues deberías de ir comiéndote el mundo, y que vea que estás más empoderada, más mujer, más guapa.

—Ay, ojalá pudiera cambiar la actitud, pero es tan difícil. —Le acaricié el cabello.

—¿Un café? —sugirió con una sonrisa.

—Sí, el tercero de la mañana. —Volteé los ojos.

—Así te vas a tranquilizar por los cojones de morita —murmuró en bajito para que no se enterara mi padre y nos echamos a reír.

Mi madre seguía durmiendo, y es que los sábados y domingos era la última en levantarse. Ese día se iba con mi padre a pasar el día a la playa y comer en un chiringuito que les gustaba mucho, pero bueno, conociéndola se levantaría a las doce de la mañana y no me iba a ver ni preparada.

Estaba terminando de servir el café cuando me llegó un mensaje de Helen.

Helen: *¿Cómo está lo más bonito del mundo esta mañana? Bueno, lo segundo más bonito. No, lo tercero, que, si no pongo a mi hija delante de ti y de mí, se me muere.*

Me eché a reír, esa mujer era única para sacarme la sonrisa y hacer que el día fuera un poquito menos gris.

Yo: *Supongo que la novia estará bien, atacada de los nervios y eso, pero bien.*

Helen: *Ya imagino, pero me refería a ti, loca. ¿Cómo estás? ¿Lista para esa copita antes del evento?*

Yo: *Lista, y para comerme el mundo con patatas si hace falta.*

Mentí, era obvio y sabía que ella misma lo vería, pero quería sentirme así.

Helen: *Pues cómetelo, preciosa, y no dejes ni las miguitas. Te veo en un ratito.*

Sonreí, cogí el café al igual que mi hermana y nos sentamos con mi padre en la terraza que daba al pequeño jardín ya que vivíamos en una unifamiliar, pequeña pero muy coqueta.

—Hijas, quería comentaros que en unos días es el cumple de vuestra tía Rosana. —Se refirió a su hermana cinco años menor que él y con la que se llevaba genial, para nosotras era casi como nuestra segunda madre—. Quería que me ayudarais a elegir un regalo, tu madre dice que no está para calentarse mucho la cabeza ya que mi hermana es muy peculiar.

—Claro, déjanos pensar, pero un bolso de su firma favorita sería todo un acierto —dijo mi hermana.

—Pues si puedes ir mirando algo, te lo agradecería.

—Ni te preocupes, luego miro —dijo y él asintió sonriendo.

Sin duda, él para los regalos que tenía que hacerle a mi madre era el mejor, acertaba seguro porque conocía los gustos de su mujer como nadie, pero cuando se trataba de su hermana... otro gallo cantaba. Razón no le faltaba a mi madre en que su cuñada era muy peculiar, y es que, si el regalo no le entraba por los ojos, se le notaba mucho.

Mi tía era profesora de bachillerato y su marido, Emilio, que tenía la misma edad que ella, cincuenta y cinco años, era director de una sucursal bancaria. Tenían dos hijos, mis primos Lázaro de quince años y Gonzalo de diecisiete. Eran muy buenos estudiantes.

Era su única hermana, al igual que mi madre que solo tenía uno, Jorge, el terror de las mujeres a sus cuarenta y cinco años que seguía soltero y triunfando entre las féminas. Era inspector de la Policía Nacional. También lo adorábamos y teníamos mucha confianza con él, en más de una ocasión nos llevó de marcha a mi hermana y a mí y casi nos dejó traumadas del éxito que tenía en la noche.

Comencé a prepararme y cuando mis padres (mi madre sorprendentemente se acababa de levantar) y mi hermana me vieron, se quedaron boquiabiertos.

—Por favor ¿se puede ir más guapa, sexy y elegante? —dijo mi hermana mirándome de arriba abajo.

—Estás preciosa, hija —murmuró mi padre sacando su móvil para tirarme una foto.

—Preciosa, cariño —dijo mi madre acercándose y dando la vuelta alrededor de mí para verme por completo.

El vestido lo compré en una *boutique* muy famosa de mi ciudad, era en color rosa pastel, con un solo tirante en un hombro y estrecho por el cuerpo donde en la cintura se cortaba y comenzaba la falda con caída hasta el suelo con una apertura hasta mis caderas en una de las piernas. Las sandalias eran comodísimas y altas, en color blanco como el bolsito que complementaba mi espectacular atuendo.

El pelo lo llevaba suelto pero recogido de un lado estirado hacia atrás con una pluma a modo horquilla en tono plateado como todos los accesorios de joyas que llevaba.

Me miré en el espejo y sí, iba guapísima y dispuesta a que nada ni nadie me jodiera el día, al menos iba a poner la actitud, veríamos qué pasaría.

—Ahora mismo subía una foto tuya a mis redes y de esta te hacías *influencer* —comentó Alejandra.

—Uy, quita, quita, no me hagas viral a ver si me van a empezar a parar por la calle los paparazi. —Hice como que me estremecía.

—Anda que no, te viralizo en un momentito y lo mismo hasta te sale un novio torero o futbolista.

—Claro que sí, guapi, que va a venir a buscarme a mí El Juli o Messi, que va a dejar a Antonella. —Volteé los ojos y me eché a reír.

—Más de uno, y de dos y de tres, seguro que dejarían a su novia por ti.

, —Bueno, yo era la novia cuando me dejaron por otra —murmuré.

. —Porque ese idiota estaba ciego —protestó—. Y seguro que se dio cuenta de lo que tenía y no volverá a tener en cuanto te perdió.

—Me voy ya, que no tardará en llegar mi transporte.

—¿Una carroza con chófer para llegar a la boda como la reina que eres? —sonrió Alejandra.

’ —No hija, el taxi que haya pedido Helen. —Volteé los ojos.

—Diviértete, mi niña —me pidió mi madre dándome un abrazo.

—Y la cabeza alta, cariño.

—Así será, papá —asentí y salí de casa.

No iba a dejarme achantar, no iba a permitir que la presencia de Valentino me estropeará el día.

Y como Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, a Dios ponía por testigo que así sería, que iba a disfrutar de cada segundo de aquel día.

—Y la cabeza alta, cariño.

—Así será, papá —asentí y salí de casa.

No iba a dejarme achantar, no iba a permitir que la presencia de Valentino me estropeará el día.

Y como Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, a Dios ponía por testigo que así sería, que iba a disfrutar de cada segundo de aquel día.

Capítulo 4



Helen pasó a por mí en un taxi para irnos directas al evento, al que llegamos a las once de la mañana, creyendo que seríamos las primeras que íbamos a ir tomando un vinito, pero nada que ver con la realidad, ya había allí un montón de invitados a los que no quise visualizar directamente por si estaba él.

—No veas cómo está la feria, prima —dijo Helen que agarró mi mano y comenzó a entrar hacia los jardines del hotel rural e iba más derecha que un palo, a esa no había que decirle que levantase la cabeza.

—Madre mía, no corras tanto que voy a caer de morros. —Me levantaba un poco el vestido con la mano que sujetaba el bolsito.

—Pues mira por dónde pisas, que para algo tienes los ojos —resopló.

Y ese era el problema, que yo no quería mirar todo lo que nos rodeaba por no encontrarme con él.

—¿No te gusta ninguna mesa? —protesté al ver que seguíamos avanzando y nada, que no sentaba el culo en ningún lado.

—Demasiado cerca de la entrada.

—Eso, mejor busca una cerca del baño por si se me afloja el muelle con el vino.

Nos pusimos en una de las tantas mesas de taburetes que había repartidas por todas partes. No tardó en venir un camarero con una bandeja con bebidas y Helen cogió dos copas de vino blanco.

—No nos pierdas de vista —le dijo al camarero con guiño de ojo incluido.

—Intentaré no hacerlo —respondió con una sonrisa.

—Qué poca vergüenza tienes —me reí negando y es que la tenía, muchísima.

—Me he referido para que no nos falté la copa llena, mal pensada.

—No pensé otra cosa, pero el guiño de ojo sobraba.

—Había que incentivarlo de alguna manera. —Cogió su copa y la chocó con la mía mientras observaba a todos los invitados que ya había en los jardines—. Por cierto, llegó el momento, Valentino está aquí copa en mano y mira hacia nosotras.

Fue decir eso y beberme la copa de un trago, acto seguido le hice señas a un camarero para que me trajese otra, prefería vivir todo borracha que cuerda, lo tenía claro.

Mis ojos se encontraron con los de él, pero retiré la mirada rápidamente poniendo cara de indiferencia, por no decir con un ligero rostro de asco, que eso es lo que me producía.

Dos años, y al verle, aunque hubiera sido así de manera rápida, comprobé que estaba igual, arrebatadoramente guapo. Por mucho asco que le tuviera, no iba a ser tan cínica de no reconocer que el hombre que hacía vibrar cada jodida célula de mi maldito cuerpo años atrás, no seguía estando guapo como entonces.

—¿Qué has sentido? —preguntó Helen al ver que me quedaba callada.

¿Qué había sentido? Rabia, dolor, indiferencia, asco, furia, y algo que no sabía cómo llamar, pero que estaba convencida de que era producto de

esa primera copa que me había tomado de un trago y me había subido de manera brutal, con decir que fue como si de repente no fuera yo, fuese otra que se quería comer el mundo y disfrutar de esa fiesta a muerte, no iba a poder conmigo ese tipo que un día me trató como una mierda, tirándome a la basura sin escrúpulos.

—¡Que le follen! —exclamé poniéndome a bailar a ritmo de Maluma que sonaba de fondo.

«Tú me partiste el corazón. Pero mi amor no hay problema, no, no...»

—¡Esa es mi niña! —gritó mi amiga levantando su copa. Momento que aproveché para sacar el móvil y tirarnos una foto de lo más divertida.

Y seguí moviéndome a ritmo de esa canción, sin darme cuenta de que muchos de los asistentes me miraban hasta que al fijarme en la mesa en la que había un grupo de chicos, un par de ellos sonrieron y levantaron sus copas.

—Mírala, si al final liga hoy y todo —dijo Helen.

—Calla, loca, que yo no quiero más hombres por un tiempo.

—Es verdad, olvidaba que tenías tu amiguito a pilas —suspiró.

—¿Y quién me regaló ese amiguito?

—Una servidora, aquí presente. —Levantó la mano y acabamos riendo.

A carcajadas, así fuimos hacia la carpa donde se iba a celebrar el enlace y en la que nos pusimos atrás del todo.

—¿Aquí vamos a ver bien? —preguntó.

—Más vale, porque he olvidado el par de binoculares con el que habitualmente voy al teatro.

—¿Qué binoculares? ¿Qué dices? —Otra carcajada.

—Disculpa —llamé a un camarero que pasaba por allí—. ¿No van a poner pantallas de televisión para ver la ceremonia, como en los partidos de fútbol importantes?

—Eh, no, me temo que no, lo siento. —Frunció el ceño.

—Vaya, hombre, y yo que pensé que la suegra se había estirado y esto sería como la boda de Leti y Felipe —resoplé.

El chico sonrió disimuladamente y se fue, mientras Helen y yo nos quedábamos allí esperando el gran acontecimiento.

Cuando apareció Carmina comenzamos a aplaudirla y chillarle de todo, lo que nos reímos fue poco cuando gritó Helen ¡Vivan las amigas de la novia! La gente nos miraba con una cara que era para grabarlas y hacer un Reels de deprimidas, nosotras ni caso, a carcajada limpia que seguíamos aplaudiéndola con euforia.

—Alguien se debió peer —dijo Helen a mi oído y luego me puso cara de asco. Yo lo estaba oliendo.

—Creo que directamente se han cagado. —Comenzaron a entrarnos arcadas y salimos con disimulo para la parte de fuera de la carpa y nos pusimos ahí a fumarnos el cigarrillo.

Entrar no íbamos a entrar, ni que tuviéramos que dar la autorización para el «sí, quiero». No íbamos a tragarnos de nuevo la mierda de nadie y todo apuntaba que ese no iba a ser el primero.

—Ver no vemos mucho, pero al menos hay equipo de sonido y escuchamos —comentó Helen.

Eso fue lo mejor, porque, aunque a la novia la veíamos más bien de lejos y de espaldas, por lo menos podíamos oír lo que se decían.

—Yo, Javier, te tomo a ti, Carmina, como mi legítima esposa, y prometo amarte, respetarte y serte fiel, todos los días de mi vida.

—Más vale que así sea, porque como este pollo sea como el hermano, mal lo lleva la pobre —dije.

—Uy, qué cara de oler a mierda ha puesto la madre del novio.

—Y esa no es porque se hayan cagado a su lado, es que la tiene de serie —respondí y Helen se echó a reír.

—Yo, Carmina, te tomo a ti, Javier, como mi legítimo esposo, y prometo amarte, respetarte y serte fiel, todos los días de mi vida.

—Joder, qué bonito, voy a llorar —murmuró Helen sacando un pañuelo del bolsito.

—Eso, tú llora y que se te caigan los churretes negros por las mejillas. Ya te vale.

—Nena, cuando el amor es así de bonito y de verdad, ¿no es para llorar?

Pues sí que lo era, sí, pero yo no estaba para más llores que bastante había llorado por ese que no merecía ni una más de mis lágrimas.

Los novios salían y nos pusimos en el pasillo como si no nos hubiéramos perdido nada del enlace. La miramos haciendo la que se nos caían las lágrimas. Bueno, yo lo fingía, porque lo que era Helen, sí que tenía alguna que otra que secar del borde de los ojos.

; Pero como decía la canción, el espectáculo debía continuar, y yo no estaba dispuesta a emplear uno solo de mis pensamientos ese día en él, así que ¡qué siguiera la fiesta!

¿Sabéis ese día que te tomas unas copas y te sientan genial? Pues este era el día porque estaba que me salía del pellejo, y Helen, que era muy pizpireta, no dejaba de liarla. Con solo mirarla sabía qué estaba pensando.

Para la comida faltaba como una hora, sería en otra carpa, pero mientras iban a pasar canapés y bebidas para deleitar a los invitados mientras los novios iban saludando a unos y a otros.

e

Carmina se escapó de su recién estrenado marido y vino hacia nosotras sola. Agarró una de las copas de vino de la mesa y se la bebió de un trago.

—No aguanto a mi suegra, no la aguanto, ahora mismo la enterraba viva —dijo provocándonos una carcajada. Su suegra, la que un día fue la mía y dejó de mirarme por el simple hecho de que su hijo ya no estaba conmigo. La comprendía, su suegra era una bruja.

—¿Qué pasó? —le preguntó Helen en modo cotilla.

—Lo más bonito que se le ocurrió decirme es que me llevaba un gran hombre y había tenido mucha suerte. ¿Será hija de la gran puta?

—Lo es —le contestó Helen sin poder reprimir la carcajada.

—De la que me he librado. —Levanté mi copa a modo celebración y le di un trago.

—No lo sabes tú bien, pero desde hoy esa tiene la cruz hecha conmigo. Me hizo muchos feos que me comí —dijo llevándose su mano a la boca—, pero ahora se va a comer a una Carmina desconocida para ella.

—Claro que sí, que no se diga, que Carmina es mucha Carmina —reí—. Por cierto, estás preciosa —le dije acariciándole la barbilla.

—Sí que estás preciosa, la novia más bonita del mundo —dijo Helen mientras frenaba al camarero y le cogía tres copas de vino más.

—¿Un brindis? —preguntó Carmina poniendo cara de pucherito mientras cogía una de las copas.

—Pues claro —murmuré—. Por nosotras, por ti, por el futuro, que nos brille y que nunca nadie nos robe nuestra esencia.

—Pues a ver si te aplicas el cuento —contestó Helen apretando los dientes y la miramos a modo riña.

Después de aquella copita con la novia, ella volvió con su marido y siguieron esa ronda de saludos, besos, abrazos y felicitaciones, mientras yo dejaba que el alcohol se instalara en mi organismo y me diera la valentía que me había faltado en esos últimos días.

De pronto empezó a sonar otro tema que solíamos escuchar mi hermana y yo cuando estábamos de marcha, y me vine un poquito más arriba y ahí que puse a bailar.

Me iba a acordar al final del día en todos los antepasados del que había inventado los tacones finos, que sentaban bien y estilizaban las piernas, pero no eran idóneos para el baile.

a

Un giro aquí y otro allá, y más miradas de algunas de las mesas donde varios hombres sonreían, y yo a mi rollo, con Helen coreando la canción de Sebastián Yatra acompañado de Mau y Ricky.

«Hace rato no la ven, pero hoy salió a beber, porque ya no tiene novio...»

En ese momento sentí una mirada, eché un vistazo fugaz y sí, Valentino me observaba, mientras, apoyado con el

codo en una mesa, se acercaba la copa de vino para darle un sorbo.

Que bebiera, que disfrutara del vino, porque si le conocía, y lo hacía un poquito, iba a necesitar de mucho líquido para hacer pasar el desplante que le haría si se le ocurría acercarse a mí.

codo en una mesa, se acercaba la copa de vino para darle un sorbo.

Que bebiera, que disfrutara del vino, porque si le conocía, y lo hacía un poquito, iba a necesitar de mucho líquido para hacer pasar el desplante que le haría si se le ocurría acercarse a mí.

Capítulo 5



Momento de pasar a la carpa donde se celebraba el banquete...

—Valentino está mirando hacia nosotras —me dijo disimulando entre risas cuando nos estábamos sentando en nuestra mesa.

—Que mire, que mire... —sonreí ampliamente y di un trago a la copa de vino.

Había perdido la cuenta de las que llevaba, pero no debían ser más de ¿cuatro? ¿Cinco, tal vez? El caso era que estaba de vicio, el novio se había estirado en pedir el de las mejores bodegas del país, al parecer.

Una de las condiciones que le pusimos a Carmina para la boda, es que nos pusiera una mesa para nosotras dos solas que no queríamos sentirnos incómodas con extraños ni nada por el estilo, la otra fue que si llegado el caso me iba porque me sentía mal allí a tan pocos metros de Valentino, no se iba a enfadar, pero eso no iba a pasar, este día me había servido para darme cuenta al cruzar la mirada con él, que yo estaba por encima de todo, que no se merecía que yo estuviera llorando a pesar del tiempo, que hoy me lo iba a pasar bomba y que no era yo la que iba a sufrir ni lo más mínimo.

—Qué pinta tiene eso —dijo Helen al ver pasar a los camareros con los platos en las bandejas—. Menos mal que no desayuné para que probar todo.

—Y que te quede hueco para la tarta, que lo sé yo —reí.

—Obvio, ¿qué es de una boda sin la tarta? Por favor, el dulce es lo mejor de todo el menú.

—Con todo el azúcar que te metes en el cuerpo, no sé cómo no eres diabética.

—Eh, ¿hola? Marido militar, largas temporadas fuera, mi amiguito a pilas a veces no es suficiente y necesito azúcar para el cuerpo, ¿te suena? —Volteó los ojos.

—En ese caso, bienvenida la sobredosis de azúcar. Pero a mí que no me falte bebida hoy, que me estoy notando

contenta.

—Contenta dice —resopló—. Vas a acabar la noche bailando por bulerías.

—Mira, como Bisbal.

Estallamos en una carcajada y notamos que algunos de los invitados de las mesas de alrededor nos miraban como pensando que quién coño eran esas dos locas que parecían que las habían echado de comer a parte.

Y oye, básicamente así era porque estábamos las dos solas, pero mejor eso que mal acompañadas.

La comida la pasamos rajando de todos los modelitos exagerados que había en la boda, sobre todo el de una joven que llevaba un sombrero que pillaba media mesa y rozaba a los que tenía a cada lado. ¡Qué poco sentido común! Y menos comer con eso puesto, en fin...

También nos reímos mucho con los gritos que metían los invitados; ¡Vivan los novios! ¡Viva la madre que os parió! y alguna que otra tontería que se escuchaba por ahí. Estuve a punto de gritar ¡Viva mi puta exsuegra! Pero me contuve, era la boda de mi amiga y si no había provocación, no habría consecuencias.

—¿Seguro que a la suegra no se la olvidado sacarse el palo de la escoba del culo? Vaya cara tiene —dije, haciendo que Helen escupiera el trago de vino que acababa de dar.

—Hostia, qué mala eres —rio.

e

—¿Mala yo? Mala ella, que mira la cara que tiene. Ahí, delante de todos los invitados, y con esa cara agria.

—Será que no le ha gustado el pastel de cangrejo.

—¿Era cangrejo? Joder, y yo pensando que la suegra había pagado langosta.

—Calla, que, si es tan bruja, igual hay langosta, pero en modo plaga como la de la Biblia.

El vino no me estaba sentando de aquella manera a mí solamente, que Helen tenía también su buen punto. Cómo se notaba que no tenía a la niña hasta el lunes, mi amiga iba a dar el do de pecho en la fiesta. Pero cuidado, que a su pequeña Daniela se la comía y la amaba con locura.

Tras la comida llegó el momento cafés y tarta, esa que cortaron a ritmo de La Niña Pastori y su tema *Válgame Dios*, la verdad es que fue un momento muy emotivo y chulo. Sobre todo, la forma en que se miraban y los miraba la suegra. ¡No podíamos parar de reír!

—El amor entre ellos es evidente —sonrió Helen mientras aplaudíamos al ver a Camina comer ese pedazo de

pastel que Javier le daba.

—Igualito que el de la madre, mira qué cara de asco.

—¿No se da cuenta que le va a fastidiar la boda a su hijo?

—Esa mujer el sentido común lo perdió hace tiempo —resoplé.

Carmina estaba de lo más enamorada de su ya marido, al igual que él de ella, pero sabía que entre la madre de esta y ella, se había abierto una brecha muy grande y más porque en más de una ocasión la había puesto de vuelta y media, pero lo que le había dicho hoy, se había echado su propia condena.

Salimos a otra zona de los jardines donde había una zona de fiesta, allí había tres barras y la música comenzaba a sonar. Justo cuando estábamos en una de las barras pidiendo unas copas, noté una presencia a mi lado que me observaba. Giré la cabeza y me encontré a un Valentino sonriente.

—Hola, Lorena. Estás preciosa —dijo amablemente.

—Valentino, vete a tomar por culo. —Le saqué el dedo a modo de peineta y me giré topándome con una Helen que intentaba aguantar la risa, pero no podía.

Cogimos las copas y nos fuimos a una de esas mesas altas que había repartidas por todos lados. Apoyamos nuestros bolsos y copas.

—Tía, hoy te has coronado, le has respondido como se merecía y ese gesto con el dedo fue lo mejor.

—Me he quedado súper a gusto, te juro que ni he titubeado —dije soltando el aire—. Que no, que él será el pediatra buenorro que conquistará muchas mujeres, pero yo soy una mujer que no me hace falta ir conquistando mil hombres, prefiero amar de verdad, no desde la falsedad que no lo hace.

—Oye, que como dice la canción de la Shaki y la Karo, él está bueno, pero mucho más buena estás tú.

—Obvio, pero no voy tan subidita como él.

Cogí la copa y le di un buen sorbo pensando en que mucho había tardado Valentino en hacer esa maniobra de acercamiento. Por Dios, ni que fuera un pavo real intentando cortejarme.

aPero como le había dicho a Helen, a mí ese no me quitaba las ganas de nada, y mucho menos de disfrutar del día, de reír y bailar como si no hubiera un mañana, así me tirara una semana con los pies doloridos por tanto zapateo.

Carmina apareció quitándole a Helen la copa de la mano.

—Hoy hubo una boda, pero el funeral también se va a celebrar, me tiene hasta el mismo coño esa mujer y hoy se propuso joderme el día y se está buscando que le ponga una maceta en la cabeza.

—Pues estaría guapa tu suegra con una maceta como si fuera una flor de feria —rio Helen tratando de calmarla.

—¿Qué pasó ahora? —pregunté con cierta preocupación, al fin y al cabo, era su boda y se suponía que debía ser un día superbonito.

¿

—Pues que me ha dicho que podría haber elegido un vestido de corte más de princesa. —Bufó y volteó los ojos antes de dar otro trago.

—¿En serio? —grité poniéndome la mano en la boca.

—¿Y no le has contestado nada? —preguntó Helen.

—Pues claro, le he dicho que la que me casaba era yo y gracias a Dios no tenía sus gustos, que solo había que verla a ella que parecía una bombona de butano con ese vestido naranja que la hacía tan gorda.

—No me jodas... —Helen intentaba no reír, pero le estaba costando, igual que a mí.

—Anda que no, me iba a callar yo, y pobre como suelte algo delante de mis padres, se la comen viva.

—No lo hará, ella es muy viva para eso —le aseguré.

—Lo sé, pero más viva soy yo para contestar, que venga por otra, la dejé diciendo repetidamente que yo no tenía vergüenza. Pues me alegro de que se haya dado cuenta.

Javier se acercó a nosotras y abrazó a su mujer desde atrás.

—Mi madre dice que quiere bailar luego algo conmigo, que le hace mucha ilusión.

—Mira Javi, te lo digo en serio. —Se giró mirándolo en tono muy amenazador—. Como lo hagas, te juro que cojo y me piro a celebrar por ahí con mis amigas a solas, esa mujer es una bruja y hoy le dio por mí, así que no le des el placer que lo hace por joder y llamar la atención. ¡Que se comporte!

—Relájate vida, te lo tomas a la tremenda.

—No me toques las narices, Javi, no me las toques que te juro que estoy muy calentita aguantando sus groserías y comentarios malintencionados. Como bailes con ella pasas la noche de novios durmiendo solo, no me pongas a prueba.

—¿Cómo le voy a decir que no?

—Con la boca, hijo, con la boca. —Bufó más cabreada.

—Pero es mi madre.

—Pues que se comporte como tal, Javi.

Este se giró y se marchó descontento y sin ganas de seguir discutiendo. Carmina de espaldas sonreía y nos guiñaba el ojo.

—Pobre, está entre la espada y la pared —comentó Helen tras dar un sorbo a su copa.

—Es su problema, si quiere que la ponga en su sitio. ¿O me iba a permitir a mí que le estuviera a ella tocando las narices?

—¿Crees que bailará con ella? —curioseé.

—Si lo hace, nos vamos de marcha las tres esta noche, jurado. —Besó sus dedos en plan promesa—. Y si no lo hace, quiero que esta noche aquí se viva la mayor fiesta. ¿Ponemos mi boda patas arriba? —nos preguntó en plan desafío.

—A buena le has ido a dar ideas —contestó Helen señalándome.

—¿Qué pasa conmigo? —Fruncí el ceño.

—Nada, solo que al paso que vas, acabas con el vino, la ginebra, el mojito y todo el alcohol que haya.

—Que yo me entere —dije apoyando el codo en la mesa señalando a Carmina—. Tu marido contrató barra libre ¿cierto?

» —Sí.

:l

—Lo que quiere decir que aquí hay alcohol en cantidades indecentes, como para una boda.

—Sí —rio Carmina.

—O sea, que una servidora no tiene que pagar ni una gotita de nada, ¿verdad? —Arquee la ceja.

—No, nada de nada.

—Bien. —Carraspeé—. Pues esta que está aquí, copa de vino en mano, va a coger ahora tres de champán para brindar con vosotras.

Justo pasó una camarera con una bandeja llena y la hice parar, cogí seis copas, de las cuales tres dejé en la mesa y las otras, entregué una a cada una y me quedé con otra en la mano.

—Por la novia más guapa del mundo, le pese a la suegra lo que le pese —dije levantando la copa—. Por las mujeres como nosotras.

—¿Locas de psiquiátrico? —preguntó Helen, pero ignoré que interrupción.

—Simpáticas, listas, felices y con buen corazón, porque si lo tuviéramos podrido como la bombona de butano, ya le habríamos puesto dos velones negros para que le salieran verrugas por todo el cuerpo —Carmina sonrió—. Por ti, mi niña, que hoy es tu día, tu puto día feliz, y lo tienes que disfrutar al máximo.

Bebimos tras el brindis, yo me lo acabé de un trago y fui directa a por la segunda copa, y ellas negaron, pero no dijeron nada.

Sabían lo que tenía que aguantar, no solo el que Valentino estuviera por allí rondando, sino que la madre, esa que, si se moridera la lengua se envenenaría, me observara también de vez en cuando con mala cara.

—Así que, una boda patas arriba ¿no? —pregunté dejando la segunda copa vacía en la mesa.

—Miedo me da esa carita.

—Que no, mujer, que yo soy más buena...

Se miraron y me eché a reír. Buena era, eso no me lo iba a negar nadie, pero ya no era la tonta que iba a llorar por las esquinas.

Y justo en ese momento, cuando la música empezaba y reconocí la canción de *Sin pijama*, solté un grito mientras levantaba la mano y me cogía la falda del vestido para levantarla un poco y no pisármela.

«Solo, solito en la habitación. Busca que busca de mi calor. Oh, oh. No, no...»

Ahí que me puse a bailar con Helen y la novia, entre ambas a modo sándwich, mientras nos contoneábamos y encendíamos al personal.

Porque sí, las miradas de algunos hombres no se apartaban de nosotras, pero nada que ver con el fuego que nos lanzaba su suegra.

—Está amargada —dijo Carmina sin parar de sonreír y bailar mientras mirábamos las tres a su suegra.

—Yo diría que le hace falta un buen meneo, ¿su marido no le da salami? —preguntó Helen y nos doblamos las tres de la risa.

—Ni siquiera un poquito de fuet, diría yo —contestó Carmina—. Me da que desde que tuvieron a Javi, no ha habido tema.

—Así está la mujer, avinagrada perdida —resoplé.

Y tras el baile erótico festivo con el que deleitamos a todos, y que fue aplaudido e incluso vitoreado por muchos de los invitados, entre ellos el novio, Carmina regresó con él para tomarse una copa de champán ante la mirada de su querida suegra.

—Está amargada —dijo Carmina sin parar de sonreír y bailar mientras mirábamos las tres a su suegra.

—Yo diría que le hace falta un buen meneo, ¿su marido no le da salami? —preguntó Helen y nos doblamos las tres de la risa.

—Ni siquiera un poquito de fuet, diría yo —contestó Carmina—. Me da que desde que tuvieron a Javi, no ha habido tema.

—Así está la mujer, avinagrada perdida —resoplé.

Y tras el baile erótico festivo con el que deleitamos a todos, y que fue aplaudido e incluso vitoreado por muchos de los invitados, entre ellos el novio, Carmina regresó con él para tomarse una copa de champán ante la mirada de su querida suegra.

Capítulo 6



Me puse debajo de uno de los aires acondicionados que había en la carpa de la fiesta, había sentido un golpe de calor muy grande. Helen había ido a por dos gin-tonics y ya la veía venir bailando a golpe de Gente de Zona.

Le seguí el ritmo mientras me daba la copa y cantábamos a todo pulmón *La Gozadera* moviendo las caderas de manera desorbitada, parecía que nos íbamos a desmontar.

— «*Y se formó la gozadera, Miami me lo confirmó*» —gritamos una vez más.

Pero yo sabía que había un par de ojos mirándome en todo momento, Valentino no me quitaba la vista de encima y lo pillé en varias ocasiones mirándome de lo más descarado.

¿Acaso le apetecía lo que un día dejó? O lo que es peor, ¿le jodía verme feliz y pasar de él? Que no era el caso porque lo había pasado muy mal, pero era lo que estaba aparentando y lo iba a llevar hasta el final.

A golpe de cadera, a base de copas, y riéndome hasta de mi sombra si hacía falta, pero a mí ese no me jodía más, que bastante lo hizo al irse con otra y dejarme con el «corazón partío», como decía Alejandro Sanz.

Su madre también me miraba a lo lejos y yo subía mi mano, haciendo una peineta mientras bailaba y se la dedicaba a ella, si lo quería entender bien y si no también, esta boda que pensé que tanto me iba a afectar estaba siendo toda una liberación para mí, me sentía segura, vale que el alcohol ayudaba, pero mi arte también.

Hablando de arte, yo siempre había sido muy graciosa y divertida, fue cuando me pasó lo de Valentino que me volví un tanto introvertida y seca, no me aguantaba ni yo, estaba irreconocible.

Pero como diría la gran María Jiménez ¡Se acabó! El verlo y esas copitas me habían hecho volver a la realidad y darme cuenta de que yo estaba por encima de él, que ni Valentino ni nada merecía que estuviera tirada por los suelos.

Cinco años de mi vida que le había regalado más dos de dolor, demasiado tiempo perdido como para seguirlo perdiendo más.

Helen estaba desatada, bailando de manera exagerada todas las canciones de moda que habían salido estos últimos meses llenos de mensajes a ex y que yo aproveché para cantarlo a todo pulmón.

Como por ejemplo la de *Mi ex tenía razón* de Karol G, esa que canté, pero con la mejor de las coreografías, mientras me paseaba por toda la carpa moviéndome de lo más sensual, al menos me veía así con esas copas que me había tomado y me gustaba cómo me sentía.

«*Mi ex tenía razón. Dijo que no iba a encontrar uno como él y me llegó uno mejor...*»

Y en ese momento en el que bailaba, choqué por la espalda con alguien. Cuando me giré, sentí las manos en los codos para mantenerme en equilibrio y vi una bonita sonrisa acompañada de unos ojos negros como la noche.

—Lo siento, no te vi —dije con una sonrisa.

—Tranquila, estoy ileso.

—Gracias a Dios, no quisiera yo que acabaras la boda en urgencias. ¿Vienes de parte del novio? Porque si fueras pariente o amigo de la novia, yo te conocería.

—Soy amigo de Javi, sí —sonrió.

—Un amigo muy sonriente. Que te diviertas —dije agitando la mano y volví a acercarme a Helen para seguir bailando.

—¿Quién era ese? —me preguntó.

—Ni idea, amigo de Javi. —Me encogí de hombros y seguimos bailando.

Y en cuanto acabó la canción vimos aparecer a la novia, con una carita de velatorio...

—Un chinchin por las niñas más molonas de toda la fiesta —dijo Helen cuando se acercó Carmina y chocamos la copas.

—Esta boda va a ser la más corta del *ranking* —dijo Carmina negando—. Odio a mi suegra y le está jodiendo la boda a su hijo, esa me está buscando y me va a encontrar.

—Calma en el alma, culito de rana —le murmuré casi balbuceando y a ella se le escapó una carcajada.

—Si no la mato hoy, la mataré mañana —dijo provocando que a Helen y a mí nos diera un ataque de risa, momento en que miré hacia donde estaba la suegra y nos miraba con cara de cochino sabiendo que de nuestras

risas ella era la protagonista.

s

Y yo, que ya estaba que me aplaudía a mí misma, levanté la copa mirando hacia ella y se la dediqué mentalmente pese a la cara de asco tan grande que tenía.

Realmente debería de estar feliz, ni la aguantaba a ella, ni vivía un amor de mentira con el putón de su hijo y estaba libre como el viento, no como ellos, con una cara de amargados que se percibía en el ambiente.

—¡A bailar! —grité— Que la tarde comienza fuerte y la noche me la voy a beber sorbo a sorbo.

Carmina se marchó sonriendo al tiempo que negaba, al menos le sacaba una sonrisa y la hacía olvidarse de la bruja de su suegra, a quien me había dado por llamarla mentalmente naranjita cabreá y me reía sola.

—Me juego la vida que después del dedo que le sacaste al energúmeno, viene a por otra peineta —me dijo Helen contoneando sus caderas mientras absorbía por la pajita de su cubata.

—Que venga, que venga —me movía a ritmo de la canción y me sentía de lo más eufórica y segura, como hacía mucho no me sentía.

Y ahí llegó Marc Anthony para acompañarme en mi baile, y no podía ser una canción mejor que esa, que bailé y canté a puros chillidos.

— *«Yo que te conozco bien, me atrevería a jurar que vas a regresar, que tocarás mi puerta...»* —grité, y Helen empezó a reír mientras negaba y yo me encogía de hombros.

¿No os pasó nunca que pasasteis del drama a comeros el mundo? Pues eso precisamente era lo que me había pasado a mí en estos momentos, que al mundo me lo quería comer, que me sentía fuerte y que algo había pasado que de golpe y porrazo se me habían ido todos los dramas.

—Eso es el alcohol que te sentó de lujo —dijo Helen.

s—Y sacarle el dedo —nos reímos.

—Qué a gusto te has quedado —me cogió el culo y en ese momento vi a mi exsuegra mirando con repudio.

A huevo me lo puso, que me tiré hacia mi amiga y le di un beso en los morros, de esos de película, para que se pusiera peor la odiosa.

—Nos está mirando Valentino.

—No, lo mejor es que nos vio la madre, pero no seas descarada, está que echa humo.

—Lo que debería de echar es toda la maldad que tiene en su cuerpo.

Eso de que me estuviera mirando Valentino me hacía poner más crecidita, momento que desfogue cantando la de Shaki con la Karol G.

— *«Tú te fuiste y yo me puse triple M: más buena, más dura, más level»* —grité moviendo las caderas.

Hasta al suelo me tiré con Helen al hacer la coreografía, pero que nos salió hasta bien, por poco nos dejamos las rodillas en el suelo, pero nosotras felices, nos sentíamos las reinas de la fiesta.

—Nena, a ver quién es la guapa que se levanta ahora —dijo muerta de risa cuando acabó la canción.

—Pues nosotras.

—Estoy por pedirle al novio un dinerito por el espectáculo que estamos dando.

—Mejor se lo pedimos a la madre, que le va a gustar más la idea...

Nos empezamos a reír de tal manera en cuanto puse la cara de asco de mi exsuegra, que hasta me dolía la barriga de reír.

Carmina no dejaba de venir a desahogarse y quejarse de la suegra, esa que parecía que quería darle el día, lo peor de todo es que lo estaba consiguiendo porque a la pobre se le notaba de lo más cabreada.

—Si es que saca lo peor de mí —dijo Carmina tomándose la copa de una vez.

—¿Quieres un Lexatin? —preguntó Helen.

—Qué eres ahora, ¿farmacéutica? —Arqueó la ceja—. Mejor dame un cigarro.

Nos miramos y al ver que Carmina extendía la mano y movía los dedos como si tuviera prisa, se lo dimos, y ya de paso nos fumaríamos nosotras uno.

—Mierda, no encuentro el mechero —dije rebuscando en el bolso.

—¿Lo has perdido?

—Pues debe ser, porque el bolso es pequeño, a no ser que sea una puerta a Narnia y no me haya dado cuenta.

—Verás tú que, para un cigarro que me quería fumar el día de mi boda, me quedo con las ganas.

—La bruja de tu suegra, que me lo ha robado. —Bufé.

—¿Cuándo, Lorena, si no se ha acercado a nosotras en todo el día?

—Con sus poderes de bruja, que seguro que esa piensa algo y lo hace.

—¿Cuánto ha bebido? —rio Carmina.

—¿Los floreros todavía tienen agua? —respondió Helen.

—Sí.

—Pues entonces no lo suficiente para desvariar tanto —rio.

—Aquí no está. Mira en tu bolso —le dije a Helen.

Eché un vistazo, pero nada, allí tampoco estaba.

—A la mierda, me voy a buscar fuego. —Me giré cogiéndome el vestido y tras mirar alrededor, vi que en una de las mesas había un par de chicos fumando y me acerqué, toda sonrisas y coqueta—. Hola, perdonar, pero, ¿podría darme fuego?

—Fuego el que estás encendiendo tú, bonita —sonrió uno de ellos.

—¿Yo? Si he perdido mi mechero. —Me encogí de hombros.

—Inocente, me encanta —dijo el otro—. Ten.

Sacó el mechero del bolsillo y me lo acercó, cuando se encendió mi cigarrillo solté el humo y sonreí dándole las gracias.

;

—Un placer ayudarte. Pero ¿y si me das algo a cambio? —propuso con la ceja arqueada.

—Depende de lo que pidas.

—Que bailes conmigo.

—Ah, eso. —Noté que me miraban, y al echar un ojo a la izquierda, vi a Valentino—. Pues la siguiente canción es toda tuya, bombón. —Le hice un guiño.

—Te tomo la palabra —gritó mientras me iba.

—¿Qué ha dicho que te toma ese? —preguntó Carmina mientras les dejaba mi cigarro para que se encendieran el suyo.

—La palabra, que le he dicho que la siguiente canción la bailaba con él, lo pidió por darme fuego.

—Bueno, un baile no es tan malo —sonrió Helen.

Hasta que la música que empezó a sonar fue el *Despacito* de Luis Fonsi y me puse a temblar.

No es que quisiera yo bailar con tres metros de distancia entre el muchacho y yo, pero tampoco pegarme cual lapa a él.

—Ánimo y al toro, cariño —dijo Helen.

—Serás hija de fruta —resoplé.

Pues al final el baile no estuvo tan mal, que se le dio muy, pero que muy bien, mover las caderas al hombre que a pesar del baile sensual y pegadito que nos estábamos marcando, fue de lo más educado y no se propasó en ningún momento.

—¿Me reservas otro, preciosa? —preguntó con esa sonrisa de medio lado que podría hacer que las piernas de cualquiera se volvieran gelatina, menos las mías.

—Que no decaiga la fiesta —sonreí—. Uno, y los que quieras. Pero solo bailar ¿eh? Y así, en vertical y con ropa.

—No se me ocurriría pedir que fuera de otra forma. —Hizo un guiño y volvió a la mesa con su amigo.

—No sabía yo que Fernando se moviera tan bien —comentó Carmina cuando me uní a ellas.

—¿Le conoces?

—Es amigo de Javi, muy majo y simpático.

—Y es guapo —añadió Helen.

—Sí, bueno, no me he fijado. —Cogí una de las copas de la bandeja que llevaba la camarera que pasaba en ese momento, y le di un buen trago—. Bueno qué, ¿vosotras no bailáis?

—Sí, sí, ahora cuando pongan la de *Paquito el Chocolatero* —respondió Helen.

—Madre mía, y si además me dices que después ponen *La Barbacoa* de Georgie Dann, me da un patatús. —Bufé.

Ambas soltaron una carcajada, esa que se convirtió en un grito cuando empezó a sonar una que le gustaba a Helen

Y así, cadera va y cadera viene, y por el camino el cuerpo se entretiene.

Me lo estaba pasando en grande, pero en grande. ¡Quién me lo iba a decir!

—Madre mía, y si además me dices que después ponen *La Barbacoa* de Georgie Dann, me da un patatús. —Bufé.

Ambas soltaron una carcajada, esa que se convirtió en un grito cuando empezó a sonar una que le gustaba a Helen.

Y así, cadera va y cadera viene, y por el camino el cuerpo se entretiene.

Me lo estaba pasando en grande, pero en grande. ¡Quién me lo iba a decir!

Capítulo 7



La noche estaba siendo recibida con un montón de canapés, que no dejaban de aparecer a mano de los camareros, y un Valentino que no me quitaba la vista de encima, además lo hacía en plan descarado.

—Disimula, que viene hacia aquí —me dijo Helen sin dejar de moverse, de un lado a otro, a ritmo de Rosalía.

«Que yo estoy ocupá' olvidando tus male'...»

—Que no lo haga, por su bien que no lo haga —sonreía mirándola con malicia.

Y mientras hacía como Rosalía, mover las caderas de lao' a lao', me hice la loca como si no supiera que Valentino se acercaba, otra vez, a mí.

—Perdona, Lorena, ¿tienes dos minutos?

—Hombre, Valen. —Lo miré con una sonrisa de lo más irónica—. Pues mira, no. Si ya perdí cinco años de mi vida a tu lado ¿de verdad te crees que voy a perder dos minutos más cuando ahora ya estoy perdiendo uno en contestarte? Hazte un favor, ve al baño y hazte una manola. —Le hice un guiño y le di la espalda para seguir a lo mío con Helen que seguía bailando de lo más emocionada y atenta a la vez, esa estaba en todo, además de aguantar la carcajada porque había escuchado lo que yo le había respondido.

Sabiendo que aún estaba allí, cogí una copa de la bandeja que me pasaban por al lado en ese momento y le di un sorbo haciéndole un guiño a Valentino. Le di de nuevo la espalda y me centré en la música y en Helen.

—¿Una manola? —preguntó echándose a reír cuando él por fin se giró y se marchó.

—Un dedo, una manola, verás lo próximo que le tengo guardado. —Solté una carcajada.

—Ese no viene a por otra.

—¿Que no? En un rato está acercándose. —Volteé los ojos.

—Muy segura estás tú para lo cabizbaja que viniste.

—Más triple M. —Le recordé.

—Me encanta que saques ese lado que perdiste hace mucho —reía.

Por extraño que fuera, incluso a mí me estaba gustando sacar de nuevo ese lado mío, ese que había dejado atrás por culpa del dolor de un desamor que me rompió en pedazos.

¿No podríamos nacer con un botón antidesamor o algo así? Uno que, cuando ves que vas a perder la esencia de quién eres, puedas pulsar y como si se reiniciara el corazón y la mente, pudieras olvidar el daño y ser quien siempre fuiste.

Pero bien cierto era que de todo debíamos pasar en la vida para aprender. Cada momento, cada situación, cada experiencia, cada tropiezo, era una lección de vida.

De ellas, de todas ellas aprendíamos para no volver a caer de nuevo, para no volver a tropezar con esa piedra del camino por segunda vez.

¿Vimos que Carmina le estaba diciendo algo a su suegra, pero en tono borde y alto porque movía hasta la mano. Esa familia iba a cobrar hoy por todos los lados.

Y de nuevo vino hacia nosotras echando humo.

—Ya me terminó de quemar, ¿pues no va y me dice que su hijo le ha pedido que baile con él, la muy mentirosa? Vamos que le dio la vuelta a la tortilla por toda la cara.

—¿Y tú que le has dicho? —preguntó Helen que no aguantaba la curiosidad de poner las palabras a esos gestos que habíamos visto.

—Que por encima de mi cadáver, que ya me había tocado mucho el coño hoy y que como bailara con mi marido la sacaba a la calle por los pelos. Y le he dicho que siga tocándome las narices y va a tener que ver a partir de ahora a su hijo por fotos.

—Ay Dios, qué bien comienzas el matrimonio —murmuré aguantando la risa—. ¿Y qué te respondió?

—Que ahora mismo iba a contarle lo sucedido. —Soltó una carcajada y la buscamos con la mirada y ahí que estaba calentando a su hijo la cabeza, pero a este se le veía muy enfurecido.

—Pues no tardó —dijo Helen negando por la papeleta que se había montado en esa boda. Vamos, esto era de

comedia americana.

—En serio os lo digo, valiente mierda de boda que encima ha venido un montón de gente que ni conozco ni tengo interés en hacerlo y qué asco de familia de mi marido, vamos, ni política ni mierda, de esos no quiero nada.

—Toma, bebe. —Le daba un gran trago cada vez que venía, otra a la que se le notaba que le estaba subiendo por derecho.

Pero ¿no era para eso la celebración de las bodas? Para que todos los asistentes, incluidos los novios, se divirtieran y bebieran, rieran, bailaran y fueran felices, sin que nadie les jodiera el momento.

—Ahí viene tu marido —avisó Helen, y Carmina volteó los ojos.

—Perdonad, ¿Carmina puedes venir?

—Si me vas a tocar el coño con tu madre, no, no puedo ir, puedes hablar aquí si quieres.

—Vas a venir. —La cogió en brazos entre risas y la llevó hasta el centro de la pista donde comenzó a sonar una balada preciosa en inglés de The Bangles con el tema *Eternal Flame* y la agarró para bailar.

—Dos cojones ha mostrado, pensé que venía a reñirla.

—Yo también —dije entre risas.

—Sabe que a Carmina es mejor tenerla feliz que enfadada.

—Mira la madre, se sentó de espaldas. —Soltamos una carcajada, esa mujer era lo más capulla del mundo—. Y pensar que un día le tuve cariño y la justificaba —negué volteando los ojos.

Y sí, como madre del hombre al que quería, le tenía cariño y si hacía algo que no me parecía correcto, la justificaba diciéndome que, al igual que para muchas otras madres, que una mujer llegara a la vida de su hijo era un horror.

Bien sabido que era que muchas de esas madres no soportaban a sus nueras, había quien incluso las llamaba robahijos porque, en su mente distorsionada, si el hijo en cuestión no la llamaba tan a menudo o no iba a comer con ellos a casa, era porque la bruja de su mujer no le dejaba.

Había que joderse lo malas personas que podrían llegar a ser algunas, pero aquí teníamos a un espécimen del tipo suegra rancia mala leche avinagrada, para la que ninguna mujer elegida por sus vástagos sería buena para ellos.

La historia empezó conmigo, y después le toco a la pobre Carmina, que, mientras yo me había librado de la bruja

del cuento, ella tenía que soportarla todavía.

Pero como Carmina era mucha Carmina, sabía que la suegra no iba a poder con ella. Y por fortuna Javier no era como el hermano, ese había dicho que se casaba con su Carmina como una vez hizo Paquirri con la suya.

La balada les quedó de lo más bonita, hasta les grabé un trozo de video por si quería subirlo a las redes ya que Carmina era muy dada a eso.

¶ Luego de nuevo la música animada que se agradecía, más que nada porque ese baile como que me quitó un poco del subidón que tenía, pero vamos que lo volvería a tener de nuevo porque esta noche estaba dispuesta a dar todo lo mejor de mí, sobre todo a recobrar la seguridad y las ganas de pasarlo bien.

—Diez puntos para mi marido —nos dijo Carmina cuando llegó hasta nosotras—. La madre lo fue a calentar y este le contestó que esta noche no le iba a joder nada, que se dejara de celos de niña de quince años.

—Pues la verdad que los tuvo bien puestos —dijo Helen sonriendo.

—Está quemado, esa mujer es una controladora y muy manipuladora, lo tiene hasta los huevos, pero a él le cuesta reconocerlo. No sé de dónde saca la paciencia. Por cierto, mi cuñado viene para acá —murmuró avisándonos y lo miró fijamente.

—Hombre, cuñada —dijo cogiéndola por el hombro ante nosotras—. Qué tal que invitemos a tus amigas a una copa de selección y reserva.

—No sabía ni follar, va a entender de wiskis —solté causando una carcajada en mis amigas y hasta en él.

—Eres muy rencorosa.

—Soy realista —lo corregí—, otra cosa es que no te des cuenta de tus defectos.

—Pues te notaba disfrutar.

—No sabes lo fácil que es fingir. —Me encogí de hombros.

—¿Puede haber un poquito de paz en mi boda? —preguntó a modo queja Carmina.

—Claro que sí, siempre que nos mantengas bien lejos a esta cosa —dijo Helen refiriéndose a él.

—No, no va a ser posible —suspiró y comenzó a andar tirando de su cuñado para quitarlo de nuestro lado y que le sangre no llegara al río.

—Pobre Carmina, qué recuerdos va a tener de su boda... —murmuré preocupada.

—¿Y lo que se va a reír recordando estos momentos?

—Puede ser, puede ser. —Le di un trago a la copa—. Pero no lo tengo yo tan claro.

—Preciosa. —Me giré al notar una mano en mi cintura.

—¡Hombre, mi bombón de ojitos negros! —grité.

—¿Ese soy yo? —preguntó mirando a un lado y otro.

—Yo no veo a nadie más —reí.

—Venía a ver si necesitabas fuego.

—Pues mira sí, un cigarrito nos venía ahora de lujo.

Él sonrió de medio lado, como había hecho antes, y en cuanto Helen sacó el tabaco, cogimos y le ofrecimos uno a él, que mientras me daba fuego no dejaba de mirarme.

—No la mires así que se me descontrola —rio Helen.

—¿Yo descontrolarme?

—¿Más de lo que está? —rio él.

—¡Oye! —Le di un golpecito en el hombro.

—Es broma, preciosa. —Me acarició la mejilla—. Es que creo que me va a gustar buscarte la lengua.

—Mientras sea para hablar y no para otros menesteres...

—Mira qué bien hablas cuando estás borracha —soltó Helen.

—Estoy contentilla, no borracha. Todavía veo, y camino en línea recta. Pero no me hagas hacer la prueba que me puedo matar con los tacones.

¹ —No se me ocurriría, nena, no se me ocurriría.

—A ver, bombón, ¿otro bailecito?

—A riesgo de que me provoques un infarto mientras lo hacemos, digo que sí, que la noche es joven y el cuerpo está para moverlo.

—Pues venga, que no se diga que somos unos muermos.

Y me fui a la pista a bailar con ese bombón, del que sabía que se llamaba Fernando porque nos lo había dicho Carmina, porque yo ni le pregunté.

Entre meneo y meneo vi que Valentino nos miraba, o más bien me miraba, al igual que su madre, quien, si pudiera, estaba segura de que ni me habría invitado a la boda.

Cuando acabó la canción le di un apretón en el brazo a Fernando y regresé con Helen, que sonreía mirando a Valentino.

—Nena, Valentino ya tiene los huevos azules por no desfogar y la vena del cuello hinchada por los celos —dijo cuando me dio una copa.

—Mala suerte, le dije que se hiciera una manola, si no se la ha hecho el dolor de huevos es culpa suya. —Me encogí de hombros, miré hacia donde estaba Valentino y levanté la copa mientras sonreía y le dirigía unas palabras—. Dientes, dientes.

Muerta de risa estaba Helen, y lo que nos quedaba, que por lo que podía ver, aún había boda, canapés, bebida, risas y baile para rato.

—A ver, bombón, ¿otro bailecito?

—A riesgo de que me provoques un infarto mientras lo hacemos, digo que sí, que la noche es joven y el cuerpo está para moverlo.

—Pues venga, que no se diga que somos unos muermos.

Y me fui a la pista a bailar con ese bombón, del que sabía que se llamaba Fernando porque nos lo había dicho Carmina, porque yo ni le pregunté.

Entre meneo y meneo vi que Valentino nos miraba, o más bien me miraba, al igual que su madre, quien, si pudiera, estaba segura de que ni me habría invitado a la boda.

Cuando acabó la canción le di un apretón en el brazo a Fernando y regresé con Helen, que sonreía mirando a Valentino.

—Nena, Valentino ya tiene los huevos azules por no desfogar y la vena del cuello hinchada por los celos —dijo cuando me dio una copa.

—Mala suerte, le dije que se hiciera una manola, si no se la ha hecho el dolor de huevos es culpa suya. —Me encogí de hombros, miré hacia donde estaba Valentino y levanté la copa mientras sonreía y le dirigía unas palabras—. Dientes, dientes.

Muerta de risa estaba Helen, y lo que nos quedaba, que por lo que podía ver, aún había boda, canapés, bebida, risas y baile para rato.

Capítulo 8



El asunto se estaba desfasando y no es que lo dijera yo, que estaba en una esquina con Helen llorando ya de la risa cubata en mano, lo decían los sucesos que se iban desencadenando por la guerra en abierto que se traían Carmina y la señora suegra, mi querida naranjita cabreá.

Y lo peor de todo, que de rebote me tocaba a mí porque no había dejado de mirarme toda la noche con asco, motivo que me llevó a hacer unas peinetas al aire que podría recogerlas si quería. Eso sí, si mis padres me hubieran pillado me habrían echado un rapapolvo de esos de aguántate y digiere, porque siempre me dijeron que, pasara lo que pasara, nunca debía perder los modales.

Me sentí más observada que el presidente del gobierno, entre la madre, el hijo y la madre que los parió, estaba en el punto de mira de muchos, más que nada porque ellos murmuraban con otros mientras me miraban, pero ahí estaba yo, en la boda de nuestra amiga Carmina y a los demás, que...eso mismo.

Y llegó el momento karaoke, ese en el que corrimos hacia el DJ como si no hubiera un mañana.

—Queremos cantar una canción —le dijo Helen, poniendo sobre su mesita el cubata de un golpe y salpicando a todos lados.

—Con cuidado, por favor —pidió el chico apretando los dientes, pero sonriendo y con tono amable.

—Hija, por Dios, que te vas a cargar el equipo antes de que nos pongan la música para cantar —protesté en plan broma y puse mi vaso de igual manera.

—Decidme qué queréis cantar que lo pongo ahora mismo —suspiró poniéndose la mano en la frente y negando, asumiendo que no estaba la cosa para hablar mucho con nosotras ya que no nos íbamos a enterar de nada.

—La de Rocío Jurado que dice que él es un necio, un engreído y embustero. —Canturreé produciendo una carcajada en él.

—Espero que no se la vayáis a dedicar a nadie. —Arqueó la ceja.

—¿Qué no? Ya lo verás tú —le contestó mi amiga subiendo directa al escenario y tirando de mí, ¡como si hiciera falta! No me quedaba abajo ni muerta.

Cuando comenzó la música y empezamos a cantar lo de «*ese hombre que tú ves ahí*» fue a la vez que las dos señalamos a Valentino al que nos dirigimos todo el tiempo para insultarlo a través de la música, me sentí la Shakira de la copla, vamos que disfruté de la gran actuación de mi vida.

Lo dimos todo las dos subidas en el escenario, micrófono en mano, y al igual que la gran Rocío en sus actuaciones, nos soltamos la melena y cogimos los vestidos para hacer un giro de esos de «ahí te quedas machote» que nos salió bordado.

—«*Es un gran necio, un estúpido engreído...*» —Canté sin apartar la vista de él, con todas las miradas puestas en mí, y de vez en cuando, también en su persona.

Lo peor no era su cara, que se reía y negaba mirando a los primos y amigos, lo peor era la cara de la madre que era la de un perro a punto de morder, cosa que me producía más placer.

La cosa no se iba a quedar así, que a media canción subió Carmina y se puso a cantar con nosotras y dirigiéndose al cuñado, cosa que enfermaba más a la suegra que la vimos coger el bolso, hacerle un gesto al marido y por fin, marcharse de la fiesta que no era hora para ella ni momento para estar entre la juventud.

Casi me arrodillo para hacerle la ola, pero ni eso merecía la mujer, si acaso, cantarle el *Aleluya*, que ya era hora de que se fuera y dejase de dar por culo al prójimo, y en ese caso, el prójimo era la pobre Carmina, que para ser su boda estaba soportando cada cosa que...

Lo que sí hice fue ponerme a aplaudir en el escenario toda emocionada y ellas me siguieron, los asistentes pensaban que nos aplaudíamos a nosotras mismas por la actuación y aplaudían siguiéndonos, pero nada que ver con la realidad que era que celebrábamos que la bruja se marchaba.

La gracia fue, por llamarla de algún modo, que Valentino se dirigió al DJ y luego se subió al escenario en cuanto nosotras lo abandonamos. Me lo estaba viendo venir.

—Verás —dijo Helen.

—Verás —repetí echándome a reír.

—Contraatacaremos —nos dijo Carmina antes de irse a buscar a su marido.

—Esta canción se la quiero dedicar a la que un día fue mi novia. —Me señaló y muchas caras se quedaron a cuadros porque lo sabían, pero no se esperaban que fuera a hacer algo así—. Con todo mi corazón, para ti, Lore.

—¡Cosa fea! —le grité y escuché unas risillas repartidas por toda la sala, hasta a él le salió una carcajada.

—Pues con esta cosa fea te relamiste muchas veces. —Me hizo un guiño.

—Era una época muy oscura mía —grité y la gente seguía riendo.

Comenzó la música y reconocí la canción nada más que con la melodía, además una también muy antigua y mítica, *El amor de mi vida* de Camilo Sesto...

>

Vamos, que si me pinchaban no me sacaban ni gotita de sangre, y más cuando Valentino empezó a cantar, con esa voz tan suave y melódica que bien podría ser la del mismísimo Camilo.

—«*El amor de mi vida, has sido tú...*» —Cantaba mirándome.

^a—¡¡¡Falso!!! —grité a todo pulmón.

—¡¡¡Mala persona!!! —le gritó Helen, a quien le había salido de lo más hondo de su ser.

Y de ahí a un montón de cosas que salieron de nuestras bocas mientras él cantaba ya muerto de risa por lo que le decíamos y todos de ver el numerito que estábamos formando.

²—No sabía yo que cantaba tan bien el jodido —murmuró ella.

—Ni yo, pero es que no me creo nada de lo que dice esa canción saliendo de su boca. —Me encogí de hombros.

Al final terminamos cogiendo algunas pastas que había repartidas en bandejas y tirándoselas al escenario con todas nuestras fuerzas mientras Valentino intentaba esquivarlas.

El DJ cogió el micro tras la actuación y dijo unas palabritas.

—Debido a los acontecimientos derivados de un karaoke que se volvió una especie de batalla campal, pasamos mejor al momento discoteca que estábamos disfrutando hasta ahora. Disfrutemos de la noche, guardemos los rencores y demos ejemplo de cordialidad en un día que los protagonistas se merecen como inolvidable.

—¡¡¡No te preocupes que estas cosas son las que harán recordar su boda con una sonrisa de oreja a oreja!!! —gritó Helen y todos aplaudieron, hasta Valentino que con gestos nos amenazaba con acercarse, pero se volvía a echar para atrás para hacer la gracia.

—¡¡¡Viva la novia!!! —se gritó Carmina a sí misma.

—¡¡¡Y las amigas de la novia!!! —añadió Helen.

—¡¡Eso, eso, y mis amigas!! —rió.

—¡Guapa, que te como la cara! —grité.

—O la boca, como a Helen —soltó muerta de risa.

No podía más de tanto reír, de verdad que no, pero como bien acababa de decir el DJ, la noche estaba para seguir disfrutándola, y fue lo que hice.

l

Volví a bailar con Fernando, ese hombre que sin querer pretenderlo me estaba haciendo reír más de lo que yo misma podría haberme imaginado.

Y no fue el único que pasó por mis bailes.

Algunos primos de Javier, que se acercaban amablemente a Helen y a mí, me pedían un baile sin más pretensiones: que esas, las de bailar, reír y divertirnos, bajo la atenta mirada de su primo Valentino, que ese no perdía el tiempo en vigilarme como si fuera un halcón, la madre que lo parió.

Hasta con los camareros me atreví a bailar, esos que reían con Helen y conmigo y que me trataban con respeto, sin propasarse mientras me contoneaba junto a ellos o les hacía un poquito de *twerking*, que eso se me daba a mí la mar de bien.

—Malito tienes a Valentino —rió Helen, y cuando miré hacia donde ella lo hacía, vi que se acababa de un sorbo e vaso de whisky después de mi último bailecito.

—Pues no le queda nada para seguir mirando. —Volteé los ojos, justo en el momento en el que empezaba otra canción de esas pegadizas y que hacía que los pies se movieran solos, y pasó otro camarero—. Uy, qué chico más mono —dije cogiéndole la corbata, y sí que me notaba ya un poquito más borrachilla que antes—, contigo no he bailado, ¿verdad? —Arqueé la ceja.

—No, conmigo no —sonrió él.

—Pues deja ahí la bandeja, cielo, que tú te vienes conmigo a la pista.

5 Me quité los zapatos, esos que ya no podía soportar más, y sujetando al camarero por la corbata mientras me cogía el vestido para no pisarlo, fui hacia la pista a bailar.

Carmina y Javi, que estaban allí, se reían al verme otra vez en la pista. Hablaban entre ellos, murmurando alguna cosa sobre mí seguramente, pero no me importaba porque ambos sabían que lo que necesitaba ese día era pasármelo bien. Y eso, eso era precisamente lo que estaba haciendo.

Divertirme sin hacerle daño a nadie, que para eso yo estaba soltera y podía bailar, reír y beber cuanto me diera la real gana, le pesase a quien le pesase, no me importaba.

En definitiva, que la noche se estaba desfasando y que aún se presagiaban unas largas horas hasta el amanecer que iban a ser de lo más moviditas. ¿Y lo bien que me lo estaba pasando? Si me lo llegan a haber dicho seis meses atrás, ¡anda que iba a haber sufrido por este encuentro!

Al final iba a ser verdad eso que decía Carmina, que quería una boda de sol a sol, con lo animados que estaban los que quedaban, cualquiera los frenaba.

Los ojos de Valentino estuvieron sobre mí en todo momento, observando mientras bebía. Con lo que no contaba era que fuera a acercarse antes de que se fuera el camarero y, con un brazo rodeándome por la cintura, me mirara de ese modo que tantas veces me había mirado.

s —¿Me toca ya? —preguntó.

—Tocarte ¿el qué?

1 —Bailar contigo.

—Ni loca bailo yo contigo. —Le aparté empujándole con ambas manos en el pecho y no puso la más mínima resistencia.

l

Cuando vi hacia dónde miraba y vi a Carmina y Javier a mi espalda, la amenaza silenciosa en los ojos de este hacia su hermano Valentino era clara. Tenía que dejarme, y eso fue lo que hizo.

Se apartó, me permitió pasar por su lado, momento en el que me sentí caminando como en las películas, a cámara lenta, mientras el aroma de su perfume mezclado con el whisky me envolvía, y volví con Helen.

O eso quería, porque donde de verdad fui fue al cuarto de baño, necesitaba refrescarme la cara y respirar, respirar a solas mientras notaba que la parte donde habían estado los dedos de Valentino seguía quemando como si aún estuvieran allí.

a

Divertirme sin hacerle daño a nadie, que para eso yo estaba soltera y podía bailar, reír y beber cuanto me diera la real gana, le pesase a quien le pesase, no me importaba.

En definitiva, que la noche se estaba desfasando y que aún se presagiaban unas largas horas hasta el amanecer que iban a ser de lo más moviditas. ¿Y lo bien que me lo estaba pasando? Si me lo llegan a haber dicho seis meses atrás, ¡anda que iba a haber sufrido por este encuentro!

Al final iba a ser verdad eso que decía Carmina, que quería una boda de sol a sol, con lo animados que estaban los que quedaban, cualquiera los frenaba.

Los ojos de Valentino estuvieron sobre mí en todo momento, observando mientras bebía. Con lo que no contaba era que fuera a acercarse antes de que se fuera el camarero y, con un brazo rodeándome por la cintura, me mirara de ese modo que tantas veces me había mirado.

—¿Me toca ya? —preguntó.

—Tocarte ¿el qué?

—Bailar contigo.

—Ni loca bailo yo contigo. —Le aparté empujándole con ambas manos en el pecho y no puso la más mínima resistencia.

Cuando vi hacia dónde miraba y vi a Carmina y Javier a mi espalda, la amenaza silenciosa en los ojos de este hacia su hermano Valentino era clara. Tenía que dejarme, y eso fue lo que hizo.

Se apartó, me permitió pasar por su lado, momento en el que me sentí caminando como en las películas, a cámara lenta, mientras el aroma de su perfume mezclado con el whisky me envolvía, y volví con Helen.

O eso quería, porque donde de verdad fui fue al cuarto de baño, necesitaba refrescarme la cara y respirar, respirar a solas mientras notaba que la parte donde habían estado los dedos de Valentino seguía quemando como si aún estuvieran allí.

Capítulo 9



Tenía un dolor de cabeza que no me permitía abrir los ojos ni un instante. Mi mano rozó algo que estaba a mi lado y me di cuenta de que era un cuerpo humano.

¿Me había quedado a dormir al final en casa de Helen? ¿Y cómo habíamos llegado a su casa? Dios, tenía una jodida cuadrilla de albañiles dentro de la cabeza aporreando sin cesar.

Toqué un poco más y fruncí el ceño, ¿dónde estaba la teta de Helen? Coño, ¿eso era una tableta de chocolate?

Abrí los ojos de manera fulminante sin importarme en las condiciones que me encontraba, y si la sorpresa de saber que era un hombre lo que tenía al lado, la de descubrir quién era el hombre en cuestión, fue mucho peor.

—¿¡Qué cojones haces aquí!? —grité pese al retumbo que tenía en mi cabeza— ¿¡Por qué estamos desnudos!?

—Relájate, Lore —dijo él como si nada, como si no estuviéramos en la misma cama como Dios nos trajo al mundo.

—¡¡¡No me llames Lore!!! Y mucho menos me pidas que me relaje. Dame una buena explicación —le advertí señalándole— o te juro que no sé qué voy a hacer, pero no será nada bueno. Lo primero, ¿pasó algo entre nosotros?

—Sí —murmuró y vi hasta una cierta sonrisilla en sus labios.

—Oh no, por Dios. —Me comenzaron a entrar arcadas.

—No te pongas así que no te vi pasarlo mal en ningún momento.

—Mira, Valentino, cállate, por tu bien, cállate. —Me lie en la sábana y fui a coger mi ropa para vestirme en el baño, en ese que me encerré y me tiré de los pelos por gilipollas.

¿En serio me había vuelto a acostar con ese ser despreciable? ¿En serio Helen y Carmina permitieron que me

fuera con él? ¿En serio!?

No podía ser, ellas no me habrían dejado, y yo no había bebido tanto... Mierda, sí que lo había hecho. ¿Y él había tenido los santos huevazos de llevarme a un hotel? La madre que me parió, esto era una pesadilla, una puta pesadilla.

Marqué el número de Helen y no tardó en cogerlo.

—¿Me vas a hablar después de dejarme tirada delante de todo el mundo diciendo que te ibas con el que siempre había sido el amor de tu vida? —fue su saludo, y me quedé muerta en la piedra al escucharla. ¿Yo había dicho qué?

—¿Yo dije eso? —pregunté poniéndome la mano en el pecho.

—Sí, y muchas cosas más por las que no quiero saber nada de ti, eres muy mala amiga.

—¡¡¡Estaba borracha!!! —grité mucho más alto de lo que pretendía, y tuve que llevarme la mano a la cabeza del dolor que sentí, menudo pinchazo, como si fuera un golpe con un martillo.

r—Para irte con él, no... —Sentí cómo se colgaba la llamada y comencé a llorar de desesperación.

Aquello sí que había sido una estocada, y no la que daban los toreros en la plaza.

Me había colgado, la única persona con la que podía desahogarme en ese momento, me había colgado porque fui tan tonta de irme con quien no debía.

Si me hubiera despertado en la cama de un desconocido, no me sentiría tan miserable como en este momento.

—¿Estás bien? —Escuché la voz de preocupación de Valentino.

—Vete de aquí antes de que yo salga —exigí, deseando quedarme sola en esa maldita habitación de hotel.

—Estás en mi casa, Lore.

—¡Que no me llames así!

¿En su casa? ¿Acababa de decir que estaba en su casa? ¿Y qué cojones hacía yo en su casa? Madre mía qué pastel más grande. ¡Qué pastel!

No volvía a beber en mi vida, de verdad que no, no al menos mientras el jodido Valentino estuviera cerca, porque al parecer, el alcohol y se ponía de su parte y me hacía a mí perder la cordura, la cabeza y las bragas.

—¿Dónde coño están mis bragas? —murmuré buscando entre la tela del vestido, pero vaya, que ahí no estaba el tanga.

Me lavé la cara y una vez ya vestida salí hacia fuera dispuesta a macharme. Tenía que hacer el paseílo de la vergüenza después del sexo, ese en el que caminabas como una reina con la ropa de la noche anterior. Solo que yo no me sentía una reina, y menos sin llevar las putas bragas que debían andar por alguna parte de la maldita habitación de Valentino.

—¿Qué dirección es? Voy a pedir un taxi.

—Te puedo llevar...

—Ni, aunque fueras el único transporte en el mundo, vamos, prefiero irme andando. —Y mira que me dolían los pies de bailar la noche anterior, que me había puesto los zapatos y sentía ese pinchazo en las plantas como si fueran agujas haciéndome una tortura china.

—Lore.

—Si me vuelves a llamar así, no respondo, Valentino, es que no respondo.

Llamé a un taxi cuando me dio la dirección y me fui de la casa dando un golpe fuerte al cerrar, salí hacia fuera y no tardó en llegar el taxista.

—¿Vas a una boda? —me preguntó amablemente.

—Sí, voy a recoger a la novia —respondí con ironía antes de darle mi dirección.

Llegué a casa y mis padres estaban en la cocina, por la cara que me vieron, a ellos se le pusieron desencajadas.

—¿Fue mal el encuentro? —preguntó mi madre un tanto preocupada.

—Fue una mierda el final —les conté absolutamente todo, desde el principio hasta el final.

Y al igual que yo cuando me desperté a su lado, no se lo podían creer. Si es que era de locos, ¿qué enajenación mental transitoria me había dado para irme con Valentino a su casa? ¡A su casa, por Dios!

—No deberías beber de esa manera, lo mismo que fue Valentino pudo haber sido otra persona, no estabas en tus cabales —me dijo mi padre un tanto enfadado y preocupado.

—No lo hubiera hecho con otra persona. —Salió a defenderme mi madre—. Por mucho que diga que lo odia, no

es la realidad, sabemos que esa espinita con él siempre la tuvo.

—Lo sé, Lola, pero ¿y si hubiera sido un extraño?

—No me habría dolido tanto como saber que fue él, papá, te lo aseguro —suspiré con unas ganas de llorar, que hasta mi madre se dio cuenta.

—Cariño... —Me dio un apretón en la mano.

—Me voy a dormir, de verdad, no tengo cuerpo para nada y la verdad es que prefiero ni recordar nada. Me siento un fracaso.

—No lo eres hija, simplemente bebiste más de la cuenta y te dejaste llevar.

—Lo peor de todo es que según Helen lo llevé yo, no sé cómo voy a conseguir que me perdone, está muy enfadada conmigo.

—Dale unos días, que todo pase, el tiempo sabe poner las cosas en su sitio y vosotras tenéis una amistad muy bonita de toda la vida.

—Me voy a dormir, no quiero pensar, la cabeza me duele y no puedo con mi alma.

—Ve a la cama, te llevo un vaso de leche con una pastilla. —Me acarició mi madre la espalda.

—Gracias, mamá. —Le di un beso en la mejilla.

—Me mata verla así. —Escuché que le decía a mi padre.

—Y a mí, pero ya no podemos hacer nada, Lola. Lo hecho, hecho está.

—Pobre mi niña.

Me puse una camiseta de las que usaba para dormir y me tiré con todo a oscuras. Mi madre no tardó en llegar con la leche y la pastilla. Me ayudó a inclinarme para tomarla.

—Hija, no le des más vueltas a la cabeza. Me duele como madre saber que pasó algo cuando tú no estabas para decidir en ese momento, pero sé lo que significa para ti ese hombre, por mucho que te lo quieras negar a ti misma.

—Mamá, sí, lo amo con todo mi corazón y eso es lo que más me duele. —Rompí a llorar y me abrazó.

—Lo sé, hija, sé que nunca pudiste arrancarlo de tu cabeza y mucho menos de tu corazón, te conozco, mi vida.

—Pero no me hubiera acostado con él si hubiera estado sin los efectos del alcohol.

—Eso es lo que más me duele, pero bueno, piensa que esto te valdrá para saber dónde están tus límites, no lo uses para volverte loca pensando en lo que pasó. Pasó lo que tú, desde la inconsciencia, permitiste que pasara, pero eso no debe ser motivo para mortificarte, estoy convencida de que te valió como lección.

—Lo de Helen me mata.

—Lo vas a solucionar, hazme caso.

—Eso espero, de lo contrario me moriré de la pena.

—Hija, ahora esta dolida contigo, pero es una niña inteligente y no te va a dejar de lado por eso, sopesará y echará de menos todo lo que habéis hecho juntas, como crecer una al lado de la otra.

—Gracias. —Me abracé a ella y estuvimos así un buen rato, hasta que me dio un beso y me ayudó a recostarme antes de dejarme a oscuras para que durmiera.

Me sentía mal, por un lado, sentía que había hecho la cagada más grande del mundo al haberme acostado con él, por otro, el haber bebido sin pensar las consecuencias que podría acarrear y, lo peor de todo, haber antepuesto elirme con Valentino a mi amiga, esa que no soltó mi mano en ningún momento y que me ayudó a que el bache por el que llevaba atravesando dos años, hubiera sido menos grande.

—Pero no me hubiera acostado con él si hubiera estado sin los efectos del alcohol.

—Eso es lo que más me duele, pero bueno, piensa que esto te valdrá para saber dónde están tus límites, no lo uses para volverte loca pensando en lo que pasó. Pasó lo que tú, desde la inconsciencia, permitiste que pasara, pero eso no debe ser motivo para mortificarte, estoy convencida de que te valió como lección.

—Lo de Helen me mata.

—Lo vas a solucionar, hazme caso.

—Eso espero, de lo contrario me moriré de la pena.

—Hija, ahora esta dolida contigo, pero es una niña inteligente y no te va a dejar de lado por eso, sopesará y echará de menos todo lo que habéis hecho juntas, como crecer una al lado de la otra.

—Gracias. —Me abracé a ella y estuvimos así un buen rato, hasta que me dio un beso y me ayudó a recostarme antes de dejarme a oscuras para que durmiera.

Me sentía mal, por un lado, sentía que había hecho la cagada más grande del mundo al haberme acostado con él, por otro, el haber bebido sin pensar las consecuencias que podría acarrear y, lo peor de todo, haber antepuesto elirme con Valentino a mi amiga, esa que no soltó mi mano en ningún momento y que me ayudó a que el bache por el que llevaba atravesando dos años, hubiera sido menos grande.

Capítulo 10



Si algo tenía claro, es que no iba a beber más...

Aún tenía un zumbido en mi cabeza bastante grande. Me vestí y fui a la cocina a prepararme un café para tomarlo con una pastilla.

Mis padres ya se habían ido a trabajar, dado que entraban muy temprano, y mi hermana estaba durmiendo, siempre era la última en levantarse gracias a la libertad que tenía en sus horarios, eso sí, luego se pasaba las horas grabando contenido y repitiéndolo tantas veces como fuera necesario para que quedara impecable. Tenía las redes en tonos cálidos y con una calidad increíble. Yo solía darle corazoncitos y comentarle todos los post que ella me contestaba con mucho cariño.

Di un sorbo al café y de nuevo la tristeza por lo sucedido. ¿Qué cojones había hecho? ¿Cómo pude irme con aquel ser que un día me sacó de su vida y que me dejó tocada hasta el presente?

Preguntas para las que había una respuesta, una única respuesta que me pesaba como una tonelada de arena sobre mi cuerpo enterrado en la playa.

Porque, aunque no lo quisiera reconocer, amaba a ese hombre con todo mi corazón.

Y Helen estaba enfadada por lo que hice, no había tenido noticias suyas en todo el domingo desde que la llamé y acabó colgándose. Se me escapó una lágrima al pensar en mi amiga, esa que fue mi paño de lágrimas durante semanas.

Cogí el móvil y tras mirar la pantalla de nuestra conversación, pensando en qué decirle, suspiré y tecleé.

Yo: *Buenos días, Helen. Tengo un dolor en mi corazón que no te imaginas, me quedé tocada ayer después de que me colgaras. Por favor, llámame, necesito hablar contigo. Te quiero.*

Tenía las mismas posibilidades de que me llamara, que de que no lo hiciera, un cincuenta por ciento en cada caso, pero no iba a perder la esperanza, como decía mi madre, nos conocíamos de toda la vida y habíamos vivido

muchas cosas juntas.

Me preparé otro café para el camino en mi vaso portátil, que, por cierto, era una cucada en tono rosa pastel y que me compré en Starbucks.

Seguía sin escuchar ruido en la habitación de Alejandra por lo que salí de casa procurando no hacer ruido y respirar hondo el aire de un nuevo día.

Arranqué el coche y puse la emisora de radio que escuchaba siempre que conducía, en ese momento comenzó a escucharse el nuevo tema de Malú, *Ausente*, la más apropiada para que comenzara a llorar mientras la susurraba y la sentía como mía, ya que me hacía recordar esos últimos momentos de relación, donde se fue convirtiendo en un extraño desconocido.

Valentino me había mirado esa noche demasiadas veces, es lo que recuerdo, además de aquellas contestaciones que le di sin cortarme ni un pelo, por no hablar del momento karaoke...

Y bailé, mucho y con cualquiera que se me cruzara por delante en ese momento, amigos y primos del novio, incluso camareros, de quienes tenía el lejano recuerdo de que se reían conmigo mientras dejábamos que la música nos llevara, eso sí, con los ojos de Valentino permanentemente puestos en mí.

Llegué a las oficinas media hora antes, como era habitual en mí, me negaba a no disfrutar de otro café en la terraza de una cafetería que me encantaba como parada antes de comenzar la jornada.

l

—Lorena, buenos días. ¿Café corto como siempre? —dijo Brenda, la camarera, mientras acariciaba mi pelo cariñosamente.

—Buenos días, preciosa, sí, pero doble, hoy quiero ponerme como una moto, estoy en plan zombi.

—¿Te pasó algo?

—Nada, solo que amanecí desnuda junto a mi ex en su casa, nada sin importancia. —Con ella tenía mucha confianza e incluso solíamos salir de vez en cuando juntas.

—¿¡Con Valentino!?

—¿Conoces otro al que yo le llame ex? —sonreí en plan irónico.

—¿Pero follasteis?

—No, solo me hizo una revisión pediátrica —negué volteando los ojos y a ella se le escapó una carcajada que hizo a varios clientes girar la cabeza y mirarnos.

—¿Pero un buen polvo?

—No me acuerdo de nada, ni en el momento que me fui a su casa, es más, cuando abrí los ojos pensaba que estaba en la habitación de un hotel ya que yo no la conocía.

é

—¿Y no echaste uno estando consciente?

—Vete a por el café. —Estiré el brazo.

¹ —Vale, vale.

Ella sabía que por mucho que me doliera eso jamás hubiera pasado, solo por no perdonarle lo que me había hecho

Pero me dejé llevar tanto en la boda queriendo hacerle ver a él que no me importaba su presencia, que no me molestaba, que me pasé con las copas y en un punto de la noche, ese que me había devanado los sesos intentando recordar la tarde anterior, esta que tanto lloró por su traición acabó diciendo que se iba con el que siempre fue el amor de su vida.

Si es que era para darme de tortas hasta la saciedad, pero bueno.

Y seguía sin recibir mensaje de Helen, que había visto el mío, pero ahí estaba, en visto y ya.

Brenda apareció con el café y con la sonrisita esa de curiosa y de querer saber más.

—¿Y habéis quedado en hablar? —preguntó dejando la taza delante de mí.

—¿Estás loca?

—No sé, ¿qué pasó cuando te despertaste?

—Que lo eché, pero me dijo que estaba en su casa y entonces cogí un taxi precipitadamente y me fui yo. —Se moría de la risa.

—Vas a volver con él —me advirtió con el dedo mientras se marchaba.

—¿Qué? —grité y la escuché reír, lo que me faltaba por escuchar en esa mañana rara de narices.

Estaba loca, muy loca, pero no de remate como para hacer algo así, además, la brecha no solo era con él, desde la ⁰boda había sido con su madre a la que de algún modo le amargué la noche y no tuve gestos precisamente bonitos.

Claro que las miradas de ella hacia mí, no eran de esas maternas con sonrisa incluida, sino de las que más bien te lanzan una amenaza silenciosa, y la de ella vendría siendo algo así como «ni te acerques a mi hijo, o te arranco los pelos». Y eso siendo optimista y comedida, porque seguro que por la cabeza de mi exsuegra pasaban cosas peores para mí.

Quién sabe, quizás incluiría algún tipo de hechizo maligno con ancas de rana y colas de rata.

Me tomé el café mirando el móvil cada dos segundos, comprobando que tenía batería, cobertura y sonido, esperando la respuesta de Helen, una que no llegó y que, ahora sí, estaba segura de que no llegaría en toda la mañana.

Tiempo, eso dijo mi madre, que le diera tiempo, y sabía que era lo que ella necesitaba. Porque no iba dejar de hablarme definitivamente de la noche a la mañana, ¿verdad? No, Helen no era así. Se preocupaba por mí y que hiciera aquella locura... la había dejado tan tocada como a mí, de eso no tenía la menor duda.

Me despedí de Brenda tras tomarme el café y puse rumbo al trabajo, dando así comienzo a una nueva semana laboral.

Entré en la oficina y me encontré con Elsa, la hija de los dueños y administrativa en las oficinas.

—Buenos días, Lorena. —Me recibió sonriente como siempre.

—Buenos días, bonita —le contesté acercándome a darle un beso en la mejilla como cada lunes después de no vernos durante el fin de semana.

—El sábado conocí a un chico. —Se puso la mano en la boca.

—¿Sí? Por tu cara diría que fue todo un flechazo.

—Sí, el problema es que es unos años mayor que yo —dijo con un ligero rubor en las mejillas.

—¿Qué importa la edad cuando dos personas se atraen?

—Eso mismo les diré a mis padres llegado el momento si esto va hacia adelante.

—¿Habéis vuelto a quedar?

—No, pero me pidió el número y me dijo que hablaríamos.

—¿Y crees que te hablará?

e—Eso espero, no he podido dejar de pensar en él.

;

· No sabía ella cómo la entendía. Años atrás, cuando conocí al que durante dos había sido el peor de los traidores, y hacía solo dos días que me había vuelto a acostar con él, no dejé de pensar en aquel encuentro, en ese hombre que me miraba como si fuera la única persona que estaba con él en ese instante, como si nada ni nadie más que yo le importase.

Ay, Cupido, esas flechas que lanzaba cuando tenía a alguien en su punto de mira, qué malas podían llegar a ser.

En esos momentos entraron Camila y Héctor que habían estado tomando un café. Les di el expediente urgente del viernes y me fui a ocupar mi puesto.

—¿Julián vino a última hora? —preguntó Héctor mientras me alejaba.

—Sí, de lo más apurado, además —sonreí.

—Ese hombre, el día que llegue a la hora qué le decimos —resopló Camila, para quien la puntualidad era de lo más importante.

Mientras me reía al ver el gesto de mi jefe por las palabras de su mujer, miré mi móvil con la esperanza de ver el nombre de Helen, pero para mi sorpresa, me encontré un mensaje que me hizo poner la piel de gallina.

Valentino: *Hola, Lorena. Feliz comienzo de semana. Espero que no te moleste este mensaje. Siento mucho que no recordaras la complicidad con la que terminamos la noche. Me planteaba si habría una mínima posibilidad de quedar para comer cuando salga del trabajo.*

Me eché a reír negando por la poca vergüenza que tenía, era asombroso, ¿cómo era capaz de plantearse eso?

Yo: *Claro que sí y luego vamos a por el segundo. ¡No te jode! Déjame en paz...*

Suspiré mientras encendía el ordenador y entraba un repartidor de Starbucks, pensé que lo había pedido Elsa.

—¿La señorita Lorena Martín?

—Sí, soy yo —dije con cara de sorpresa.

—Le pongo esto por aquí. —Dejó una bolsita de cartón de la firma.

Le di una propina y me senté de nuevo para ver el contenido.

Mi café preferido, un Frappuccino de caramelo y acompañándolo una mini tableta de chocolate.

En ese momento me volvió a entrar otro mensaje.

Valentino: *Feliz desayuno, que lo disfrutes.*

Oh, no. ¿Qué se pensaba este hombre? Lo que era obvio es que lo iba a disfrutar, no me iba a quedar con las ganas.

Yo: *Mañana, si eres tan amable, que venga acompañado con un muffin de chocolate, por favor.*

Esperaba que entendiera mi ironía...

—¿Quién te mandó el café? —preguntó Elsa mientras dejaba el móvil en mi mesa, olvidándome de él para dar un sorbo.

—Es una larga historia. —Elevé ambas cejas.

—Mis padres se van en media hora a ver a un cliente —comentó con un sonrisilla.

—Querida Elsa, debajo de ese aspecto angelical, hay una vieja del visillo en potencia. —La señalé y se echó a reír —. Pero vale, en cuanto nos quedemos solas te hago un resumen —suspiré.

¿—¿Tan malo es? Porque has puesto una cara que...

—¿Y si te digo que me he coronado? ¿Cómo se te queda el cuerpo?

—Con miedo —rio—, porque no sé qué has podido hacer.

Ni yo sabía cómo había podido hacer lo que hice, acostarme con mi ex, ni más ni menos, por Dios. ¿Desde cuándo alguien volvía con un ex para un polvo?

¿O fueron dos? ¿Tres? Joder, esto de no recordar una mierda de aquella noche, después de tantas copas y bailes, me tenía por los suelos.

Y cuando mis jefes se marcharon, la vieja del visillo que habitaba en el alma de Elsa la hizo ponerse en pie y sentarse en una de las sillas frente a mi escritorio, apoyando el codo y sosteniendo su barbilla en la mano, dándose golpecitos con el dedo de manera impaciente.

—El sábado me acosté con mi ex.

—¿Qué? —Abrió los ojos ante mis palabras—. Desde luego, te has coronado.

Y tanto que me había coronado, pero bien.

Cuando le conté todo, seguía con esa cara de asombro del principio. No dijo nada porque entró un cliente, cosa que agradecí para no seguir pensando en él.

:

o

,

Y tanto que me había coronado, pero bien.

Cuando le conté todo, seguía con esa cara de asombro del principio. No dijo nada porque entró un cliente, cosa que agradecí para no seguir pensando en él.

Capítulo 11



No tuve más noticias del señor pediatra en toda la mañana, y tampoco recibí mensaje de Helen, por lo que sabía que esperar una llamada, sería como que me tocara el bote de la lotería esa noche.

Que todo podría ser, sí, pero si no había echado la lotería, poco me iba a tocar, como diría mi padre.

Llegué a casa y me senté a comer con mi familia, momento que aproveché para contarles lo de los mensajes y el desayuno que me había enviado Valentino.

—Ese hombre quiere algo —dijo mi hermana.

—¿No me digas? —pregunté con ironía.

—Hija, no lo pagues con tu hermana —protestó mi madre.

—Déjala, si me hace gracia y todo.

—¿Lo ves? Soy buena payasa. —Puse los dedos en V.

—Bueno, hija, lo que tienes que entender es que, en este caso, o lo frenas en seco o, quizás una comida os venga bien para intentar limar asperezas.

—Pereza me da él —resoplé agobiada.

—No te engañes, estás deseando verle —dijo mi madre.

—Para cogerlo por el cuello —contestó mi hermana produciendo unas risas conjuntas.

Pero mi madre había conseguido sembrar la duda en mí con sus palabras, con esa seguridad que mostraba mientras las decía.

¿Deseaba verle? ¿Era eso lo que transmitía a otras personas? ¿O solo eran suposiciones de una madre a quien la mañana anterior, aún con la resaca en todo lo alto, le confesé entre lágrimas que aún amaba al hombre que más quise y más daño me hizo en la vida?

Fuera como fuese, durante la comida y a pesar de que hablaba con ellos sobre cada tema que sacaban, mi cabeza estaba en otra parte, concretamente en los mensajes de Valentino.

¿Una comida con él serviría para que nos mostráramos un poquito más cordiales el uno con el otro? Yo lo dudaba sinceramente, pero cosas más imposibles se habían visto en la vida, ¿no?

Terminé de comer y me eché un rato la siesta, la verdad que aún tenía los estragos del alcohol en mi cuerpo.

No recordaba una sola vez que hubiera bebido tanto, pero es que ese día necesitaba la inyección extra para soportar lo que se me venía encima, sin saber que quien acabaría sobre mí sería mi ex. ¿O fui yo la que estuvo encima suyo?

Señor, tenía que dejar de pensar en aquella noche, tal vez si no lo hacía, me acabaría convenciendo de que no había pasado nada y Valentino me tomó el pelo. Como cantaba Thalía, «si no me acuerdo no pasó», ¿cierto?

Solo que pasó, en lo más profundo de mi mente estaban los recuerdos de una noche de sexo con mi ex, y no me acordaba de una mierda.

—Genial, Lorena —me dije con un suspiro tapándome con la sábana.

Dormir, dejar la mente en blanco, no pensar en nada, eso necesitaba. Aunque viéndolo desde otro punto de vista, quizás al dormir los recuerdos de esa noche llegaran en forma de sueño.

Pero no fue el caso. Mi mente seguía estando en blanco en esas horas tras uno de los últimos bailes en los jardines donde se celebró la boda, y el momento en el que me desperté, desnuda, junto a mi ex.

Al levantarme a las seis de la tarde no había nadie en casa, a mí tampoco me apetecía quedarme encerrada así que le mandé un mensaje a mi tío Jorge para ir a merendar, casualmente estaba libre y me contestó que pasaba a por mí.

Ni quince minutos tardó en avisar de que estaba en la puerta esperándome, y fui a su encuentro poniendo una sonrisa en mi rostro, pero a juzgar por cómo me miraba en ese momento, la sonrisa no era demasiado buena.

—Estás pálida, sobri —dijo dándome un beso en la mejilla y abriéndome la puerta del copiloto.

—La boda de Carmina me ha dejado secuelas para largo tiempo —me reí negando.

—¿Qué tal estuvo? —preguntó cuando se montó en su asiento y arrancaba el coche.

—De locura, la suegra se empeñó en darle la fiesta y ya sabes cómo es Carmina, no lo permitió y fue a por ella a la yugular.

—¿Le pegó? —preguntó sorprendido.

—No, hijo, que le soltó de todo lo que se le pasó por la cabeza sin retener lo más mínimo.

—¿Viste a Valentino? —Ya estaba tardando él en preguntar lo más importante del evento del siglo.

—Pregunta del millón —me reí—. Nos pasamos toda la boda como perro y gato, luego pasó algo que no recuerdo pero por lo que desperté en su casa, en su cama y desnuda a su lado.

—¿En serio? —Se quedó boquiabierto.

—Sí, tito, la lie parda.

—¿Y no recuerdas ni lo más mínimo?

—No, pero no me vayas a preguntar como Brenda que si follé con él o te doy una colleja.

—Es obvio que sí —se rio.

Y tanto que lo era, por más que yo quisiera pensar que tan solo me llevó a su casa porque estaba un poquito perjudicada por las copas, y como no conocía su casa, me metió en su cama para que estuviera más cómoda. Pero coño, no me habría tenido que desnudar entera para eso ¿no? En fin...

—¿Y tú que tal el fin de semana? —Cambié de tema, no fuera a ser que él siguiera indagando en mi aventura sexual con mi ex de la que no recordaba nada.

—Bien, tú ya sabes, como una bala perdida.

—De flor en flor. —Volteé los ojos.

—Deshojando rosas. —Me hizo un guiño cuando aparcó delante de un bar.

—Desde luego, tienes a la abuela que no es normal. Ella queriendo que sientes cabeza y le des nietos, al menos un niño, y nada, que no hace carrera de ti —reí.

—Sobrina, si no he encontrado a la mujer que me haga saltar un latido del corazón, que me remueva por dentro y

que una bandada de miles de mariposas revolotee en mi estómago en los años que llevo conociendo mujeres, es que aún no debe ni haber nacido.

—Ay, la leche. —Me llevé la mano a la frente y él soltó una carcajada.

—Anda, vamos a merendar que tienes cara de necesitar azúcar.

—Después de tanto alcohol el sábado, cualquier bocado que me lleve al estómago es bienvenido.

—A eso le llamo yo, la madre de todas las resacas. Me has superado, Lorena, me has superado. —No dejaba de reír mientras salíamos del coche.

,

—Ya sabes lo que dicen, el alumno siempre supera al maestro.

—La madre que te parió.

Me pedí un batido de vainilla con un sándwich de jamón de york y queso, también conocido como bikini o mixto, pues eso, estaba hambrienta y sentía un malestar en el cuerpo que no se me pasaba en ningún momento.

Miré el móvil porque me había llegado una notificación, y de nuevo, era de él.

Valentino: *Imagino que ahora estarás soportando esa resaca que terminará una eternidad en irse. Te aconsejo que te hidrates bien.*

Se lo enseñé a mi tío que soltó una carcajada.

—Ese hombre quiere volver contigo, solo falta que tire bengalas con tu nombre por la noche.

—Mejor que se las meta por el culo.

—¿Por qué eres tan bruta hablando?

—Habló el fino, el de las flores que deja marchitas. —Volteé los ojos.

—Pero soy un hombre educado. —Carraspeó.

—Claro, claro, cosa que te sirve para engañarlas más fácilmente, señor agente.

1

—Inspector. —Me hizo un guiño y sonrió orgulloso.

—La cosa no acaba en su casa, tío —dije con un suspiro.

—¿Tuvisteis sexo en el coche de vuelta a tu casa?

—No, por Dios, me fui en taxi.

—Entonces no puede ser tan malo.

—Helen no me habla.

—Ha pasado contigo estos años de duelo y dolor, es normal que se haya molestado un poco, por decirlo de alguna manera. Pero no es porque hayas hecho nada malo, cariño —me aseguró cogiéndome de la mano—. Sino porque ella, al igual que tú, tampoco esperaba que te volvieras a acostar con tu ex.

—No lo habría hecho, lo sabes.

—Lo sé, y tú también. Pero ¿sabes eso que dicen de que «donde hubo fuego, cenizas quedan»?

—Mi madre dice que tenía una espinita clavada desde que Valentino me dejó.

—No, si la espinita te la volvió a clavar él.

—¡Tío! —protesté y acabamos riendo a carcajadas de nuevo.

Se lo agradecí, porque a pesar de los años que me sacaba, además de mi tío era como un hermano mayor, un amigo incluso, con el que podía hablar de todo y obtener otro punto de vista que no fuera el de mis padres o mi hermana.

Estuvimos un rato en el bar antes de pasear un poco y entrar en una tienda de ropa ya que en el escaparate vi un vestido monísimo por solo veinte euros, era de lo más ponible para cualquier ocasión.

—Pago yo —dijo sacando su tarjeta.

—Si lo sé, cojo otra prenda.

—Estás a tiempo. —Me hizo un gesto con la cabeza.

No lo dudé y cogí una camiseta blanca con los filos en rosa pastel y en uno de los pechos una flor hawaiana bordada del mismo color.

—Treinta y tres euros de la tienda y dieciocho del bar, creo que me salen muy caros nuestros encuentros.

La chica que nos cobraba sonrió, mirándonos a uno y otro como si fuéramos una pareja, o incluso quizás se le pasó por la cabeza que yo era la amante de ese hombre atractivo y maduro. La saqué de sus dudas de inmediato, aunque me hubiera divertido un poco fingiendo.

—¿Con quién mejor que con tu sobri para gastar tu dinero?

—También es verdad. —Me echó la mano por el hombro mientras salíamos y nos dirigíamos hacia el coche.

Me dejó en casa, donde mis padres estaban ya preparando la cena.

—El tito me regaló un vestido y una camiseta. —Los saqué de la bolsa para enseñárselos.

—Muy bonitos —dijo mi padre sonriendo.

—Me encanta el vestido, que cómodo y bonito se ve.

—Bueno, me voy a duchar y vengo a cenar, me muero de hambre, hoy no hay nada que me sacie.

—Venga, te esperamos mientras terminamos de prepararla —contestó mi padre.

Cuando ya estaba lista para ir a la cocina me entró otro mensaje.

Valentino: *Me preguntaba si te apetecería el viernes hacer una escapada de fin de semana a alguna playa.*

Me eché a reír, pero la verdad es que me entró un cosquilleo muy grande por la barriga. ¿Pero cómo se le ocurría preguntarme eso?

Yo: *Mejor te rascas el bolsillo y me llevas a Disney que es mi sueño. ¿Qué te parece?*

Me dirigí a la cocina y justo cuando me senté, me entró otro mensaje.

Valentino: *Puedo pedir el lunes de asuntos propios, ¿y tú? Al menos para aprovechar el sábado y domingo entero en los parques. Nos iríamos el viernes por la tarde. Espero noticias.*

Me tuve que echar a reír y leerle los mensajes a mis padres, momento que entraba mi hermana por la puerta y los escuchó.

—Es tu gran oportunidad —dijo esta, haciendo que mis padres la miraran negando.

—Ni loca, con ese no voy ni a la esquina.

—Disney, hermana, Disney —dijo levantando ambas manos, con los ojos muy abiertos—. Yo estuve dos veces y es una pasada.

—¿Disney con Valentino? —pregunté bufando y volteando los ojos.

—Como si es con el charcutero de la esquina, leche, ¿quién rechazaría un viaje a Disney, lugar mágico y de ensueño? Por Dios, si vas a decirle que no, proponle que me lleve a mí —se quejó ella.

Cené con la cabeza puesta en esa conversación. ¿Me lo había dicho en serio o se estaba riendo de mí?

Me fui a la cama ya que quería acostarme temprano y me entró otro mensaje.

Valentino: *¿Compro los billetes o te quedas con las ganas?*

Yo: *Cómprate varias sesiones para el psicólogo.*

Ahí lo llevaba, era médico, así que debería de leer entre líneas que le estaba llamando loco, porque lo estaba si se había pensado que, tras un polvo que no recordaba, iba a volver a perder el culo y las bragas por irme de viaje con él.

Como dije, estaba loca, pero no tan loca.

—Disney, hermana, Disney —dijo levantando ambas manos, con los ojos muy abiertos—. Yo estuve dos veces y es una pasada.

—¿Disney con Valentino? —pregunté bufando y volteando los ojos.

—Como si es con el charcutero de la esquina, leche, ¿quién rechazaría un viaje a Disney, lugar mágico y de ensueño? Por Dios, si vas a decirle que no, proponle que me lleve a mí —se quejó ella.

Cené con la cabeza puesta en esa conversación. ¿Me lo había dicho en serio o se estaba riendo de mí?

Me fui a la cama ya que quería acostarme temprano y me entró otro mensaje.

Valentino: *¿Compro los billetes o te quedas con las ganas?*

Yo: *Cómprate varias sesiones para el psicólogo.*

Ahí lo llevaba, era médico, así que debería de leer entre líneas que le estaba llamando loco, porque lo estaba si se había pensado que, tras un polvo que no recordaba, iba a volver a perder el culo y las bragas por irme de viaje con él.

Como dije, estaba loca, pero no tan loca.

Capítulo 12



En cuanto un rayito de sol entró por la ventana, abrí el ojo cual cachorro adormilado que pide cinco minutos más.

Pero eso era porque había pasado parte de la noche pensando en esa conversación con Valentino, en ese viaje al que mi hermana me animaba a hacer.

A ver, ¿en qué momento ese hombre pensó que podía dar un salto tan grande? Es decir, de pedirme que aceptara comer con él para hablar, a querer llevarme a Disney, había un abismo, ¿no?

Tenía un mensaje de la noche anterior después de contestar por última vez a Valentino, cosa que no esperaba.

Valentino: *También las compro, nunca viene mal una visita al especialista mental, pero ¿y el viaje?*

Sonreí y lloré a la vez, estaba de lo más sensible y tenía la sensación de que podía recuperar todo lo que amaba, aun sabiendo que después de lo que hizo no era un hombre de fiar y que, quien lo hace una vez, lo hace más.

Cuando salí de la habitación me planteé despertar a mi hermana, necesitaba hablar de este tema, no era normal que después de haberme dejado por otra, ahora volviera como si nada hubiera pasado. Y me acosté con él, y ahora me planteaba ir de viaje.

¿Qué me pasaba?

Me senté sola en la cocina, leyendo y volviendo a leer esos mensajes, y por un momento quise hablar con Helen a respecto. Si esto hubiera tenido lugar el día de la boda, nos habríamos reído como locas, pero estaba pasando ahora, en medio de una crisis con mi mejor amiga y no podía llamarla para hablar con ella.

Pero sí la escribiría, todas las mañanas si hacía falta hasta que me respondiera, aunque fuera mandándome a la mierda por mala amiga.

Yo: *Buenos días, preciosa. ¿Cómo estáis la peque y tú? Yo... bueno, puedes imaginártelo. Te echo de menos, Helen.*

Esperé unos segundos con el móvil en la mano, observando la pantalla por si lo leía, pero no lo hizo en ese momento. Con un suspiro salí de casa, temiendo haber pedido a mi mejor amiga definitivamente.

Llegué a la cafetería sin haberme tomado ni un solo café esa mañana, así que estaba loca por meterme cafeína en vena.

—Buenos días, bombón. ¿Qué tal la resaca por partida doble?

—¿Por partida doble? —Arqueé la ceja.

—Por el alcohol y la vuelta de tu gran amor... —Se puso las manos en el pecho y le di una palmada en el culo mientras me reía.

—Quiere llevarme a Disney —bromeé porque en cierto modo yo no lo creía, en la vida me llevó a ningún viaje, aunque obviamente ahora estaba bien económicamente y no dependía de sus padres.

—Y no me dirás que no vas a ir porque entonces te frío a golpes.

—¿Dónde voy a ir con ese hombre que se rio de mí y me dejó de forma despiadada?

—¿Y si se arrepintió?

—¿Dos años después? —negué convencida de que no se daba cuenta de que Valentino había jugado con mis sentimientos sin importarle un pimiento.

e—Todo puede pasar en la vida, Lorena. ¿Un café corto?

—Y una tostada completa con aceite, tomate y jamón serrano del bueno.

—Con dos cojones —murmuró riendo y marchándose a pedirlo.

¹En cuanto me lo trajo, disfruté del desayuno como se merecía, despacito y saboreando cada bocado, cada sorbo, contemplando el ir y venir de la gente que se apresuraba para llegar al trabajo.

Recibí una notificación y cogí el móvil con la esperanza de que fuera Helen, pero como solía decirse, mi gozo en un pozo, pues era la entrada de un correo electrónico de esos de publicidad que apenas leía.

Suspiré mientras entraba en nuestra conversación, también había leído ese mensaje, pero no lo había respondido.

Me sentía un tanto miserable, la verdad, porque ni en mis peores sueños había imaginado que sería yo quien le

dijera a mi amiga que me iba con el gran amor de mi vida.

¿Era posible que el alcohol me hubiera bajado tanto las defensas y tirara por tierra aquellos muros que una vez pensé que eran infranqueables?

Tras aquel desayuno con el que me sentí un poquito mejor esa mañana, me despedí de Brenda y me fui a trabajar.

Llegué a la oficina y de nuevo me encontré a Elsa sola, ya que sus padres solían entrar después de un relajado café.

—No me ha escrito y estuvo ayer todo el día conectado —dijo con tristeza.

—Bueno, cariño, seguro que lo hace y si no, él se pierde una mujer como tú.

—Cambió su foto de perfil, y sale muy guapo —sonrió con ese brillo en los ojos que tan bien conocía.

—Ya lo quiero ver, aunque sea por curiosidad —reímos y fue girar el móvil y mi corazón dio un vuelco. No podía ser, era el picaflor de mi tío Jorge.

—No, no, no —dije poniéndome la mano en el pecho— este no, olvídate ya.

—¿Lo conoces? —Me miró con los ojos muy abiertos, asustada, seguro que pensando que me había liado con aquel hombre alguna vez o algo así.

—A ver cómo te lo digo —suspiré pasándome la mano por el pelo—, es mi tío Jorge, el inspector.

—¿En serio?

—Sí, y aunque me duela decirlo, es un mujeriego, pero no quiero que juegue contigo y prefiero avisarte.

—Soy una desafortunada en el amor, pensé que había conocido al amor de mi vida —murmuró con tristeza mientras miraba la foto de mi tío.

Había salido con mi hermana y mi tío de copas más de una vez, le vi en acción y cómo se relacionaba con las mujeres, pero una cosa era suponer cómo quedarían ellas después de estar con él y, otra muy distinta, verlo con mis propios ojos.

—No lo eres, pero ese hombre no es el adecuado, quizás ni te llegue a contestar jamás. —Me dolía ser tan dura con las palabras escogidas, pero era la verdad, tal vez mi tío no pensara en ella ni en escribirle nunca.

—Bueno —dijo con tristeza— voy a poner un poco de orden. —Se marchó tristona y se giró—. Gracias por

avisarme.

—No me perdonaría que nadie te haga sufrir —le respondí con tristeza, ella no se lo merecía.

Joder con mi tío, no dejaba títere con cabeza y, además, le sacaba veinte años, que sí, que estaba buenísimo, era muy sensual y de lo más atractivo, pero vaya tela con él, Elsa solo era una jovencita sin maldad.

Y como le dije a ella el día anterior, la edad no era un problema, de verdad que no, cuando el corazón hablaba nadie podía decir nada por una diferencia de edad, pero aquí el asunto era lo picaflor que era el señor inspector.

—Y sin haberlo preparado, te ha salido un pareado, Lorena —me dije sonriendo mientras ocupaba mi puesto.

Diez minutos después volvió a llegar el repartidor de Starbucks que me entregó una bolsita con el mismo Frappuccino que el día anterior y el muffin con relleno de chocolate. Sonreí mientras negaba.

¿De verdad lo había enviado? Era para matarle, estaba claro que no había pillado mi leve indirecta cuando hice aquella petición, pero como bien era sabido por todo el mundo, a nadie le amarga un dulce y a mí, mucho menos.

Iba a disfrutar de mi café y mi bollito sin remordimientos, como cantaban los de El Barrio, que para eso el café y el chocolate eran mi perdición.

No tardó en llegar su mensaje.

Valentino: *Espero que disfrutes del desayuno elegido por ti, feliz día. Por cierto, ya tengo los billetes de avión y el hotel del parque. Solo te falta conseguir el lunes libre.*

Venía acompañado de una captura de la confirmación del viaje.

Me quedé a cuadros. ¿En serio había sido capaz de arriesgarse a comprarlo a sabiendas que no le había confirmado nada? ¿Se había vuelto loco en estos dos años sin vernos?

¿Qué pretendía conmigo? ¿Qué era lo que quería de mí? ¿Qué buscaba?

Por Dios, me iba a volver loca a mí también, más de lo que ya estaba obviamente, pero es que no entendía nada.

Pasé la mañana sin contestarle y de lo más nerviosa, deseando llegar a la casa y poner al tanto a mi familia, esa que alucinó en colores.

—Te veo en Disney, hermana.

—Aún no pedí el lunes y sabes que no soy capaz.

—Solo hay que ver tu cara para saber que estás deseando ir. —Se dirigió a mí con gesto bromista, pero siendo totalmente sincera.

—Hija, si no lo has bloqueado es porque en el fondo sueñas con algo que no tienes claro pero que te incita a seguir ahí.

—Papá, no lo bloqueo porque no me gusta hacer esas cosas.

—Ya —dijo en tono no muy convencido.

Fruncí el ceño, ¿por qué no me creía? Si no le bloqueé ni cuando me dejó dos años atrás, ¿iba a hacerlo ahora? Y como no le veía sentido, y si él sí lo hacía, era toda oídos para que me deleitara con la sabiduría que da la paternidad, y no era ironía, de verdad, es que quería saberlo.

—Está feo lo que te voy a decir —volvió mi madre a tomar la palabra— pero yo era tú e iba, eso sí, no bebas, sé que Valentino no te haría nada por lo que nos deberíamos de preocupar, una cosa es que haya sido un sinvergüenza y otra que te ponga en peligro. Disfruta del viaje e intenta aclarar tus ideas. Ahora mismo tienes mucho desarme mental.

—Acabas de llamarla loca por toda la cara —soltó mi hermana causando que mi madre le diera una colleja.

—¿Qué harás, hija? Esa es la única pregunta que tienes que hacerte y a la solo puedes responder tú. —Mi madre se encogió de hombros y yo me quedé igual que estaba.

¿Qué haría? No tenía ni la más mínima idea de qué iba a hacer.

Si aceptaba el viaje tal vez le hacía pensar a Valentino que aquello sería una especie de posibilidad para que volviéramos.

Por otro lado, si no aceptaba, tenía claro que perdería la oportunidad de hacer un viaje que siempre quise hacer, y además con él, pero cuando éramos novios, no ahora que una parte de mí seguía dolida y odiándole por lo que me había hecho.

Me veía echando a suertes, o jugándomelo al piedra, papel o tijera, el aceptar o no su invitación a un fin de semana mágico en París.

Me fui a la habitación y vi que de nuevo tenía otro mensaje.

Valentino: *Te recojo el viernes a las cuatro en la puerta de tu casa. Si no sales lo entenderé, si lo haces, te prometo que no te arrepentirás. Sé que no me crees, pero cumpliré mi promesa.*

Silencié el teléfono que puse en la mesita de noche bocabajo y me acosté un rato, aunque ya estaba mucho mejor de la resaca que aún perduraba, seguía teniendo un cansancio monumental.

Me vino a la mente lo de mi tío con Elsa y me entraron hasta escalofríos, ese hombre no podía jugar con ella de ninguna de las maneras, con ella no, para mí Elsa era muy especial y le tenía un cariño grandísimo.

Y tampoco me dejaba dormir el saber que Valentino había comprado un viaje para los dos a Disney, cosa que, para no mentirme más, deseaba con toda mi alma, pero a la vez sabía que podía ser mi perdición para pasarlo mucho peor de lo que ya lo había pasado estos dos años.

,

Silencié el teléfono que puse en la mesita de noche bocabajo y me acosté un rato, aunque ya estaba mucho mejor de la resaca que aún perduraba, seguía teniendo un cansancio monumental.

Me vino a la mente lo de mi tío con Elsa y me entraron hasta escalofríos, ese hombre no podía jugar con ella de ninguna de las maneras, con ella no, para mí Elsa era muy especial y le tenía un cariño grandísimo.

Y tampoco me dejaba dormir el saber que Valentino había comprado un viaje para los dos a Disney, cosa que, para no mentirme más, deseaba con toda mi alma, pero a la vez sabía que podía ser mi perdición para pasarlo mucho peor de lo que ya lo había pasado estos dos años.

Capítulo 13



El miércoles y el jueves pasaron lentos, ambos días recibí un desayuno de Starbucks con el muffin y el Frappuccino, como también sus mensajes contando los días y las horas para saber si habría accedido a ir con él.

Quién no supiera que ya no éramos aquella pareja que una vez fuimos, al leer sus mensajes pensaría que estaríamos la mar de enamorados y deseando que llegara el fin de semana para disfrutar de un viaje mágico y romántico.

Pero nada que ver con la realidad.

No contesté a ninguno de sus mensajes, no quería hacerlo y además no sabía qué poner, estaba de lo más ida con el tema, me sentía perdida, eso sí, había comunicado a la empresa que no trabajaría el lunes, cosa que no pusieron problema alguno como ya sabía. Y eso que para entonces aún no tenía claro qué hacer.

Ir, o no ir, esa era la cuestión, como escribió William Shakespeare.

El viernes a las siete de la mañana ya estaba en planta y en la cocina desayunando con mis padres, esos que me terminaron de animar a hacer la maleta.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué, papá? —pregunté a modo de respuesta, aun sabiendo a qué se refería.

—Que si vas a ir a pasar el fin de semana con Valentino.

—Pues...

—Yo que tú, hacía la maleta —dijo mi madre dando un sorbo a su café—. Sigo pensando que así, al menos, limái asperezas.

—Haz caso a tu madre —añadió mi padre.

—¿Me estás queriendo convencer para que me vaya? Que, si lo que queréis es la casa para vosotros solos todo el fin de semana, solo tenéis que pedirla —reí.

—Para estar solo con tu madre, me la puedo llevar a un hotelito rural de escapada romántica.

—Ya ves, a ti te llevan a París, y a mí, a un hotelito rural —resopló mi madre volteando los ojos.

—Voy a hacer la maleta —dije sonriendo mientras me levantaba.

Sí, había decidido la noche anterior que me iba a tirar a la piscina, eso no conllevaría acceder a lo demás que él quisiera, pero al menos sí saber el porqué de su insistencia conmigo y por qué ahora quería estar presente en mi vida.

Iba a ir a ese viaje que no pensaba negar que me hacía ilusión, pero sin pretender que todo entre Valentino y yo cambiase de la noche a la mañana, y esperaba que él tampoco fuera con esas intenciones.

Esto podría ser una pequeña tregua, solo porque ambos éramos adultos, dos personas civilizadas que podrían demostrarse a sí mismos que, en el caso de que tuviéramos que estar de nuevo en un mismo lugar, como el día de la boda, podríamos comportarnos con cordialidad y sin que echáramos a arder la sala.

Fui a tomarme el café de rigor donde me esperaba la sonrisa de Brenda, esa que resultó ser de lo más contagiosa para mí, y acabé diciéndole que me iba de viaje con mi ex.

Ver para creer, de verdad que sí. Esas mismas palabras me las diría Helen, quien seguía sin responder a mis mensajes de cada mañana.

***Yo:** Buenos días, por fin viernes. ¿Y sabes qué estaríamos planeando ahora mismo tú y yo? Sí, justo eso que estás pensando. Salir a cenar y ponernos al día con los chismes de la semana. Te sigo echando de menos, cariño.*

Había pensado en hablar con Carmina también, pero ella estaba disfrutando de su luna de miel y no quería irle a ella con mis comeduras de cabeza, bastante mal lo había pasado la pobre el día de su boda por culpa de la suegra, como para que yo le fuera con esto.

¿Hasta cuándo estaría Helen con su voto de silencio como una monja de clausura conmigo? Nunca habíamos estado tanto tiempo sin hablarnos, ni siquiera cuando éramos unas crías sin teléfono móvil.

s—Buenos días, preciosa —dije acercándome a Elsa, a quien cada día de esa semana le había costado más sonreír.

—Buenos días, Lorena. —Y ahí estaba, su gesto triste que me partía el alma.

¿Por qué no se cruzó en el camino de un muchacho que no pensara solo en pasar un rato con ella, y ya? En serio, ¿

veces el destino nos tenía preparadas unas sorpresas, que madre mía.

Y aun siendo el día clave para que Valentino supiera si iría a ese viaje con él o no, mi desayuno no faltó esa mañana, así como su mensaje.

Valentino: *Disfruta del desayuno. En unas horas nos vemos.*

Sonreí al ver esa última frase, y la certeza con la que la había escrito. Desde luego, a optimista no le iba a ganar nadie.

La mañana la pasé entre consolando a Elsa, que se le había quedado mi tío grabado en lo más profundo de su corazón, y dejando todo listo para que el martes no tuviera mucho trabajo acumulado.

Con mi tío tuve una conversación la tarde anterior aprovechando que vino de visita a mi casa y le dije que viniera a la habitación.

Se echó las manos a la cabeza riéndose cuando le dije lo de Elsa y quién era, sorprendido me dijo que la verdad es que la chica era mona y tenía su punto. ¡Para matarlo! Pero yo sabía que no le había causado nada más allá de un rato de diversión. Le pedí que no se acercara más a ella, cosa que no le costó acceder ni lo más mínimo.

—Chicas, nos marchamos —dijo Héctor, mi jefe, dirigiéndose a Elsa y a mí.

—Que tengas un buen fin de semana, Lorena —Camila sonrió antes de salir—. Nos vemos el martes.

—Gracias, igualmente para vosotros.

¶ Elsa recogió también, la pobre estaba tocada por lo de mi tío y no la culpaba, una vez estuve igual.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana, preciosa? —le pregunté antes de que se fuera.

—Quedarme en casa, viendo películas románticas mientras como helado y palomitas de colores. —Se encogió de hombros.

—Vamos, lo que viene siendo producirte un subidón de azúcar —reí mientras negaba.

—Olvidaba mis cócteles de fruta sin alcohol. Ya sabes, por eso de que beber sola es de borrachas.

—La madre que te parió —solté una carcajada—. No te quedes mustia en casa, ¿sí? Ningún hombre lo merece.

—Habla la voz de la experiencia, ¿verdad? —sonrió.

—Absolutamente.

—No prometo nada. —Me dio un abrazo antes de marcharse.

Me daba penita, la pobre lo iba a pasar mal hasta que se olvidara de mi tío, y ese hombre estaba claro que dejaba huella en el corazón en el que se colara. Vaya con mi tío.

Llegué a casa, me volví a duchar y cambiar, comí y a las cuatro cuando recibí un mensaje de que estaba afuera, salí de lo más nerviosa con una maleta de mano y una sonrisa se le dibujó en el rostro.

No tardó en salir del coche para ayudarme a guardar la maleta y luego abrirme la puerta del copiloto. Hasta ese momento no mediamos ni una sola palabra, los dos nos limitamos a sonreír mientras yo negaba.

Estaba loca al irme con él de fin de semana después de todo lo que me hizo, pero también era consciente que mayor locura sería haberme quedado con las ganas, como decía mi madre.

; Durante el trayecto al aeropuerto se puso a contarme un poco del hotel que había escogido y con el que venían las entradas a los dos parques para toda la estancia. Realmente íbamos a aprovechar el sábado y el domingo completo

—Veo que no has dejado un detalle sin planear —comenté después de pasar los controles de equipaje en el aeropuerto.

—Ni uno solo, por ti, lo que sea. —Hizo un guiño y a mí me dio por negar.

—No eres zalamero tú ni nada.

—No, no, solo quiero que tengas un fin de semana inolvidable.

—Y en Disney, nada menos.

—Y en Disney —sonrió mientras asentía.

—Y si te hubiera pedido que me llevaras a, no sé, ¿El Caribe? ¿Grecia? ¿Roma? ¿Qué habrías hecho?

—¿Comprar los billetes y organizarte una gira por los lugares más emblemáticos? —Se encogió de hombros.

—Fíjate, que, a estas alturas —dije colgándome la mochila de nuevo—, hasta te creo capaz de haberlo hecho.

—Puedes estar segura de ello —rio.

Desde luego que lo estaba, porque ahora no tenía la menor duda de que mi ex, ese que me dejó por otra y el

corazón hecho pedazos, se había vuelto loco, pero de remate.

Hicimos tiempo alrededor de la zona de embarque ya que hasta las seis no salía el vuelo. Durante ese tiempo tomamos un café y comenzó a contarme un poco de su puesto como pediatra en el hospital y yo de mi trabajo en la asesoría en la que ya trabajaba desde un año antes de que él me dejara.

Intenté no ser borde y disfrutar del viaje, dándole un voto de confianza a que él tampoco quería hacer leña del árbol caído, es más, a él le convenía no tocar el tema porque sabía que iba a salir escaldado ya que había suficientes motivos para que le pudiera reprochar de todo.

Nos sentamos en el avión y me dejó en ventanilla, a su lado iba un hombre de unos sesenta años que llevaba en lo asientos de atrás a su mujer, a su hijo y la esposa de este. Nos puso al día de todo contándonos que iban a París en un viaje familiar que llevaban mucho tiempo organizando, y se iban a quedar diez días, de los cuales cuatro los pasarían en Disney.

La verdad es que el señor nos hizo un vuelo menos tenso y fácil de llevar, en el que nos centramos más en él que en otra cosa. Se despidió de nosotros con un apretón de manos cuando el avión aterrizó.

—*Bienvenue à Paris* —dijo cuando salimos del aeropuerto.

—¿Desde cuándo hablas francés? —reí.

—¿No lo sabías? Soy trilingüe. —Se encogió de hombros.

—Mentiroso, eso es lo que eres —negué mientras caminábamos hacia la parada de taxis.

Cogimos un taxi hasta el parque que nos dejó en la misma puerta del hotel en la que yo ya me sentía de lo más feliz y emocionada de estar por fin en ese lugar que tantas veces había fantaseado con pisar.

Estábamos ante el hotel más prestigioso del parque y que con solo mirarlo ya ponía los bellitos de punta.

Entramos y después de registrarnos nos acompañaron hasta una preciosa habitación que te hacía sentir como si estuvieras dentro del cuento de las princesas, una pasada que no dudé en grabar rápidamente en un vídeo para mandárselo a mi familia.

—Esto es una pasada, en serio —dije mientras seguía grabando—. Alejandra, las fotos chulas que te harías aquí, hermana —reí.

Mi emoción podía verse reflejada en el rostro de un Valentino que sonreía constantemente al saber que había conseguido emocionarme con este viaje.

Salimos del hotel a cenar en uno de los restaurantes que había por la avenida que estaba de lo más animada por la noche, una pasada, yo estaba flipando y no dejaba de mirar hacia todos lados.

Nos pedimos unos menús de hamburguesa, refresco y patatas, me encantaba comer ese tipo de comida a pesar de saber que no era lo más sano, pero lo disfrutaba como si fuese un verdadero manjar.

Valentino estaba atento a todas las emociones que se podían reflejar en mí y es que estaba como en una nube.

—Mira que no te puedo ni ver, pero reconozco que desde hoy me caes un poquito mejor —dije con los ojos entrecerrados y juntando dos dedos para dar mayor veracidad a mis palabras—. No mucho, no te vengas arriba porque te puedes caer de golpe.

—Con que sea un poquito, ya me doy por satisfecho, iré ganando peldaños hasta que se convierta en mucho más.

—Ya te has venido arriba —bromeé causándole una sonrisilla preciosa.

La verdad es que había tenido todo un detalle pagando ese viaje, aun sabiendo que lo podía haber dejado tirado.

Después de cenar nos fuimos a pasear un poco para investigar la zona y familiarizarnos con ella, eso sí, con un buen helado en las manos.

—Uf, esto está buenísimo —dije tras un nuevo bocado, y él sonreía como si estuviera viendo a una niña en ese momento.

Fue gracioso porque en una de las muchas tiendas que vendían prendas me enamoré de un pijama cortito y de tirantes de Frozen.

No dudó en regalármelo a pesar de mi negativa ya que quería pagarlo yo, pero no fue posible, se adelantó y no había manera de quitarlo.

Llegamos a la habitación y me lo puse en el cuarto de baño, que vale que conocía mi cuerpo perfectamente, pero ni de coña iba a montar allí un estriptis, hasta ahí podíamos llegar.

Me acosté en una de las dos camas gigantes que había, él ya se había tirado en una y estaba mirando una cosa en el móvil.

Levantó su mirada y arqueó la ceja.

—Buenas noches, casi buena persona —le dije haciéndole una burla antes de taparme con las sábanas.

—Mañana vendrás a dormir conmigo y no seré yo quién te lo pida.

—Tienes mucha moral —me reí pensando que iba apañado si se pensaba que lo conseguiría.

Anda que no tenía que soñar, para que eso pasara.

—Tienes mucha moral —me reí pensando que iba apañado si se pensaba que lo conseguiría.

Anda que no tenía que soñar, para que eso pasara.

Capítulo 14



No me podía creer lo que sonaba en la habitación, de verdad que no.

Lo que en ese momento escuchaban mis oídos, como si del hilo musical de una tienda o un ascensor se tratase, no era otra cosa que la canción de *La Bella y la Bestia*.

Abrí los ojos y Valentino estaba sentado a los pies de mi cama con su móvil que reproducía esa canción.

—Buenos días, Frozen —murmuró con una sonrisilla de lo más divertida.

—Buenos días, Peter Pan —le contesté negando y poniéndome la almohada sobre la cara.

—¿Con ganas de desayunar en alguno de los lugares mágicos del parque?

—Sí, por favor, desde el fin de semana pasado en que cogí la borrachera monumental ando arrastrando un hambre...

—Pues vamos —dijo dándome un golpecito en el pie animándome así a que me levantara.

—No sé si ponerme un vestido corto blanco de tirantes, o unos pantalones cortos en color camel con la camiseta blanca de tirantes y las Converse a juego —comenté como si estuviera hablando con mi hermana en vez de con m ex.

—Me gusta esa combinación, además yo también traigo un pantalón corto en ese color, una camiseta blanca y las deportivas iguales.

—¿Vamos a ir iguales? —me reí— Ya nos veo cantando los números de la Lotería de Navidad este año.

—¿Y lo divertidas que quedarán las fotos?

—Sí, divertidas sí, pero no sé yo...

Y así fue, salimos los dos vestidos iguales, además yo llevaba una mochila roja que resaltaba un montón y daba un contraste muy llamativo.

Para desayunar fue él quien entró a pedir, yo me quedé en la mesita de la terraza viendo aquello tan bonito que tenía ante mis ojos, estaba de lo más feliz disfrutando de todo aquello que para mí había sido un sueño.

Valentino apareció con una bandeja con todo el desayuno.

Café, agua, zumo de naranja, cruasán de chocolate, pan tostado con mantequilla y mermelada de fresa y donuts.

—Madre mía, qué pinta más buena todo.

—Treinta euros nada más —dijo aguantando la risa.

—Hostias, es muy caro, a la comida invito yo. —Me sentí mal porque él tuviera que pagar todo.

—No, no, al viaje te he invitado yo y me haré cargo de todo, no me voy a arruinar por mucho dinero que gastemos en tres días. —Me hizo un guiño—. Lo digo solo para buscarte la lengua. ¿Quién no sabe lo caro que es todo en este parque?

—Ya, pero yo quiero invitar a algunas comidas. —Nada más decir eso, le vi arquear la ceja y sonrió, lo que me hizo abrir los ojos cayendo en la cuenta de lo que él pensaba—. No vayas por ahí, mente sucia —le advertí y solté una carcajada—. Y hablo en serio, quiero pagar algo yo también.

—No, no, eso no es negociable. —Le dio un bocado al cruasán y se le comenzó a caer el chocolate por el lado del labio.

—Toma, anda —le di una servilleta.

¡—Ya te podrías haber levantado y quitármelo a besos.

—Valentino, ni que estuviera borracha —me reí.

—¿Sabes? —Se le puso el rostro tristón—. Aunque no lo creas, siento en mi corazón el daño que te hice, pero...

—Valentino, por favor, no vayas por ahí, no quiero escuchar nada de eso, hemos hablado de disfrutar y poner de nuestra parte en estos días —le pedí, puesto que ese era un tema prohibido en esos momentos, no quería saber nada, absolutamente nada. Por suerte, él asintió.

—Ojalá algún día me quieras escuchar, no es una justificación porque no la tengo con lo que hice, pero sí quizás

el entender de alguna manera...

n

—Valentino —volví a irrumpirle.

—Vale. —Dio otro bocado al cruasán.

Ni, aunque me dijera que le pusieron una pistola en la cabeza para liarse con esa tía y que me dejara, me iba a cambiar en nada, porque si me la hubieran puesto a mí, yo hubiera muerto defendiendo el amor que sentía por él.

Obviamente nadie le puso una pistola, pero es que me dijera lo que me dijese no iba a sanar ese dolor que aún seguía ahí haciendo daño, a pesar del tiempo.

Había heridas en el alma que costaba un mundo que cicatrizaran, y esas que yo llevaba después de lo que me hizo no es que no hubieran acabado de cicatrizar, es que se estaban empezando a abrir un poquito de nuevo, y no quería, no podía volver a pasar por algo así otra vez.

Valentino sabía que mi corazón no estaba curado, que lo que hizo me dejó muy tocada y que, aunque estuviera aquí con él, no iba a curar en tres días nada de esos sentimientos que tenía derivados de aquella putada, porque así lo sentí en su momento, como una putada que no me merecía y menos por parte de él.

Pero bueno, me había costado mucho decidirme a estar aquí, y lo estaba, por ese hecho quería que este fin de semana fuera una tregua a lo malo y lo bueno, a todo.

,

Para ser sinceros, viví unos años muy bonitos junto a él y aunque lo malo tiró por tierra todo, no se podía negar lo que era una realidad y es que vivimos años en los que fuimos tan felices que nos comíamos el mundo juntos.

—¿Nos pedimos otro café?

—Sí, por favor —sonreí feliz, por la mañana necesitaba varios para ser persona—. Entro yo.

—Ni te muevas de ahí. —Se levantó de forma precipitada señalándome con el dedo en plan advertencia—. A las princesas hay que cuidarlas. —Me hizo un guiño y se adentró en la cafetería.

Si es que se me caía la baba ¿por qué cojones quería fingir que no, cuando la realidad es que con cada guiño hacía flaquear más a mi corazón?

«A las princesas hay que cuidarlas», nunca seis palabras hicieron que mi corazón prácticamente diera saltos de esos triples mortales hacia atrás, pero así había sido.

En otro momento de nuestras vidas, aquello habría sido como una preciosa declaración de amor.

Y en ese momento mi hermana Alejandra habría dicho algo así como «ves muchas películas románticas, hermanita». Razón no le faltaba, seguro, pero habiendo estado tan enamorada de Valentino tiempo atrás, y que algo quedaba aún de aquel enamoramiento, no podía decir que no quería ser la princesa de su cuento.

Regresó con los dos cafés y unas galletas de colores que tenían una pinta brutal, pero muy pequeñas, como una porción de chocolate.

—Han visto el pastón que dejé y me dieron unas galletitas.

—Qué bueno —me reí cogiendo una.

Nos tomamos el café decidiendo qué atracciones íbamos a conocer primero. A él le llamaba mucho la atención *Star Wars*, ya que era un apasionado de esa saga.

—Yo, mientras me pueda hacer algunas fotos con el castillo de fondo, feliz de la vida —dije.

—Claro que te las vas a hacer, mujer. ¿Quién se ha ido de Disney sin una foto así? No se me ocurriría privarte de ese momento.

—Más te vale, porque seguro que vuelvo a casa sin una foto así, y a mi hermana le da un patatús.

—Vale, entonces, tenemos visita a la atracción de *Star Wars*, tu foto delante del castillo. ¿Qué más? —Entrecerró los ojos.

—Hacernos alguna foto con los personajes que veamos, ¿no?

—Más fotos, perfecto.

—De aquí nos vamos con un álbum de fotos, que ni las Kardashian —reí.

—Bien guapa que vas a salir en todas las que te hagas, ya lo verás.

—Tú encárgate de hacerlas bien, que como mi hermana les ponga una sola pega, me veo volviendo con ella para hacérmelas de nuevo.

—¿Y me dejarás venir con vosotras?

—Ay, Valentino, Valentino... —dije poniéndome en pie— No tientes a la suerte, que con que aceptara un viaje contigo, es suficiente.

—Había que intentarlo —dijo con un guiño.

Y por mi bien, más valía que dejara de hacerme esos guiños, o acabaría flotando como un globo surcando los cielos.

Y por mi bien, más valía que dejara de hacerme esos guiños, o acabaría flotando como un globo surcando los cielos.

Capítulo 15



Continuamos con el paseo por el parque, y disfruté de cada rincón que veía como si fuera una niña. Era todo precioso, y con esos colores que llamaban tanto la atención.

Y entonces se me hizo la boca agua al pasar por un puesto de crepes con Nutella.

—En serio, no me dirás que después de todo lo que has desayunado aún te comerías uno de esos. —Tiró de mi mano para que no me desviara hasta el puesto.

—¿Me vas a dejar con las ganas? —Bufé mientras lo seguía a su ritmo.

—Tenemos todo el día —sonrió.

—Pero ahora me puedo comer uno y luego otro.

—Olvidaba lo golosa que eres. —Volteó los ojos sin perder la sonrisa.

—Solo un poquito. —Arrugué la nariz.

—Dame un beso y voy ahora mismo a por uno —dijo todo serio.

—¿A mí no me estarás chantajeando?

—No, solo estoy negociando. —Se paró en seco—. La decisión está en tus manos. —Se encogió de hombros.

Desde el quiosco podía llegarme el olorcito de ese chocolate y crepes, no solo me quedaría con las ganas de eso, sino que, para qué mentir, también con las del beso, que me valía como excusa para hacerlo fingiendo que solo lo hacía por conseguir mi objetivo y no por desearlo, que realmente lo deseaba, y con todo mi corazón, además.

¿Alguien me entendía? Y si era el caso, ¿sería tan amable de explicarme lo que me pasaba?

No, si no hacía falta en realidad, que yo lo sabía muy bien.

Que ese hombre había vuelto a mi vida para ponerla del revés, y yo, que por mucho que quisiera negarlo no podía seguir enamorada de él y el simple hecho de recordar aquellos besos que nos dábamos, me hacían desear que se pudiese dar marcha atrás en el tiempo y que nunca se hubiera acabado lo nuestro.

Y ahí estaba, la oportunidad de besarle de nuevo, aunque no fuera más que un simple y rápido roce de labios.

—Cierra los ojos y saca los morros —le dije entre risas nerviosas.

Y lo hizo, momento que aproveché para poner el móvil con la cámara en modo selfi, y capturé el momento beso, ese que fue tan rápido que casi no lo pude sentir como tal.

—No, no, eso no fue un beso, fue un roce de nada, por eso no voy yo hasta allí —protestó.

—Pues voy yo —dije mirando la foto y él se acercó a verla también.

—Dame un beso que voy a por el crep.

—No, ya te lo he dado, si no me lo traes no volveré a creer jamás en tu palabra.

—Ah bueno, si es así, voy ahora mismo. —Señaló al quiosco mientras se alejaba.

Y mientras lo hacía, yo observaba su modo de caminar, con las manos en los bolsillos, despreocupado y como si estuviera feliz de estar allí. ¿Sería así? A mí al menos me daba esa sensación, de que al igual que yo, Valentino estaba disfrutando del viaje.

Dudaba en si mandarle la foto a mi madre o no, lo primero que iba a pensar es que nos habíamos dado una oportunidad y eso me hacía gracia, quería ver su reacción, pero después de dudarlo un poco y él aparecer con el crep calentito sobre un cartón, descarté la idea de enviarla.

—¿No estarás comiendo así por ansiedad? —preguntó cuando gemí al saborearlo en mi boca.

—Por ansiedad o por gula, pero esto está riquísimo. —Extendí la mano para que lo probara.

—No, gracias, estoy demasiado lleno. Todo tuyo. —Comenzamos a andar en plan paseo, sin prisas.

Sacó su móvil y me tiró un primer plano comiendo el crep y de fondo una de las atracciones del parque, quedó chulísima, le pedí que me la pasara y se la envié al grupo que tenía con mis padres y mi hermana, no tardaron en echarme piropos y decir que la foto era increíblemente buena.

—Riquísimo —sonreí tras el último bocado.

, Valentino se acercó y retiró con el dedo un poco de la Nutella que me había quedado en el labio, se lo llevó a la boca y tras chuparlo asintió.

—Coincido. —Me hizo un guiño y yo ya estaba que no sabía si las piernas eran mías o de la reina mala de *Alicia en el país de las maravillas* que pasaba por allí en ese momento.

Continuamos con el paseo y lo primero que hicimos fue visitar la zona de *Star Wars*, donde disfrutamos de una experiencia que nos gustó a los dos y eso que yo de esa saga había pasado siempre, pero la atracción era de lo más buena y te sentías dentro de la nave como si de verdad estuvieras en el espacio viviéndolo con los personajes. Parecía tan real que hasta impactaba.

—Estoy flipando, Valentino, no me esperaba vivir eso en esas dimensiones.

—Yo igual, la verdad es que está muy currado —sonreía afirmando.

—Por favor —dije mirando un helado que estaban preparando en uno de los puestecitos, haciéndome la boca agua.

—No, en serio, no es normal, esa hambre ya es por vicio —decía riendo.

—Bueno, por vicio o por lo que sea, una no sale de vacaciones todos los días y dicen que en ellas está todo permitido.

—Esta vez el beso va a tener que ser más duradero. —Se encogió de hombros.

—Pero bueno. ¿Me vas a estar robando un beso cada vez que tenga hambre?

—Lo tuyo no es hambre, es vicio. —Me hizo un guiño y sacó los morros cerrando los ojos.

Había que joderse, a descarado no le ganaba nadie. ¿Era así cuando salíamos juntos? Porque no me podía creer que, de verdad, tuviera en mente pedirme un beso cada vez que me apeteciera comer algo rico y delicioso que encontrara por el parque.

Lo miré, ahí parado ante mí con los labios haciendo morritos para que le diera el beso.

—Mírale, igualito que el sapo de Tiana —solté seguido de una carcajada.

Pero él ni se inmutó, no le molestó lo más mínimo, todo lo contrario. Abrió un ojo aún con los morritos para afuera, se inclinó para quedar a mi altura y señaló sus labios con el dedo, diciéndome así que le diera su beso.

Y me fui a ellos para besarlos, una vez más o una menos... ¡Quería mi helado! Y cómo no, probar esos labios que tanto echaba de menos.

—Vale ya —dijo apartándose—. Lo tuyo es un abuso. —Se giró negando, haciendo la broma y lo seguí hasta el quiosco de los helados muerta de risa.

Pedí un cucurucho de nata y fresa al que él le tiró un buen bocado antes de dármelo.

¡—¡Oye, tú! —protesté frunciendo el ceño.

—Esto por abusona.

—La próxima vez cuento dos segundos.

—Cinco, pero no diez, por favor. —Seguía haciéndose el indignado mientras me echaba la mano por el hombro para coger por otro camino del parque.

Y así volví de nuevo a una época pasada, donde los paseos y el momento en que me acompañara a la puerta de mi casa mientras me llevaba de ese modo, cogida por los hombros y pegada a su costado, se sintió como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero lo había hecho, dos años en los que otra recibió sus besos, sus gestos de cariño, sus muestras de afecto, sus palabras bonitas, las caricias en la cama.

Vale, tenía que cortar esos pensamientos que no me llevarían a nada bueno, no señor.

Estaba de fin de semana en un lugar al que siempre había querido ir, era momento de olvidar lo malo y disfrutar de lo bueno que esos días me pusieran por delante.

Si me bebí la boda sorbo a sorbo, ¿cómo no hacerlo durante estos días en un lugar mágico y de cuento como el que me rodeaba?

Después de terminar el helado nos metimos en la atracción de *Piratas del Caribe* donde me encantó ver al capitán Jack Sparrow con mucho arte para desenterrar el tesoro oculto, además de que nos reímos mucho por las torpezas de tal personaje.

Le hice un gesto para adentrarnos en Disney Fashion, una tienda que tenía de todo tipo de recuerdos de todos los personajes.

—Esta camiseta es una pasada —dije mirando por encima cómo me quedaría.

—Me veo otra vez aguantando la presión de otro beso. —Carraspeó.

—¿Me vas a tener todo el fin de semana a besos? —Bufé riendo y echándome la camiseta por el hombro en señal de que me la llevaba.

—Según el valor de lo que me pidas.

—Que yo no te he pedido nada, que traigo mi tarjeta —maticé con una sonrisilla maliciosa.

—Pero la escapada te recuerdo que la propuse yo y decidí invitarte, así que no puedes sacar tu dinero, tendrás que negociar cada cosa que desees.

—¿Y si no quiero?

—La represalia será acorde a los acontecimientos.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

—En absoluto.

—Pues me llevo también este llavero de Minnie para regalárselo a mi hermana.

—A tu hermana le voy a regalar hasta esta taza. —Cogió una del mismo personaje.

—¿Pretendes ganarte a mi familia o es que a ella también le vas a pedir un beso?

—No, no, a ella lo hago para volvérmela a ganar.

—Pues te vas a tener que esperar mucho.

—Lo haré, lo haré. —Intentó ponerse serio para aparentar asumirlo.

Al pasar por delante de la sección de las princesas, me enamoré de un pijamita de todas ellas y unas zapatillas de estar por casa, a juego, que le encantaría a Daniela.

Sonreí mientras lo cogía y podía ver la carita de felicidad de mi niña bonita con el conjunto puesto.

—¿Vas a dormir esta noche con eso? —preguntó.

—No, bobo. Es que me ha gustado para Daniela, la hija de Helen.

—¿Y esa tristeza en la voz? —Se interesó cogiéndome la barbilla.

—No nos hablamos desde el día de la boda —suspiré—. Bueno, no, en realidad, desde que me desperté ya sabes dónde después de la boda.

—Lo siento.

—Yo más, porque la echo mucho de menos.

—¿Se lo quieres llevar a la niña?

—Me encantaría, pero esto sí que quiero pagarlo yo.

—No hay besos suficientes para que me convenzas de pagar algo en este viaje —dijo mientras se encogía de hombros y yo sonreía negando.

Fuimos a la caja a que pagara todo, sacó la tarjeta delante de la dependienta y, con todo el arte, puso morros para que le diera un beso. Me reí y se lo di antes de que me montase un numerito.

—Qué bonito es el amor —dijo la chica en un perfecto castellano, que se notaba que era español.

Si ella supiera que lo nuestro no era amor, no como el que tuvimos antes. Porque ese, como bien decía Rocío Jurado, al final se nos rompió de tanto usarlo.

—¿Y esa tristeza en la voz? —Se interesó cogiéndome la barbilla.

—No nos hablamos desde el día de la boda —suspiré—. Bueno, no, en realidad, desde que me desperté ya sabes dónde después de la boda.

—Lo siento.

—Yo más, porque la echo mucho de menos.

—¿Se lo quieres llevar a la niña?

—Me encantaría, pero esto sí que quiero pagarlo yo.

—No hay besos suficientes para que me convenzas de pagar algo en este viaje —dijo mientras se encogía de hombros y yo sonreía negando.

Fuimos a la caja a que pagara todo, sacó la tarjeta delante de la dependienta y, con todo el arte, puso morros para que le diera un beso. Me reí y se lo di antes de que me montase un numerito.

—Qué bonito es el amor —dijo la chica en un perfecto castellano, que se notaba que era español.

Si ella supiera que lo nuestro no era amor, no como el que tuvimos antes. Porque ese, como bien decía Rocío Jurado, al final se nos rompió de tanto usarlo.

Capítulo 16



Valentino estaba siendo ese hombre que conocí durante el largo noviazgo que tuvimos, la rabia que me daba es que no terminaba de confiar en él, un día te lo daba todo y al siguiente era capaz de quitártelo sin importar en qué estado te dejase.

No quería pensar en ello a pesar de que me venía a la cabeza, al igual que por mucho que lo amase no quería regresar a su lado porque sabía lo que podía volver a esperarme en cualquier momento.

Pero lo amaba y en cierto modo estaba feliz de estar a su lado en estos momentos, ¿para qué iba a seguir mintiéndome?

En una de las tiendas vi las orejitas de Minnie que había visto en otras, pero no me decidí, en ese momento recordé que mucha gente se hacía la foto con ellas puestas a la entrada del parque y me hizo ilusión tener esa yo también.

Valentino dijo que se apuntaba a comprarse las de Mickey para hacernos otra juntos y me puso los morros para que los besara antes de comprarlas.

Se lo di superfuerte y suspiró, todo haciendo la coña. Me encantaban todos esos gestos que salían de su cara.

—¿Una cervecita con un cigarrito?

—¿Cerveza? Mira que me ha durado una semana la resaca.

—Mujer es que en la boda te bebiste hasta el agua de los floreros.

—También es verdad —me reí.

Compramos la cerveza y nos fuimos a un área de fumadores donde había unas mesitas con sillas, y allí que nos sentamos a descansar un poco.

—¿Me vas cogiendo cariño de nuevo? —preguntó poniendo cara de puchero y chocando su vaso con el mío.

—Sí, pero no te vengas arriba que tampoco es mucho, pero más que la semana pasada.

—Pues me dijiste algo muy bonito aquella noche, y dicen que los borrachos y los niños son los que más sinceros son. —Me hizo una caricia en el brazo.

—¿Y quién me dice que no me estás mintiendo?

—He sido cabrón en mi vida, pero mentiroso no, antes de mentir prefiero guardar silencio.

—Por fin reconoce lo de cabrón —me reí negando.

—Fui muy mala persona, lo sé...

—¿Y te arrepientes? —Mierda, no quería preguntarlo en alto.

—Cada día de mi vida.

—Por cierto. —Quise cambiar el tema que me ponía nerviosa—. ¿Qué te dije esa noche? Más que nada por curiosidad.

—Que, aunque me odieras por momentos, siempre iba a ser el gran amor de tu vida. —Sacó los morros para que le diese un beso por la información. Se lo di mientras soltaba una carcajada por la de veces que hacía que lo besara.

—Pues sí que estaba intensa...

La cerveza nos supo a poco y fuimos a por otra, total, estábamos en Disney anduviéramos o no, ¿quién decía que no era emocionante también estar de cervecitas en un lugar como ese?

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo de pronto.

—Mientras no sea nada referente al tema tabú, pregunta —respondí llevándome la cerveza a los labios para dar un sorbo.

—¿Alguien especial en estos años?

—Meeec. —Hice el sonido como de respuesta incorrecta en uno de esos concursos de preguntas de la tele—. Tema tabú, mala suerte.

—Solo quiero saberlo, Lore.

—Creí que había quedado claro que no quería que me llamaras así. —Fruncí el ceño.

—No puedo evitarlo —sonrió—. ¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Has salido con alguien que merezca la pena ser recordado?

—No te vengas arriba con la respuesta, porque no te la doy para eso ni para elevar tu ego a la máxima potencia, Valentino. Pero no, no salí con nadie en estos dos años, porque no podía. No me veía preparara para una nueva relación.

—Entiendo —sonrió y lo hizo con lo que me pareció que era tristeza—. Lo siento, de verdad que siento lo que pasó.

—Uy, mira, unas patatitas fritas de aperitivo con las cervecitas nos vendrían de lujo ahora mismo. Venga, ponme los morritos que te doy tu beso y tú, le traes las patatitas a la princesa Lorena.

—¿Ahora sí quieres darme besos? —sonrió.

—Es que eres un chantajista, y como si no hay beso, no hay caprichito, pues... —Me puse en pie mientras le cogía ambas mejillas para acercarle a mí, y le planté un sonoro beso en los morros con el que me tomé mi tiempo — Eso equivale a una bolsa de patatitas grande, que lo sepas.

—Lo que mi princesa quiera.

Mi princesa, qué bonito había sonado, lástima que no pudiera ni quisiera creer en esas palabras porque solo conseguiría que, mi ya de por sí lastimado corazón, sufriera más.

No tardó en regresar con las patatas, esas que nos tomamos con la cerveza mientras nos fumábamos un cigarrito, por lo bien que lo habíamos hecho.

1

Al final hasta cogimos un puntito con las dos cervezas, las cosas como son. Y no se nos ocurrió otra cosa que irnos a una atracción tipo montaña rusa, en la que por poco echamos la primera papilla por la boca.

Momento en que me entraron unos mareos que no podía con ellos y por lo que tuve que tomarme una Coca-Cola ; necesité sentarme un rato para reponer, me sentía de lo más mareada.

También era normal. ¿A quién se le ocurría tomar dos cervezas en pleno verano y luego subirse a un cacharro de

esos? Pues a nosotros...

—Ay, ay, que me muero —dije tras tomarme el refresco.

—No te me mueras, como mucho te dejo que te quedes dormidita como Blancanieves o La bella durmiente para poder despertarte con un beso.

—Oye, que a esas dos las envenenaron, por eso los príncipes las despertaron con un beso.

—Bueno, matices sin importancia, podemos hacer nuestra propia versión del momento beso para despertar.

—¿Qué me has echado en la cerveza? ¿Matarratas? —Fruncí el ceño y soltó una carcajada.

—Serás mal pensada. —Seguía riéndose a mandíbula batiente, y acabé uniéndome a él.

—Claro, ahora lo entiendo, para eso me querías traer aquí, para llevar a cabo un plan chungo de envenenamiento ; después besarme como un príncipe y que te vea como mi héroe, mi salvador. ¡Serás!

—Princesa, siempre me gustó tu forma de ser, ese arte y desparpajo que te sale por los poros. —Se inclinó como para besarme, pero al final, me dio un leve golpecito en la punta de la nariz.

Aquello me hizo entender que, si no era yo la que le daba los besos, él no me los daría.

Me puse mejor y decidimos buscar dónde comer, cosa que nos llamó la atención un restaurante del Oeste donde terminamos comiendo unas costillas a la barbacoa y patatas fritas con queso mientras veíamos un espectáculo en directo que estaba de lo más entretenido y animado.

El día estaba siendo perfecto...

Después de la comida nos fuimos a seguir andando a la deriva y descubriendo más rincones de ese parque tan mágico.

Valentino tiraba de mi mano constantemente, me la cogía sin previo aviso y con toda seguridad, me gustaba sentirme de nuevo así, agarrada a él, juntos por el mundo.

En esos momento pensé que en estos dos años jamás me hubiera imaginado que entre Valentino y yo se fuese a dar el hecho de pasar unos días juntos, me hubiera jugado la vida a que no, más que nada porque tenía tanto dolor y que no era capaz de perdonar por completo lo que me hizo.

Nos fuimos tirando fotos de lo más divertidas, tanto juntos como por separado, la verdad es que estaba saliendo todo bordado y me lo estaba pasando genial con él.

La tarde la fuimos aprovechando más de mirar que de meternos en atracciones. Nos fuimos encontrando por el parque varios personajes con los que nos tirábamos fotos para el recuerdo.

Merendamos más donuts y cruasanes, de allí nos íbamos a ir con un subidón de azúcar que nos iban a tener que medicar. Él como doctor se echaba las manos a la cabeza, pero bueno, que bien que se los comía al igual que yo.

Lo bonito fue al llegar el momento que iba a pasar la cabalgata de la tarde, esa en la que la gente estaba aglomerada para ver a sus personas a ritmo de música y baile. Te daba un subidón que terminabas bailando con ellos.

A Valentino se le veía también de lo más animado, toda la vida riéndose de Disney y aquí estaba, a mi lado, viviendo la magia de un parque que te transporta al pasado y te lleva volver a ser de nuevo un niño.

Siempre soñé con venir a Disney, pero nunca imaginé que lo haría con él y que lo viviría de esta manera tan bonita y divertida. En el fondo me alegraba que fuera él...

Decidimos tomar un café y lo hicimos al lado de una tienda donde vi las figuras de la Cenicienta y el príncipe, y se me dibujó una sonrisa.

¿Quién no había imaginado vestirse alguna vez como ella? Porque yo, sí, desde luego.

—Miedo me da esa sonrisa. ¿Cuántos besos voy a tener que soportar? —preguntó fingiendo que se estremecía.

—¿Soportar? ¿En serio? Venga, hombre, pero si el chantaje fue idea tuya. Y no me digas que no los estás disfrutando, porque eso no se lo cree nadie. —Volteé los ojos y él solo sonrió.

Volví a mirar hacia la pareja y cuando él se dio cuenta de a dónde miraba, carraspeó.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Te estás viendo con ese vestido, que lo sé yo.

—Pues mira, sí, y quedaría una foto la mar de chula.

—Y delante del castillo, ¿a que sí?

—Obvio.

Sonrió, terminamos de tomarnos el café y cuando iba a seguir paseando, Valentino me cogió de la mano para llevarme a la tienda.

—¿Qué haces? —pregunté cuando se quedó mirando entre los vestidos de las princesas.

—Buscar tu talla.

—¿Qué? —Abrí mucho los ojos.

—Se pueden alquilar. —Me hizo un guiño y casi me caigo de culo.

¿Quería alquilar el vestido de Cenicienta, para mí? Dios, que alguien me pellizque porque no me lo podía creer.

Pues sí, al final alquiló todo lo necesario para que yo me vistiera como Cenicienta, y él como el príncipe. Incluso unos zapatos transparentes de plástico que simulaban ser de cristal.

Las chicas que había en la tienda me ayudaron a vestirme, dejamos mi ropa y la mochila en una taquilla y cuando estuve lista, me dieron un pequeño bolsito donde podía guardar mi móvil, con él iba a hacerme todas las fotos que pudiera.

—¿Qué es esto? —pregunté al ver el sobre que me entregaba una de las chicas donde ponía mi nombre.

—Es de tu príncipe —sonrió.

Tragué el nudo que se me había formado en ese momento en la garganta. Si Valentino estaba vistiéndose en la tienda, ¿por qué me hacía llegar una nota?

Abrí el sobre y saqué la tarjeta donde me encontré con su letra, esa que, para ser médico, tenía preciosa y perfectamente legible.

«Te espero en el castillo, princesa. ¿Perderás uno de tus zapatos?»

Se había vuelto loco, pero loco de verdad. ¿Me dejaba sola para ir por las calles del parque vestida de Cenicienta? Para matarlo. Me reí mientras salía de la tienda.

Mucha gente se quedaba mirándome, había algunas niñas que incluso se acercaban a mí para saludarme, sonriendo y con esas caritas de felicidad, que se me hacía imposible no detenerme y darles el abrazo que me pedían, y alguna que otra foto, que como las viera mi hermana en sus redes, iba a flipar.

Cuando llegué al castillo me encontré allí con Valentino, guapo a rabiar con aquel traje.

Pantalones rojos con las franjas doradas a los lados, la chaqueta blanca con todos los burletes y adornos, así como los botones en dorado, una mano delante y otra en la espalda.

Sonreí y si no fuera porque sentía la tela de las bragas puestas, podría asegurar que se me habían caído.

Caminó hacia mí, y con la noche ya sobre París y el castillo, que estaba iluminado, me cogió una mano para llevarla alrededor de su cuello y entrelazó la otra con la suya.

De fondo, y ante mi sorpresa y la de muchos de los visitantes, empezó a sonar el vals que la Cenicienta y el príncipe bailan en ese primer encuentro antes de la medianoche.

«Esto es amor. Esto es amor. Es todo lo que yo soñé...»

Para quienes nos veían, podríamos parecer dos actores más del parque haciendo una pequeña escena de una de las películas Disney, por eso todos nos observaban con emoción y los ojos brillantes de felicidad.

En cuanto acabamos el baile, y a pesar de que no eran las doce, empezó a sonar un reloj marcando la hora y me aparté de Valentino que sonrió al ver cómo me alejaba.

Como hiciera la verdadera Cenicienta, comencé a correr por el parque huyendo del príncipe hasta llegar a la tienda.

Y no pretendía perder un zapato, bien lo sabía Dios, pero coño, me tropecé, casi me tuerzo el tobillo, y a la mierda el zapato.

Por suerte Valentino venía cerca y corrió hasta mí con los ojos abiertos y preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó cogiendo el zapato para volver a ponérmelo.

—Alma de cántaro, ¿a quién se le ocurre hacerme andar y correr con tacones por el parque Disney? —Volteé los ojos.

—Anda, dame el pie a ver si el zapato es tuyo, que, de serlo, tendré que hacerte mi esposa, la reina de mi castillo.

—Hizo un guiño y tragué aún con más fuerza.

Era una broma, estaba segura, pero vaya si sería bonito que él y yo...

—Perfecto, mi preciosa y bella Cenicienta —dijo sacándome de mis pensamientos, quedando de pie ante mí, y no pude evitar mis ganas.

Le cogí de las solapas de la chaqueta y le di un beso.

—¿Qué me vas a pedir ahora? —sonrió arqueando la ceja.

—Un perrito caliente, patatas, un refresco y un helado. Es hora de cenar. —Me encogí de hombros y soltó una carcajada.

Colocó mi mano sobre su brazo y así caminamos hasta la tienda, mientras mucha gente nos paraba para que saludáramos a sus hijas e hijos.

—¿Cómo has hecho lo de la canción? —pregunté, me podía la curiosidad.

—Les dije a las chicas de la tienda que quería darle una sorpresa a mi novia, y pedirle matrimonio al ponerle el zapato.

—¡Tendrás morro! —reí a carcajadas.

—Ey, ¿y lo bonito que ha quedado? Me lo he currado, eso son... ¿tres besos? —Y puso morritos.

—Ya te vale.

Pero se los di, obvio que sí.

¹Regresamos a la tienda, donde las chicas se quedaron mirándonos y él suspiró dejando caer los hombros, en plan derrota.

—Dice que, si no hay anillo, no acepta.

—Pues hay una joyería un poco más adelante —comentó una de ellas, con una sonrisa.

—Mira qué bien, hoy va a ser mi noche de suerte. —Les hizo un guiño y todas rieron.

Nos cambiamos, y de nuevo con nuestra ropa, fuimos a cenar. No podía decir que no se había currado aquel día, y aquel bonito momento en el que me sentí una princesa de verdad.

Por no hablar de la cena, donde ni siquiera me faltó el helado.

Dimos la noche por terminada y volvimos al hotel, fue entrar en la habitación y ver la cama, y sentir que el cansancio del día se acumulaba en mis pesados párpados.

Cogí el pijama de Frozen y entré a cambiarme al cuarto de baño, cuando salí, él ya estaba en la cama, me miró y arqueó la ceja cuando vio que me acercaba a él, sonriendo.

—¿Vas a dormir conmigo?

—No —negué—. Pero te puedo dar un beso de buenas noches a cambio de que me des un abrazo.

—Yo te doy los abrazos que quieras, mi princesa. —Y me abrazó, momento en el que cerré los ojos y dejé que su aroma me envolviera.

—Buenas noches, Valentino —murmuré antes de darle el beso.

Y me fui a mi cama con una sonrisa en los labios sabiendo que había pensado que iba a dormir con él.

—No —negué—. Pero te puedo dar un beso de buenas noches a cambio de que me des un abrazo.

—Yo te doy los abrazos que quieras, mi princesa. —Y me abrazó, momento en el que cerré los ojos y dejé que su aroma me envolviera.

—Buenas noches, Valentino —murmuré antes de darle el beso.

Y me fui a mi cama con una sonrisa en los labios sabiendo que había pensado que iba a dormir con él.

Capítulo 17



No había abierto los ojos y ya me estaba imaginando ese desayuno de mezcla de dulce y salado con el que me iba a poner las botas.

—Necesito desayunar —murmuré girándome y encontrándome con un Valentino que me miraba sonriendo.

—Eso es un beso. —Sacó morros.

—Joder, pues sí que le estás cogiendo gusto al tema —me reí mientras me levantaba para ir a lavarme los dientes y cara.

—No me lo has dado —dijo apareciendo por el baño ya que yo había dejado la puerta abierta.

—Hasta que no lo vea sobre la mesa, no hay beso. —Me encogí de hombros.

—Pues me lo vas a tener que dar de seis segundos por lo menos.

—La gente va a pensar que nos hemos quedado pegados.

—No nos conocen. —Me hizo un guiño a través del espejo.

Sonreí mientras negaba y me daba cuenta lo nerviosa que me ponía el tenerlo tan cerca. A pesar de todo tenía esa habilidad de ponerme el corazón de cero a diez en un solo segundo.

Me acordé en esos momentos y en muchos otros de mi amiga Helen, esa que ya no me hablaba y que en cuanto regresara pensaba ir a buscar.

—No pienses en cosas feas, te cambió la cara.

—No es por ti. —Le hice una burla ante el espejo y me abrazó desde atrás riendo—. Déjame paso que tú te vienes arriba muy pronto.

—Jo, pero si estoy siendo muy buena persona, estoy que ya ni me reconozco —dijo siguiéndome a la habitación.

—Un poquito tarde —me reí y puso cara de tristeza.

Me preguntaba una y otra vez que qué cojones hacía yo con mi ex en Disney, y aparentando una paz que no existía ya que, después de lo sucedido, era para que no lo hubiese vuelto a mirar a la cara en toda mi vida.

Pero aquí estaba, y obviamente algo de culpa la tenía el hecho de que no era una persona rencorosa, entre otras muchas cosas.

Me puse una falda de volantitos rosa con una camiseta blanca a juego con las Converse y Valentino no dejaba de hacer el gesto de quitarse los sudores de la frente en plan de que le ponía así lo que veía.

—Deja de hacer el payaso —me reí negando, colgándome un bolsito pequeño de lado en el que solo me cabía el móvil, el tabaco y la cartera. Tampoco necesitaba mucho más ya que las gafas de sol las llevaba puestas.

—Lorena, eres como los vinos, cuanto más maduras más buena te pones. —Se apartó para que entrase en el ascensor.

—Y tú eres como la lechuga... —me eché a reír.

—A mí no me digas que me estoy pudriendo que eso no es cierto. —Ya le había tocado el ego.

—Un poquito. —Hice el gesto con los dedos y cuando lo miré ya lo tenía pegado a mis labios.

—Cada mal acto, tendrá sus consecuencias —murmuró mientras me miraba fijamente.

—Tienes una colleja a mano abierta —negué, haciéndome la dura, pero es que esos ojos, esa mirada... eran una debilidad para mí, como la Kryptonita para Superman.

Nos dirigimos a la misma cafetería donde habíamos desayunado la mañana anterior, nos había gustado mucho ese lugar y la dulcería tan fina que tenía, podría decir que era el cruasán más bueno que me había comido en mi vida.

—Voy a pedir —dije señalando hacia la puerta.

—Claro que sí, guapi. —Arqueó la ceja y me eché a reír.

De nuevo entró él a pedir el desayuno mientras yo me escribía con mi familia, la verdad es que me hacían ; interrogatorios vía WhatsApp los muy cotillas, pero yo les esquivaba hasta llegar allí, no le iba a decir que nos habíamos robado besos y esas cosas que no entenderían si no era bien explicado.

Y como no me entendía ni yo, cualquiera explicaba la situación.

Alejandra: *Desde luego, ni con pinzas te sacamos la información, hermana. Verás, verás cuando vuelvas. Te voy a someter a una tortura de cosquillas en los pies con dos plumas, que vas a cantar hasta La Traviata. Avisada quedas.*

Mamá: *No amenazas a tu hermana, si no quiere contar nada todavía, ya lo hará. ¿Tú te lo estás pasando bien, cariño?*

Yo: *Sí, mamá, como una niña pequeña en este mundo mágico.*

Sonreí tras terminar de teclear, incluso me hice una foto así, con esa sonrisa, y no tardó la petarda de mi hermana en responder.

Alejandra: *Tienes cara de haber follado, Lorena, yo no digo nada.*

Papá: *Gracias, hija, por darle a tu padre detalles de lo que posiblemente esté haciendo tu hermana en París. No los necesitaba.*

Solté una carcajada al ver la fila de emojis que seguía a esas palabras, varias caras de confusión, sorpresa, y mareo.

Dejé el móvil en cuanto Valentino apareció con una bandeja con la que se me hizo la boca agua por completo, más que nada porque se había pasado tres pueblos y se notaba que me quería endulzar la vida.

—Mi beso. —Se acercó a mi cara antes de sentarse.

—Yo te lo doy, pero que conste que luego lo vas a pasar mal al regresar y ver que la realidad no era la que has vivido en Disney —dije antes de dárselo.

—Los sentimientos son los mismos en Disneyland París, que en el pueblo de la montaña.

—Verás qué mal lo vas a pasar —le avisé mirándolo desafiante con sonrisilla incluida.

—¿Tú eres consciente de que voy a luchar por ti cada día de mi vida a partir de ahora?

—Uy, lo que me ha dicho. —Me puse la mano en el pecho y comí con desesperación un trozo de bollo con chocolate derretido que me hizo a la vez emitir un gemido de placer.

—Verás —se echó a reír—. La noche de la boda de mi hermano...

—Ni lo menciones —le corté antes de que siguiera hablando—, aquello no pasó, no lo recuerdo.

—Pasaron cosas que no sabes...

—Normal, te estoy diciendo que no me acuerdo. —Volteé los ojos.

—Comenzó todo como un juego...

—¡Valentín! ¿Te he preguntado algo?

—Creo que deberías saber qué y cómo pasó.

—Que me da igual, que yo no estaba en mis cabales y realmente me arrepiento hasta sin acordarme.

—¿De qué te arrepientes?

—Uy, tu sonrisita no me gusta ni lo más mínimo.

—Será que no me quieres escuchar porque, quizás, hablar de ello te serviría para recordar algo.

—Si no lo he recordado ya, dudo que lo haga y créeme que, contado desde ti, puede hasta que no me lo crea o lo digas de manera para sensibilizarme.

—¿Y si te dijera que no pasó entre nosotros lo que imaginas?

—A ver, Valentino, no me comiences a joder que conozco cuando te pones en plan misterioso. ¿Cómo que no pasó lo que me imagino? Estábamos desnudos.

—No, yo estaba con mi bóxer, tú me viste de cintura para arriba y dedujiste lo mismo.

—Ay Dios, ¿te estás quedando conmigo?

—No, te lo juro que no.

—¿Y qué hacía yo desnuda?

—Lo primero es que te bañaste en alcohol, directamente, así que no querías ir a tu casa para que no te vieran así y me dijiste que me hiciera cargo de ti como niño. Te llevé a mi casa, y me ofrecí para lavar tu ropa rápidamente en la lavadora y secarla. Te desnudaste cuando ni había terminado la frase y te dije de darte una camiseta y un bóxer a lo que tú me respondiste que no era tu problema el que yo no pudiera resistirme a ver lo que un día perdí.

—Valentino, júramelo por tu madre, bueno, por tu madre no, que no, que capaz de mentirme para que le pase algo —dije provocándole una carcajada mientras negaba incrédulo.

—Por toda mi familia.

—¿Y qué hacíamos en la cama juntos?

—Te pusiste a buscar mi habitación y te metiste en ella, yo fui un rato más tarde cuando sequé el vestido en la secadora y la ropa interior que te dejé todo en el cuarto bien dobladito.

—Es verdad, con razón pensé al verlo que para lo borracha que había estado había doblado todo muy bien. —Me puse la mano en la cara—. Pero a ver, si me dejaste todo allí colocado, ¿dónde estaban mis bragas? Cuando entré a vestirme no las tenía entre la tela del vestido.

—Igual con las prisas y los nervios se te cayeron por allí y no las vistes. Yo las encontré debajo de la cama el otro día —rio.

—La madre que me parió —resoplé.

—No te puse un dedo encima, no me atreví, y eso que lo deseé con todas mis fuerzas. —Se acercó poniendo morritos.

—¿Qué haces? —me reí al ver que pedía un beso.

—Ni un dedo encima te puse, me lo merezco. —Volvió a sacar morros y acercarse más.

—¿Y si me estás mintiendo?

—No lo haría en la vida, aunque no me creas. —Acercó sus labios y fue él quien me besó a mí.

Fue corto, rápido y sutil, una leve caricia de esas que me gustaba recibir de sus labios antaño, cuando todo era... normal.

Ahora no éramos más que dos casi desconocidos porque ni en mis peores momentos habría imaginado que Valentino me fuera a dejar de la noche a la mañana por otra persona, haciendo que mi alma quedara rota por la pérdida.

Y aquí estábamos, mirándonos el uno al otro como si en este instante estuviéramos solos, como si no hubiera cientos de personas a nuestro alrededor, como si las voces y los gritos de felicidad de los más pequeños se hubieran apagado.

» —Tienes un morro que te lo pisas, en serio —dije sin poder dejar de sonreír, negando, mientras cogía otro bollo.

—Créeme, no pasó nada.

¿Qué habría hecho cualquier otra persona ante esas palabras? ¿Creerlas o no creerlas?

No lo sabía, pero sí que podía ver en sus ojos, que parecía estar diciéndome la verdad.

—Tienes un morro que te lo pisas, en serio —dije sin poder dejar de sonreír, negando, mientras cogía otro bollo.

—Créeme, no pasó nada.

¿Qué habría hecho cualquier otra persona ante esas palabras? ¿Creerlas o no creerlas?

No lo sabía, pero sí que podía ver en sus ojos, que parecía estar diciéndome la verdad.

Capítulo 18



Todo este tiempo pensando que nos habíamos acostado y ahora resultaba, según él, que no había pasado absolutamente nada, ni siquiera un beso robado. Como solía decirse, ver para creer.

Comenzamos a andar entre tiendas, estaba buscando otro regalo para Daniela, mi ahijada, esperaba que Helen no se opusiera a ello, me terminaría de rematar.

Valentino le compró unos pendientes pequeñitos de oro con la silueta de la cara de Minnie, una monería que me hacía mucha ilusión regalarle, y aunque los pagó él, el regalo se lo iba a dar yo, indudablemente.

Había momentos que me venían como flashes de recuerdos, por ejemplo, lo del vestido bien extendido y de aspecto limpio, que eso me sorprendió porque me venía también olor a fresco, por no hablar de lo de la ropa interior bien dobladita y que también, cuando lo miré, después de haberlo tocado antes de haber abierto los ojos, fue de cintura para arriba y podría llevar perfectamente su ropa interior puesta...

¿De verdad me había respetado aquella noche? Si fue así me sorprendería gratamente y algunos puntos ganaría con ello.

Por no hablar de mis padres, esos para quien Valentino fue un hijo más durante los años que estuvimos juntos.

Nos compramos unas cervezas y fuimos a sentarnos en un área de fumadores, de nuevo volvió a sacar sus morros antes de encender el cigarrillo.

—Eso por las cervezas, ¿no? —pregunté riendo y acercándome a dárselo.

—Quiero proponerte algo.

—Soy toda oídos.

—Si me das la oportunidad de pasar el siguiente fin de semana juntos, te llevo esta noche a cenar mirando a la Torre Eiffel en una terraza que te va a sorprender de las vistas que tiene hacia ella.

—Joder, Valentino, eso es para pensárselo —sonreí.

—Solo tengo que dar un clic a la reserva.

—Acepto —reí— es una locura, pero acepto.

—Pues ahora mismo lo reservo, eso sí, dormiremos en la ciudad, va con la reserva.

—¿Nos vamos a París? —dije emocionada.

—Sí, después de comer vamos a recoger las cosas de la habitación y nos vamos para pasar la última noche a París

—Joder, estamos como cabras, pero me encanta —dije emocionada.

—De todas maneras, aunque no hubieras aceptado lo del fin de semana, me hubiera ido igual si te gustaba la idea, la verdad es que estoy hasta los huevos de Disney —dijo causándome una carcajada.

Le creía, de verdad que sí, porque siempre que le sacaba el tema de poder visitar aquel parque cada vez que lo veíamos en los anuncios de televisión, yo le miraba con ojitos de cachorro y él volteaba los ojos.

El que estuviera aquí ahora debía ser porque le apetecía visitar la atracción de *Star Wars*, estaba segura, además de por esas otras razones que yo seguía desconociendo, o intentaba desconocer, porque si realmente quería recuperarme...

—Eres un tramposo —reí—. Por cierto, ¿dónde me llevarás? —Fruncí el ceño.

—A mi casa, a mi casa, a ver si te vas a querer fundir mis ahorros en menos de un mes —dijo bromeando.

—Pues debería. —Le señalé—. Con lo bonito que sería un viaje, no sé, ¿a Las Maldivas?

Por poco y me baña en cerveza cuando me escuchó decir aquello de la carcajada que le provoqué.

Él sabía que estaba bromeando, los dos éramos personas normales con sueldos modestos, nunca exigiría nada que no pudiéramos permitirnos.

Y si era sincera, además de una loca si remedio por los últimos acontecimientos vividos desde la boda de su hermano con mi amiga, era que incluso si me llevaba en mitad del monte a comernos una tortilla y unos filetes empanados, lo disfrutaría.

Aprovechamos para tirar muchas fotos por todos los rincones que nos íbamos encontrando, lo bueno es que

Valentino se manejaba como un profesional y me estaba tirando fotones de esos que parecían como los de mi hermana para sus redes. Estaba encantada.

—¿Todavía no tienes hambre? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—Tengo, tengo —reí—. Pero estaba esperando a que dijeras de ir a comer, para que no me llames ansiosa.

—Anda, vamos. —Me pasó el brazo por los hombros y por Dios que volví a derretirme.

Era como estar de nuevo en aquellos años donde éramos felices y nada más que eso importaba.

. Comimos en un restaurante que era a la carta y en el que nos pedimos una ensalada para compartir y unos entrecos con salsa de queso que estaba brutal, la verdad que nos gustó muchísimo y disfrutamos de esa carne con unas patatas fritas al lado.

—Entonces el viernes te tendré por mi casa... —recordó sonriente.

—Sí, ya que no me quieres pagar otro viaje.

—Encantado, pero no puedo coger más días, hasta dentro de dos semanas que cojo las vacaciones de verano.

e—Igual que yo —me reí—. Qué casualidad.

—El destino creo que nos está preparando algo para esos días.

—No te vengas tan arriba a ver si te piensas que me voy a pasar el verano contigo.

—Pues no sería mal plan, un viajecito por algún lado. —Me hizo un guiño.

—¿Me lo vas a pagar tú?

—Joder, cómo abusas, ya podríamos pagarlo a medias —lo decía en plan bromista.

—Valentino, una pregunta. ¿Qué pretendes conseguir? —Arqué la ceja.

—Ya lo sabes, todo lo que esté en mis manos para recuperar el que vuelvas a confiar en mí.

—¿Y qué pasa si vuelvo a confiar en ti? —Yo le había entendido, pero me apetecía escucharlo de su boca.

—Quiero recuperarte y me voy a dejar la vida en ello.

—¿Por cuánto tiempo?

—No vayas por ahí, no soy el mismo que ayer.

—Y si no eres el mismo que el de ayer, que fue del que estuve enamorada, ¿por qué pretendes que me enamore del de ahora?

—Lo primero es porque nunca dejaste de estarlo, no estarías aquí si así fuera —le concedía eso, tenía razón y debía reconocerlo—, y lo segundo, porque ahora soy una versión mejorada de lo que en su día fui.

—¿Y por qué lo dices con esa tristeza? —me reí.

t

—Porque hablo con el corazón —sonrió.

—No te he olvidado, Valentino, pero si me dices que me vuelva a tirar ahora mismo a la piscina, te caerías solo, es mucho el dolor que pasé y que aún sigo pasando, no me merecía que me echaras como una mierda de tu vida y actuando como si nada hubiera pasado, no hay justificación ante eso.

Me quedé mirando el plato casi vacío, él se quedó callado unos segundos hasta que vi su mano sobre la mía y le volví a mirar.

—¿Me das un beso? —Puso cara de tristeza.

—No, porque ahora no te lo has ganado —me reí.

Valentino asintió haciendo la tristeza a un lado y sonrió de nuevo, esa sonrisa que me desarmaba por completo.

No soltó mi mano hasta que yo hice por retirarla, tenía la sensación de que él necesitaba ese contacto tanto como yo.

Después de un café como sobremesa y una charla que me había dado algún pellizquito en el estómago, regresamos al hotel a recoger nuestras cosas y poner rumbo a París en el coche que nos esperaba en la puerta del hotel y que él había contratado con la reserva.

¿Quién me iba a decir que viviría un fin de semana en París con mi ex?

Durante el trayecto en el que íbamos los dos en el asiento de atrás, yo iba mirando por la ventanilla y él tenía cogida mi mano a la que le hacía cosquillitas de manera cariñosa. Yo me dejaba mimar por ese hombre que me tenía el corazón latiendo a mil, con el que había vivido lo mejor y peor del amor, pero que me seguía causando mi sensaciones. Esa era la realidad.

s
1

1

Capítulo 19



Pasamos por delante de la Torre Eiffel y sonreí emocionada de verla tan cerca, la verdad es que imponía lo gigante que lucía ahí en medio.

—¿Sigues viva? —preguntó con una leve risa.

—Sí, sí, vivita y coleando. Es que es una pasada.

Tiré una foto de la torre y miré a Valentino, que no se le borraba la sonrisa de verme a mí así.

Desde luego, aquel iba a ser un viaje de inolvidable para mí.

El hotel estaba justo en frente, de lleno, pero lo que más me gustó fue descubrir que nuestra habitación tenía una buena terraza con vistas a ella.

No era una suite ni un hotel de cinco estrellas, pero era todo un lujo el poder fumar un cigarrillo mientras tomaba una copa de vino que me había acabado de echar Valentino, ante esas vistas con una ciudad de lo más animada y movidita.

—¿Quieres uno? —Me giré saliendo de esa estampa y encontrándome con una cajita de bombones helados.

—Oh, qué rico. —Se me hizo la boca agua mientras cogía uno y él me miraba sonriente.

—Aquí nos traerán luego la cena...

—Lo deduje al ver esto —sonreí—. Gracias por el viaje tan exprés pero intensamente bonito que me estás regalando.

—Te regalaría mi vida si me lo permitieras, Lorena. —Puso morritos y señaló a los bombones causándome una carcajada.

—Espera. —Fui a por mi móvil e immortalicé el beso con la torre a nuestra espalda y los bombones en su mano.

—Pásamela.

—Bueno, me tendrás que dar algo a cambio.

—¿Otro besito? —Sacó morros de nuevo.

—No, no, quita, abusón.

Se echó a reír y cuando fui a coger un bombón, los retiró evitando que pudiera. Fruncí el ceño y en el momento en el que abrí la boca para protestar, vi que cogía uno y me lo acercaba.

Lo tomé de un bocadito y cerré los ojos al morderlo, disfrutando del sabor y el frío del bombón.

—¿Acabas de gemir? —preguntó y le miré mientras masticaba, encogiéndome de hombros.

—Es que esto es una delicia —gemí de nuevo mientras cogía otro y me lo llevaba a la boca, chupando la yema de mis dedos después.

—Sigue jugando con fuego, y acabarás quemándote.

—Tranquilo que no, soy como esos trajes ignífugos, inmune al fuego —dije cogiendo otro bombón.

Pero esa vez, en vez de comérmelo yo, se lo acerqué a él a los labios, sonrió y los abrió para tomarlo, cosa que no iba a dejar que hiciera porque me lo comí yo.

—¿Y eso? —Elevó ambas cejas.

—¿El qué? —Me hice la loca.

—Ese bombón que me ibas a dar a comer, y me has quitado a traición.

—No sé de qué me hablas. —Cogí otro bombón.

Y antes de que pudiera llevármelo a la boca, Valentino me cogió por la muñeca y se lo comió, tomándose su tiempo después para limpiar la yema de mis dedos.

Lo peor no era que aquello me resultara sexy, incluso provocativo y erótico, sino que con el modo en el que me miraba, podría acabar perdiendo mis fuerzas y lanzarme a sus labios.

No era normal que quisiera besarle, o al menos no debería serlo dado que era mi ex, el hombre que me dejó por otra.

Pero así era, quería besarle y al igual que él, llegados a ese momento de nuestro viaje, cualquier excusa era buena para que eso ocurriera.

En cuanto escuché que llamaban a la puerta y él me soltó la mano, supe que estaba salvada por la campana, de lo contrario me habría lanzado a esos labios que me tentaban, que me incitaban a pecar besándolos de nuevo.

No tardó en aparecer con un carrito donde habían traído la cena, esa que se encargó de servir en la terraza.

1

—Señorita —dijo tras retirar la silla para que me sentara.

Sonreí y ocupé mi lugar, mientras él servía dos copas de vino y echaba un vistazo a lo que había.

Tostas de queso y salmón, ensalada, y un pescado al horno acompañado de patatas, así como un par de porciones de tarta de chocolate para el postre.

—Se me está haciendo la boca agua —dije cogiendo la copa cuando se sentó frente a mí.

—Sí, tiene todo muy buena pinta. ¿Brindamos? —Levantó su copa.

—¿Por qué lo hacemos? —sonreí.

—Por nosotros, por este viaje, porque sea el comienzo de algo bonito.

—Me vas a hacer llorar. —Volteé los ojos.

—Lorena, sé que no quieres hablar de ello.

—No, no quiero.

—Y lo entiendo, pero solo escúchame un momento. —Le vi levantarse y ponerse en cuclillas a mi lado, haciendo que me girara en la silla para quedar frente a frente—. Lo que dije el otro día es cierto.

—¿Qué parte?

—Todo —sonrió—. Que voy a hacer lo posible por recuperarte, porque vuelvas a sentir eso que una vez sentiste por mí. Que te daría lo que me pidieras con tal de verte sonreír y feliz, porque así es como siempre fuiste, y como quiero que vuelvas a ser.

Me estaba dando un pellizquito en el estómago y sentía cómo me escocían los ojos por esas lágrimas que amenazaban con salir de ellos como las cataratas del Niágara.

—Me mata ser el culpable de que perdieras esa luz con que la que iluminabas todo, esa preciosa sonrisa que deslumbraba cuando se te dibujaba en el rostro. Me mata, Lorena, de verdad que sí, y quiero que me creas cuando te digo que haré lo que sea porque esa chica, mi chica, vuelva a ser la que era.

—Pues no tienes camino que recorrer —resoplé y sentí una lágrima cayendo.

—¿Me estás pidiendo que haga el Camino de Santiago? —Arqueó la ceja.

—Yo no he dicho tal cosa. —Me sequé las mejillas—. Pero que, si quieres hacerlo, no seré yo quien lo evite.

—Dime qué quieres que haga, Lorena, dímelo y lo haré, con tal de ganarme de nuevo tu corazón.

—Difícil lo tienes, ya te lo digo.

—¿Las pruebas de Hércules?

—Uy, la leche —solté una carcajada y él sonrió—. Mira que no te veo yo cortándole la cabeza a Medusa —negué y noté su mano en mi mejilla, retirando una lágrima—. Valentino, esto no cambiará de la noche a la mañana. Ya te dije que, si hay que tirarse a la piscina, lo haces solo, porque yo he pasado por mucho.

—Lo sé. —Apartó la mirada.

—Solo te diré una cosa. —Volvió a poner sus ojos en mí—. Este viaje ha sido mejor de lo que pensaba, y, como decía mi madre, al menos hemos limado asperezas, un poquito nada más, ya sabes que Roma no se hizo en un día.

—Pero ¿hay esperanzas de que al menos tengamos una relación cordial?

—No te he clavado un tenedor en el ojo desde que nos vimos en la boda ¿no? —Arqueé la ceja.

—No, pero me dedicaste una canción que fue peor que un dardo envenenado —rió y yo con él.

—Podría haber sido peor, podría haberme decantado por Paquita y decirte eso de... —carraspeé— Rata inmunda, animal rastroso.

—No, si arrastrarme creo que me voy a tener que arrastrar —sonrió.

—Una cosa que debes saber para conquistar a una mujer.

—¿Eso quiere decir que no sé cómo se hace, o que he perdido facultades en estos años? —Arqueó la ceja.

—Eso quiere decir, que nunca, bajo ningún concepto, te interpongas entre una mujer y la comida.

Le di un leve empujón y soltó una carcajada antes de ponerse en pie para volver a su silla.

—Olvidaba tu ansiedad y la gula en este viaje.

—Prueba —dije señalando su tosta tras dar un bocado a la mía—, y dime si dejarías que alguien te privara del placer de saborear y disfrutar de esta delicia.

—Te doy la razón, está buenísimo.

—Y el pescado tiene una pinta... —Me mordí el labio.

—Pues comamos, antes de que se enfríe y me tires por la terraza.

—No me des ideas, que de hacerlo, sería por otros motivos.

—Y me lo merecería, no creas que no lo sé.

e

Valentino sonrió, pero con ese leve rastro de tristeza que había visto durante esos días del viaje.

Tal vez fuera por la cena, por el vino, por el marco en el que nos encontrábamos o simplemente porque ese hombre nunca abandonó del todo mi corazón, pero quería creerle cuando decía que lo sentía y que buscaba no solo mi perdón, sino también recuperar mi confianza en él y, tal vez, un nosotros de nuevo.

.

Un comienzo, estar juntos otra vez, algo que, por mucho que me gustara cómo se veía en mi mente, quedaba bastante lejano.

—¿Eso quiere decir que no sé cómo se hace, o que he perdido facultades en estos años? —Arqueó la ceja.

—Eso quiere decir, que nunca, bajo ningún concepto, te interpongas entre una mujer y la comida.

Le di un leve empujón y soltó una carcajada antes de ponerse en pie para volver a su silla.

—Olvidaba tu ansiedad y la gula en este viaje.

—Prueba —dije señalando su tosta tras dar un bocado a la mía—, y dime si dejarías que alguien te privara del placer de saborear y disfrutar de esta delicia.

—Te doy la razón, está buenísimo.

—Y el pescado tiene una pinta... —Me mordí el labio.

—Pues comamos, antes de que se enfríe y me tires por la terraza.

—No me des ideas, que de hacerlo, sería por otros motivos.

—Y me lo merecería, no creas que no lo sé.

Valentino sonrió, pero con ese leve rastro de tristeza que había visto durante esos días del viaje.

Tal vez fuera por la cena, por el vino, por el marco en el que nos encontrábamos o simplemente porque ese hombre nunca abandonó del todo mi corazón, pero quería creerle cuando decía que lo sentía y que buscaba no solo mi perdón, sino también recuperar mi confianza en él y, tal vez, un nosotros de nuevo.

Un comienzo, estar juntos otra vez, algo que, por mucho que me gustara cómo se veía en mi mente, quedaba bastante lejano.

Capítulo 20



Despertar a su lado en ese último día en el que dejaríamos atrás un viaje que me dio mucho para reflexionar en varios aspectos, el primero, que, aunque el dolor seguía ahí, los sentimientos estaban intactos, fue raro pero bonito.

Recordaba el momento en el que, después de cenar y con el agotamiento del día sobre los hombros, decidimos irnos a la cama tras acabar con la botella de vino.

No me emborraché, y él tampoco, pero cuando salí del baño de ponerme el pijama, me pareció tan natural meterme en la cama con él tras darle ese beso de buenas noches, que sonreí al ver la sorpresa y la sonrisa en su rostro.

Y no pasó nada, al igual que en la cena, en la que no faltaron miradas, sonrisas, caricias leves en la mano. Pero en el momento en el que nos acomodamos juntos bajo las sábanas, compartimos algunos besos entre abrazos de cariño hasta que nos quedamos dormidos.

—Buenos días, preciosa —murmuró al encontrarse con mi mirada, y me dio un beso rápido en los labios.

—Buenos días.

Salí de la cama con una timidez y una vergüenza que distaba mucho de lo que había pasado la noche anterior en la cama, pero así me sentía, un poquito cohibida por esos besos en los que recordé el modo en el que solíamos acabar tiempo atrás, y temía que, llegado el momento, uno de los dos, o ambos, quisiera más que eso y el viaje acabara arruinado.

Pero no sucedió, Valentino fue un caballero tal como me aseguraba que fue la noche de la boda cuando me llevó a su casa.

Desayunamos en la terraza y a los dos, en cierto modo, se nos notaba la tristeza de que el viaje se acababa, de que aunque habíamos quedado en vernos al siguiente fin de semana, no había nada entre nosotros y sí muchos muros que derribar.

Era la sensación de saborear el pastel, pero saber que, si te lo comes, te puede hacer un gran daño.

Llegar al aeropuerto fue como ese choque de realidad que ponía de nuevo las cosas en su sitio.

Dejando atrás París, ¿qué nos quedaba además de ese daño que me causó una vez?

El recuerdo de lo vivido esos días y la promesa, porque así lo vi, aunque en la cama entre besos le dijera que no me amenazara más, de que lucharía por volver a conquistarme y poder entregarse a mí de nuevo.

El vuelo de regreso fue con nuestras manos entrelazadas y mirando las fotos que íbamos comentando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esta la quiero —dijo cuando vimos esa en la que le daba un bocado al crep con Nutella.

—¿Un recuerdo de lo ansiosa que fui con la comida durante el viaje?

—No, mujer, es que tienes una carita de felicidad y un sonrisa preciosa.

—Por la Nutella, sin lugar a duda.

—Pasión por el chocolate, tal como recordaba —rio.

Y llegamos al aeropuerto, momento en el que se me escapó un suspiro al saber que lo bonito del viaje había acabado ya. Tocaba volver a la realidad, a la rutina.

Cogimos su coche y me llevó hasta casa, ahí parecía que se me había hecho un nudo en la garganta.

—El viernes te recojo en el trabajo... —dijo como esperando que le contestara que no lo hiciera, que no iba a ir con él a pasar el fin de semana.

¹

^r—Vale, iré en bus entonces. Valentino, gracias. —Le cogí la barbilla y me acerqué a darle un beso en los labios.

—No te lo he pedido.

¹

—Es por el vuelo tan bonito que me has hecho pasar. —Se le escapó una risilla mientras negaba.

—Te voy a echar mucho de menos.

,

—Valentino, me voy. —Señalé a la puerta riendo.

Salí de allí y no quise ni mirar hacia atrás porque de lo contrario no me hubiera ido.

Parecía que me estuvieran esperando para someterme a un interrogatorio, menos mal que me tenían preparada la comida que si no, no canto ni por bulerías.

—Venga, desembucha —dijo mi hermana—. ¿Qué tal el viaje?

—Genial, precioso. Me he reído lo más grande y él ha tenido cada cosa...

—¿Se portó como un caballero? —preguntó mi madre.

—Como un príncipe —reí—, se portó como un príncipe. El de Cenicienta, concretamente.

Les dije ese momento en el que alquiló los trajes de ambos personajes e incluso les enseñé las fotos que nos pudimos hacer.

—Se os bien juntos —comentó mi hermana.

Mi padre aún ni había abierto la boca, pero sabía que, en cuanto les contara más cosas, acabaría hablando. Y no me equivoqué.

Se quedaron a cuadros cuando les conté lo que me había dicho de aquella noche y mi padre no dudó en decir que, si había sido así, había actuado como todo un caballero.

—Vas a volver con él, hermana —me dijo cuando me iba hacia mi habitación a descansar y se metió conmigo dentro.

—No lo sé, te diría que no, pero tampoco me atrevo, estando con él he vuelto a ser feliz y cuando se marchó, he sentido una tristeza de golpe que no me esperaba.

—Siempre lo has amado.

—Con todo mi corazón.

—Y el fin de semana te vas a su casa...

—Sí —sonreí.

—Estás jugando con fuego.

—Ya me he quemado, hermana.

—Hazlo, no te quedes con las ganas, hazlo, si te equivocas, te valdrá de lección.

—¿Más todavía? —La abracé fuerte.

—Cada lección te hace más fuerte.

—Al final me hago de hierro. —Le acaricié la barbilla.

Me eché un rato y no podía dormir pensando en Valentino, era todo aquello que siempre quise y de lo que me costó un mundo desprenderme, pero no olvidarme. Me costó dar bastantes vueltas antes de quedarme dormida.

Eran las seis de la tarde cuando miré el móvil después de la siesta y tenía un mensaje.

Valentino: *Tic Tac, contando los días.*

Yo: *Tic Tac, entremedias pueden pasar mil cosas y que no nos veamos.*

No quería ni pensar en esa posibilidad, pero la había.

Valentino: *No pasará nada, porque, aunque perdiera las piernas iría a rastras a buscarte.*

Yo: *No, por favor, qué desagradable eres, jajaja*

Valentino: *Te amo, chiquitina, te amo con todo mi corazón.*

Yo: *No me digas eso, hace años también me amabas y mira...*

Valentino: *Algún día me dejarás que te cuente la verdad de lo que pasó, no es que sea justificable, pero siempre cabe la posibilidad de que te pongas en mi lugar.*

Yo: *Jamás, bajo ningún concepto, y realmente prefiero no hablar de aquello, me sigue haciendo mucho daño.*

Valentino: *Pienso curar todas tus heridas.*

Yo: *Bueno, voy a ir a ver a mis abuelos que les voy a llevar los detallitos que les compré.*

Valentino: *¿Quieres que te acompañe?*

Yo: *No, mejor no, no quiero que te los cargues de un susto, jajaja*

Valentino: *Pronto iremos a darles una sorpresa. Disfruta de la tarde, te amo.*

Me amaba decía, no sabía si reír o llorar con eso, pero me causaba un cosquilleo por el estómago bastante grande.



—Ya está aquí vuestra nieta favorita —dije entrando por la puerta cuando abrió mi abuela.

—Que no te oiga tu hermana decir eso, no le des un disgusto a la chiquilla —rio.

—Lo tiene asumido, abuela. —Me encogí de hombros.

—Ay, Dios, que acabaremos teniendo una disputa familiar, que ni en Puerto Hurraco. —Se llevó la mano a la frente.

—Qué exagerada eres, mujer —dijo mi abuelo que me abrazó y dio un beso en la frente—. ¿Cómo estás, hija?

—Feliz de veros, abuelo.

La visita a mis abuelos fue con una bandeja de dulces en la mano para endulzarles la tarde, aunque los pobres ya se habían tomado su café con tostadas, pero probaron un poco y dijeron que lo guardarían para el día siguiente.

Yo sí que me comí un par de ellos, y la verdad es que llevaba un acumulado de azúcar estos días que como se me fuera al traste la genética me iba a ver corriendo, dando vueltas a toda la manzana de día y de noche.

Me quedé con ellos hasta la cena donde nos comimos una tortilla de jamón y queso metida en pan de sándwich, bueno, en pan ellos no, que eran más pajaritos.

Valentino: *Pronto iremos a darles una sorpresa. Disfruta de la tarde, te amo.*

Me amaba decía, no sabía si reír o llorar con eso, pero me causaba un cosquilleo por el estómago bastante grande.



—Ya está aquí vuestra nieta favorita —dije entrando por la puerta cuando abrió mi abuela.

—Que no te oiga tu hermana decir eso, no le des un disgusto a la chiquilla —rio.

—Lo tiene asumido, abuela. —Me encogí de hombros.

—Ay, Dios, que acabaremos teniendo una disputa familiar, que ni en Puerto Hurraco. —Se llevó la mano a la frente.

—Qué exagerada eres, mujer —dijo mi abuelo que me abrazó y dio un beso en la frente—. ¿Cómo estás, hija?

—Feliz de veros, abuelo.

La visita a mis abuelos fue con una bandeja de dulces en la mano para endulzarles la tarde, aunque los pobres ya se habían tomado su café con tostadas, pero probaron un poco y dijeron que lo guardarían para el día siguiente.

Yo sí que me comí un par de ellos, y la verdad es que llevaba un acumulado de azúcar estos días que como se me fuera al traste la genética me iba a ver corriendo, dando vueltas a toda la manzana de día y de noche.

Me quedé con ellos hasta la cena donde nos comimos una tortilla de jamón y queso metida en pan de sándwich, bueno, en pan ellos no, que eran más pajaritos.

Capítulo 21



La mañana del martes fue un poco apoteósica, pero hubo tiempo para disfrutar de nuevo de ese desayuno que me mandó Valentino y que no me esperaba.

Valentino: *No hay que perder la costumbre, no sea que pienses que ya no te quiero conquistar. Feliz día, disfruta de tu desayuno, preciosa.*

Había mandado ese mensaje que nunca faltaba junto con el desayuno. Si es que, aunque no quisiera, ese hombre me sacaba la sonrisa y me dejaba con ella durante un rato.

Lo bueno es que le mandé un mensaje a Helen para quedar para comer y hablar cuando recogiese a la niña y aceptó, para mi sorpresa, cosa que me puso muy contenta.

Había cargado en mi coche los regalos de la niña y un detalle que también le compré a ella por si se daba el caso de podérselos dar, y se había dado.

Avisé a mi madre de que no iría a comer ya que había quedado con Helen, obviamente se alegró de aquel acercamiento.

Me dirigí hacia el restaurante de comida rápida en el que habíamos quedado, ya que había otro parquecito para que Daniela pudiera jugar un poco.

Iba nerviosa porque no sabía en qué actitud me iba a encontrar a Helen, pero si había accedido a quedar, es que estaba más relajada.

Yo seguía sin recordar nada de lo que le dije por las copas de más que tomé esa noche, pero no me podía perdonar el que le hubiera hablado mal a mi mejor amiga.

Daniela al verme corrió hacia mí.

—Madrina, madrina. —La cogí en mis brazos.

—Hola, mi vida, estás preciosa.

—Hola, Lorena.

—Hola, preciosa. —Le di dos besos con su niña en brazos.

Nos sentamos y mientras nos traían la comida, la pequeña era el centro de atención descubriendo felizmente sus regalos. Su mamá no tardó en sonreír con los pendientes y cambiárselos por los que tenía puestos. Le quedaban preciosos.

—Son una cucada, le quedan de lujo —dije sonriendo.

—Sí, un detalle muy bonito.

—El pijama y las zapatillas los estreno esta noche, ¿vale, mamá?

—Claro que sí, mi niña.

—Y lo guapa que vas a estar. —Le hice cosquillas en la tripa y se echó a reír.

Me encantaba esa niña, la adoraba con todo mi corazón. Era tan despierta, tan risueña, que estar con ella en los días más grises, hacía que sonrieras de oreja a oreja.

Comimos *pizza* y luego la pequeña se fue a jugar mientras tomábamos un café.

—Pasaron muchas cosas que no sabes —murmuró Helen y me quedé con gesto de no entender nada.

—¿A qué te refieres?

—En aquella boda...

—Sí, pero no te quise contestar así, no estaba lúcida.

—No me refiero a eso, además la bronca entre nosotras vino de otro lado.

—O me refrescas la memoria o seré incapaz de entender nada, eso sí, mi comportamiento por muy borracha que estuviera, no me lo perdono ni yo.

—Valentino me siguió hasta el baño...

—No entiendo.

—Estabas hablando con Carmina y fui al baño, al entrar no noté que nadie me siguiera, pero una vez dentro cuando me dirigí al váter y abrí la puerta, alguien me empujó hacia dentro. —Se le comenzaron a caer las lágrimas y a mí me entró de todo por el cuerpo—. Era Valentino, me abofeteó y me violó. —Rompió a llorar con desesperación y yo sentí que me iba a desmayar.

¿Estábamos hablando del mismo Valentino? ¿Ese con el que acababa de volver de un viaje de lo más bonito?

—Helen. —Me levanté para ponerme a su lado—. ¿Qué me estás contando, Helen? —pregunté casi sin voz, abrazándola y llorando sin importar todos los que nos vieran.

—Me violó, Valentino me violó —decía con la voz rota de dolor.

Esas palabras se me clavaron en el pecho como puñales, desgarrándome el alma con tanta fuerza, que sentía que me faltaba hasta el aire.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Intenté decírtelo, pero no me dejaste, te abrazaste a él pasando de mí, que estaba aguantando como podía lo que había sucedido e intentando salir de allí lo antes posible.

—Pero Helen ¿por qué no me lo dijiste después? ¿Por qué no lo has denunciado? ¡Maldito hijo de puta!

—No puedo denunciarlo, mi marido lo mataría y esto sería una guerra muy grande.

—Pero no puede irse de rositas.

—Lo hizo, y a Disneyland París. —Lloraba con desgarró.

—Maldito hijo de puta, de esto me encargo yo.

—No, no quiero que te metas, es un secreto que debes de guardar. No quiero que te haga más daño del que te hizo.

—Eso no fue nada comparado con el que siento ahora por lo que te hizo a ti. No lo reconozco, te juro que no lo reconozco. ¿Cómo fue capaz? —le conté lo que me había dicho de esa noche conmigo.

Ella negaba mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas, al igual que por las mías.

¿Cómo podía creer en las palabras de Valentino sobre lo que dijo que pasó y lo que no quiso reconocer de aquella noche?

¿Cómo, si apenas horas o minutos antes había arrinconado a mi amiga para hacer lo que le hizo?

Me iba a dar una bajada de tensión, estaba mal, me fallaba todo el cuerpo.

¿Quién era Valentino realmente, y cómo me pudo tener engañada durante cinco años?

—Abuso de ti, lo del bóxer y la ropa es una excusa, Lorena. ¿No te das cuenta de que es un monstruo? La otra vez te dejó de la noche a la mañana como una mierda tirada, sin importarle, ahora abusa de mí y luego te mete en la cama. ¿Y me dices que no te tocó aprovechando tu inconsciencia? No le creas —me pidió cogiéndome la mano— no le creas porque si pudo hacerme eso a mí, que estaba bebida pero algo lúcida, ¿qué no te haría a ti sin saberlo y más cuando no recuerdas nada?

—Voy a terminar loca, voy a terminar loca. —La abrazaba sin consuelo.

Nos intentamos relajar cuando Daniela apareció y dijimos que llorábamos de la emoción de vernos después de tantos días. Creo que la niña sonrió, pero no quedó muy convencida.

Le pedí perdón mil veces y como me dijo, ya me había perdonado, pero tenía mucho miedo de que Valentino pudiera volver para joderle la vida. Y de paso, la mía también.

—Quédate tranquila, no lo voy a ver más, Helen, ahora de verdad me vino el verdadero sentimiento del asco, odio, repulsa, lo que más me jode es que no lo quieras denunciar, se va a ir de rositas.

—Quiero paz en mi vida, no quiero que esto afecte a mi matrimonio, no quiero que mi hija el día de mañana se entere. Y por favor te lo pido, si me quieres un poco, que sé que sí, por favor, este secreto llévatelo a la tumba, no quiero que se lo cuentes ni a tus padres, no quiero que nadie lo sepa. —Lloraba con el corazón encogido de nuevo

—Te juro que me lo llevaré a la tumba, pase lo que pase, me lo llevaré conmigo.

Nos dimos un abrazo antes de despedirnos y que me comiera a besos a mi ahijada. Quedamos en vernos una tarde de estos días para llevar a un parque a la niña.

).

Cogí el coche y empecé a conducir sin un rumbo fijo, no podía dejar de pensar en lo que me acababa de contar Helen, motivo por el cual entendía que no quisiera hablarme después de lo ocurrido y que le diera la espalda alirme con el hombre que la había dañado a ella también.

Y me mintió, me cameló con esas miradas, con sus sonrisas tristes. Todo mentira.

Paré el coche en un aparcamiento y me quedé allí llorando unos minutos, hasta que decidí regresar a casa, rezando para que mi familia no viera el dolor que sentía, nunca podría hablar de lo que había descubierto con nadie, no

traicionaría a mi amiga, por mucho que me costara no decir nada.

z

,

r

u

)

traicionaría a mi amiga, por mucho que me costara no decir nada.

Capítulo 22



Estaba desolada, la tarde anterior después de haber comido con Helen la pasé en mi habitación encerrada llorando a mares.

No era justo lo que le había hecho, aunque fuera pasado de copas, no lo era y lo peor de todo es que yo había estado con él disfrutando de una escapada después de haberle hecho eso a mi amiga, y peor aún, rondándoseme por la cabeza la posibilidad de comenzar algo con él. Era una gilipollas...

Miré el móvil ya que no había sonado aún y es que faltaban cinco minutos, abrí el mensaje que tenía.

Valentino: *Buenos días, cariño mío. Espero que tengas un bonito día y que no se te olvide sonreír.*

Sonreír, qué paradoja, cuando era él de nuevo el que volvía a quitarme la sonrisa de mi cara, el que me hacía sentir el dolor más grande que jamás hubiera imaginado, el que había conseguido sacar toda mi ira que ahora estaba descontrolada.

Yo: *Váyase a la mierda, Doctor. Vete a la mierda y como te acerques a mí te voy a hacer pagar por todo. Vete a la mierda y no vuelvas a aparecer por mi vida, ni a escribirme y mucho menos mandar esos putos desayunos. Váyase a la mierda para siempre.*

Le di a enviar y me levanté para prepararme un café y fumarme un cigarrillo en la ventana.

No podía dejar de llorar, no podía dejar de pensar que había estado enamorada muchos años de un ser tan mala persona como lo era él.

Por suerte, mis padres no estaban y mi hermana seguía en un profundo sueño, al menos no veían el estado en el que me encontraba, desolada y con un dolor en el corazón que me tenía por los suelos.

Qué idiota fui, qué tonta por pensar que... ¿Por pensar qué?

Estaba claro que si una pareja te engañaba una vez, podría volver a hacerlo, pero esto, esto era deleznable hasta

para Valentino.

¿Cómo estuve tan ciega durante cinco años? Era algo que no podía dejar de preguntarme.

Me dirigí hacia el trabajo y antes me senté en la cafetería como cada mañana.

—Buenos días, Lorena, qué carita, por favor. —Brenda se agachó para darme un beso.

—Buenos días, estoy cansada —sonreí con tristeza.

—Hoy café doble.

—Sí, por favor.

¿Cómo superar el dolor de algo que te azota de repente cuando estás en un momento un poco esperanzador y te das cuenta de que has sido el hazme reír de la misma persona que te la jugó con anterioridad? Y encima descubrir que no solo era un mentiroso, sino un violador que había abusado de mi amiga en la boda de su hermano.

Brenda me trajo el café y hasta una tostada que no le pedí pero que me preparó con mucho cariño ya que llevaba guacamole recién hecho y salmón por encima.

—Gracias, cariño.

r

—Alégrame esa cara, no me gusta verte así —me dio un beso en la mejilla y se marchó. No me preguntó nada, me conocía, sabía cuándo era buen momento para hacerlo y cuándo no.

Entré en la oficina como un alma en pena, hasta Camila, mi jefa, me preguntó si me sentía bien o me llevaban a urgencias, así de pálida tuvo que verme la pobre mujer para preguntar aquello alarmada.

Conseguí sonreír a duras penas y dejarla un poco tranquila diciéndole que no era nada grave que no se solucionara con un café y una pastilla que ya me había tomado en casa, solo había que esperar a que hiciera efecto.

La mañana fue larga, muy dura, lidiando con el dolor y sonriendo como si nada pasase, pero esa no era la realidad pasaba y bien duro.

Elsa me preguntó varias veces si estaba bien, le dije que solo era un dolor de cabeza e insistió que me fuera a casa pero no, obviamente no me dolía la cabeza y sí el corazón, pero ese dolor lo iba a sentir en cualquier sitio, lo que no iba a permitir es que me influyera en mi trabajo.

—Tienes peor para que yo cuando no recibía mensajes de tu tío —dijo a media mañana mientras me dejaba un café en la mesa, y sonreí.

—Sí que debo tener mala cara, sí, para que me traigas un café doble.

—Sé que la cafeína es lo que te reactiva, igual no es bueno para el dolor de cabeza tomar tanto, pero si funciona, bienvenido sea. —Se encogió de hombros.

—Gracias, preciosa.

Asintió y regresamos al trabajo, ese para el que no tenía cabeza en esos momentos, y contaba los minutos para irme a casa y meterme bajo las sábanas. Tal vez, con suerte, volvía a despertar pasados otros dos años, lejos de eso que había pasado de ser un sueño con momentos mágicos en Disney, a la peor de las pesadillas sacadas de un cuento macabro.

Llegué a casa y mis padres estaban preocupados en la mesa, lo único que les dije que me había enterado por ahí que él había estado con otra mientras me intentaba ganar, así que imaginad lo descompuestos que se quedaron cor eso, si llegan a haber sabido la completa verdad les daba un patatús y ponían todo bocarriba.

—Sabía que no debía haber hecho ese viaje —murmuré mirando al plato.

—Cariño, te sirvió para limar asperezas, aunque al final...

—El príncipe se te volvió rana, hermana —dijo Alejandra.

—Sapo —resoplé—, se volvió sapo y de la peor clase.

—Ugh, me lo estoy imaginando cubierto de baba, asquerosa y vomitiva. —Puso cara de asco y sonreí, sin ganas.

Sabía que lo que pretendía Alejandra era hacerme reír, que se me quitara esa cara de mustia que tenía, pero no podía. El simple hecho de recordar lo que me había dicho Helen, el modo desgarrador en el que lloraba, imaginar lo mal que se portó esa noche Valentino con ella y pensar en qué me había hecho a mí porque no lo recordaba, era suficiente para mortificarme.

Me tumbé en la cama y me abracé con fuerza a la almohada, no tenía ganas de nada, solo de dormir y dormir.

Eso sí, antes de acostarme le puse un mensaje a Helen diciendo que la quería muchísimo y que cualquier cosa no dudara en decirme, cosa que me respondió que lo sabía y que solo necesitaba que pasase el tiempo para sanar las heridas, aunque fuese un poco, esas que nunca iban a desaparecer.

A las ocho de la tarde mi madre apareció por el cuarto pidiéndome que saliera al salón al menos a que me diera el aire, pero la abracé llorando y le pedí que hoy al menos me dejara en soledad, la necesitaba.

Me trajo un sándwich de jamón serrano y queso curado con un vasito de refresco, me hizo prometerle que me lo tomaría.

—La mitad, al menos, cariño —me pidió al ver que no contestaba.

—Lo intentaré.

Asintió, me dio un beso y se fue, dejándome de nuevo sola en la habitación con mi dolor.

o

1

l

Me trajo un sándwich de jamón serrano y queso curado con un vasito de refresco, me hizo prometerle que me lo tomaría.

—La mitad, al menos, cariño —me pidió al ver que no contestaba.

—Lo intentaré.

Asintió, me dio un beso y se fue, dejándome de nuevo sola en la habitación con mi dolor.

Capítulo 23



Viernes, último día de trabajo y ya no volvía hasta después de mis vacaciones, un mes por delante, a pesar de que había sido una semana más corta ya que el lunes lo tuve de asuntos propios para el regreso de esa escapada, fueron unos días de los más duros de mi vida, las lágrimas sin consuelo de Helen me habían dejado con el mayor de los dolores.

El día anterior había estado con ella en el parque y con la niña, no pudo evitar llorar en más de una ocasión recordando aquel cruel momento, no dejaba de decirme que con qué cara iba a mirar a su marido cuando regresara.

Y tampoco podía ni imaginar lo que haría su marido si se enteraba de lo que le había pasado. Sabía que él quería mucho a Helen, y por su pequeña tenía absoluta devoción.

Si Helen se lo contase, podría ayudarla a superarlo, denunciar lo ocurrido y hacer que Valentino pagara por semejante atrocidad.

Al salir del trabajo se me vino toda la sangre a la cabeza al encontrarme en la acera a Valentino esperándome.

—¿Cómo tienes las agallas de plantarte aquí? —pregunté muy enfadada y apretando la mandíbula con todas mis ganas.

—Quiero saber qué pasó para que de la noche a la mañana me echaras de esa manera como si hubiera cometido un crimen —decía con los ojos nublados.

—Mira, de la noche a la mañana me dejaste tú a mí hace dos años, ya estamos empatados.

—Lorena.

—Eres la peor persona que me he echado a la cara, lo sé todo, absolutamente todo, lástima que ella no quiere hablar.

—¿De qué me estás hablando?

—No te hagas el que no lo sabes, conmigo no cuela, vete a la mierda y no vuelvas a aparecer por mi vida si no quieres que la que te denuncie sea yo.

Me fue a frenar y en ese momento fui yo la que reaccioné dándole una bofetada que lo dejó helado, no se la veía venir.

—No te reconozco... —dijo llevándose la mano a la mejilla.

—Pues no me busques, ya no soy la de antes, me das asco.

ⁿ—No entiendo nada, pero te estás equivocando.

—Vete a la mierda, púdrete en la vida. —Me marché hacia el coche, dejándolo ahí sin moverse.

Qué poca vergüenza la suya, aun habiéndole dicho que no me buscara, que no quería saber nada más de él, se atrevía a presentarse en mi trabajo en busca de explicaciones.

Valiente desgraciado, que cuando me dejó tirada ni se dignó a darme una explicación de qué había fallado entre nosotros para que me engañara con otra.

Semanas me pasé preguntándome sin tan poco valía yo como mujer y persona, para que buscara en brazos de otra lo que pensaba que yo le estaba dando.

Pero ahora, con esto que sabía y me tenía carcomiéndome por dentro, sabía que el dolor no se iría así como así, no se pasaría ni sanaría con un fin de semana en París ni las promesas de que lucharía para recuperarme.

¿Se podía ser más mentiroso?

Llegué a mi casa y me senté en la mesa a comer por no dar ningún disgusto ni que estuvieran encima de mí, pero ⁿestaba haciendo de tripas corazón, no me mantenía en pie y solo quería estar en mi cama abrazada a la almohada y llorando de rabia, dolor, impotencia, asco...

—Hija, otra vez no quiero verte pasar por lo mismo —dijo mi madre con pena.

—Ni yo. —Secundó mi padre—. Fue suficiente ver cómo te morías en vida una vez, cariño, dos... Dos, sería insoportable para nosotros.

—Tranquilo, será solo cosa de unos días —mentí, porque, aunque pasaran mil años, este dolor me atormentaría y consumiría el resto de mi vida.

Una vez en la habitación entré en el Instagram de Carmina y comenté todas las fotos que había subido en carrusel de lo que estaba siendo su viaje de novios en Cuba, se la veía de lo más feliz y guapa con ese bronceado que había pillado tan bonito y caribeño.

Lloré viendo su felicidad, esa de la que me alegraba muchísimo, pero por dentro tenía rabia de saber que se había convertido en la cuñada del ser más malo de la tierra.

El sábado por la mañana quedé con mi tío Jorge para desayunar, me había puesto un mensaje y le dije que pasara por mí. Algo me decía que mis padres o hermana tenían algo que ver en esa petición por su parte, pero bueno, en cierto modo me apetecía que me diera el aire.

—Hola, sobri. —Me dio un abrazo al verme y cerré los ojos dejando que me cobijara entre sus brazos.

A pesar de tenerle como a un hermano mayor, incluso como a un buen amigo con el que salir de copas, en momentos así era como un segundo padre para mí.

—Menuda carita tienes —dijo una vez nos subimos al coche.

—No te cortes, haz como mi madre, di que estoy mustia como las plantas.

—Es que lo estás, y tú no eres así, Lorena.

Me encogí de hombros y durante el camino hasta el bar permanecí en silencio, cosa que él respetó en todo momento.

Pedimos un par de desayunos completos, a mí no me entraba la comida porque tenía el estómago cerrado, pero haciendo un esfuerzo me acabé todo, incluido el zumo de naranja natural, que parecía que me había sentado mejor que el café. ¿Sería que el cuerpo me decía de ese modo que necesitaba vitaminas?

Como buen inspector intentaba sacarme el porqué de esa tristeza, pero claro, le conté lo mismo que a mi familia, pero juro que, si no le hubiera prometido a Helen que el secreto me lo llevaría a la tumba, se lo hubiera soltado para ver cómo podía de algún modo hacer que pagara, pero bueno, no iba a decir nada por mucho que tuviese que morder la lengua. Era muy injusto que se fuera de rositas después de joderle la vida a Helen, porque se la había jodido.

—Y yo, como una tonta, pensando que de verdad quería reconquistarme —dije.

—Y mientras se tiraba a otra, vaya con el doctor —negó mi tío.

—Me siento mal, tito, me siento...

—No pienses más, Lorena, lo único que conseguirás con eso son dolores de cabeza.

1

—¿Más? Apañada estoy entonces. —Volteé los ojos.

Pasé toda la mañana con él y hasta dimos una vuelta por unas tiendas en las que terminó regalándome un par de vestidos monísimos de esos fresquitos de diario. Antes de dejarme en casa a la hora de la comida, paró en una heladería muy famosa y compró tres tarrinas diferentes: turrón, la preferida de mis padres, vainilla con caramelo, la favorita de mi hermana, y otra de café, la mía, sin duda.

A todos se les hizo la boca agua al verme llegar y las metieron en el congelador para después de comer. Mi tío entraba de guardia por eso no se quedó a comer.

Mi padre había preparado un delicioso cordero al horno con patatas fritas, se me hacía la boca agua de ver la pinta pero luego intentaba comer y me costaba un mundo. Tenía el estómago cerrado por completo y muy preocupados a mi familia.

—Solo me faltaba que cayeras enferma por ese... —Todas miramos a mi padre, que suspiró y se limitó a levantarse de la mesa sin acabar la frase.

¿Ese desgraciado, quiso decir? O, tal vez, ¿ese impresentable? ¿Ese idiota sin alma que había jugado conmigo y destrozado la vida de mi mejor amiga?

Pensara lo que pensara mi padre de Valentino en ese momento, no quiso compartirlo con nosotras. Pero yo podía imaginarlo.

r

—No pienses más, Lorena, lo único que conseguirás con eso son dolores de cabeza.

—¿Más? Apañada estoy entonces. —Volteé los ojos.

Pasé toda la mañana con él y hasta dimos una vuelta por unas tiendas en las que terminó regalándome un par de vestidos monísimos de esos fresquitos de diario. Antes de dejarme en casa a la hora de la comida, paró en una heladería muy famosa y compró tres tarrinas diferentes: turrón, la preferida de mis padres, vainilla con caramelo, la favorita de mi hermana, y otra de café, la mía, sin duda.

A todos se les hizo la boca agua al verme llegar y las metieron en el congelador para después de comer. Mi tío entraba de guardia por eso no se quedó a comer.

Mi padre había preparado un delicioso cordero al horno con patatas fritas, se me hacía la boca agua de ver la pinta, pero luego intentaba comer y me costaba un mundo. Tenía el estómago cerrado por completo y muy preocupados a mi familia.

—Solo me faltaba que cayeras enferma por ese... —Todas miramos a mi padre, que suspiró y se limitó a levantarse de la mesa sin acabar la frase.

¿Ese desgraciado, quiso decir? O, tal vez, ¿ese impresentable? ¿Ese idiota sin alma que había jugado conmigo y destrozado la vida de mi mejor amiga?

Pensara lo que pensara mi padre de Valentino en ese momento, no quiso compartirlo con nosotras. Pero yo podía imaginarlo.

Capítulo 24



El domingo quedé para merendar con Carmina que ya estaba de regreso, algo que me sorprendió es que me dijo que hasta que no nos viésemos, no le dijera nada a Helen, pensé que quería prepararle una sorpresa o algo ya que se acercaba su cumpleaños.

—Mamá, me voy —dije parando en la puerta del salón, donde ella y mi padre estaban viendo una película.

—Eso es, despeja la mente y pásatelo bien. Dale un beso a Carmina de nuestra parte.

—Lo haré —sonreí al tiempo que les lanzaba un beso a ambos.

Carmina era una buena amiga nuestra, y sabía que si Helen le contase lo que le hizo Valentino, ella misma la ayudaría a poner a ese hombre en su sitio. Por muy cuñado suyo que fuera, sabía que a Carmina no le dolería ni le temblaría el pulso a la hora de hacerle pagar, aunque con ello se llevara por delante la carrera de pediatra reputado que tenía en el hospital.

En cuanto llegué al lugar en el que habíamos quedado, la vi sonriendo de oreja a oreja.

—Joder, qué guapa estás —dije abrazándola.

—No tanto como tú.

Nos sentamos y la noté un poco apurada, como si quisiera soltar algo, pero le costara.

—¿Por qué no querías que se enterara Helen? —pregunté para ver si arrancaba y así salir yo también de dudas.

—Verás, sé que lo que te voy a decir te va a romper el alma y que no me vas a creer, pero traigo pruebas. No quiero romper ninguna amistad, sé lo que sois la una para la otra, pero Helen te la intentó jugar.

—¿A qué te refieres? —pregunté extrañada y pensando que sería una tontería, Helen no me la jugaría en nada y menos que no tenía motivo para hacer algo así.

—Fue en mi boda cuando tú estabas vomitando y ya en muy mal estado, cuando Valentino estaba muy pendiente de ti que ella lo siguió al baño y yo me di cuenta, fui con disimulo y lo escuché todo.

—¿Qué escuchaste?

—Esto... —Puso un audio en su móvil en el que se escuchaba claramente a Helen diciéndole a Valentino que o le hacía con ella o le arruinaba la vida, y a Valentino respondiéndole que empezara, pero que era muy ruin lo que le estaba haciendo a su amiga mientras estaba en malas condiciones—. Y acto seguido se marchó. Se tiró toda la noche diciéndole cosas en el oído y él mirándola con mala cara y reprochándole su actitud. Hasta que por fin tú le pediste a Valentino que te sacara de allí y este te cogió en brazos y os fuisteis. —Me puso un video de unos momentos antes de sacarme en brazos, de cómo ella no dejaba de agobiarlo insistentemente y cómo él me cogió y me sacó de allí.

—Yo me muero, te juro que me muero Carmina. —Comencé a llorar fuerte.

¿Por qué haría eso mi mejor amiga? ¿Por qué se inventaría que Valentino hizo lo que hizo? ¿Qué quería conseguir con eso? Además de partirme el alma en mil pedazos, como había hecho al contarme que el hombre al que una vez amé, no, mejor dicho, que todavía amaba, era un monstruo.

—Te dije que te iba a doler, Helen es tu amiga. —Carmina me acarició el brazo y comencé a negar mientras me secaba las lágrimas.

—No me duele eso, me duele la mentira que hizo de eso y el daño que me ha provocado, además de querer meter en un marrón a Valentino. —Llegado este punto le conté lo que me había dicho y hecho prometer.

Con cada palabra que escuchaba, Carmina abría los ojos y la boca, no decía nada, pero la sorpresa de lo que Helen se había inventado, con un fin que no conseguía entender, estaba reflejada en su cara.

—Qué hija de puta —dijo con toda la rabia del mundo—, y lo peor de todo es que yo tengo un secreto de ella, porque tuvo un amante durante un tiempo, encima militar compañero del marido. Te juro que con lo que dijo de mi cuñado, ahora sí que le tengo la cruz hecha. Valentino pudo ser el cabrón más grande del mundo, pero no es mala persona y mucho menos pondría una mano encima a nadie sin su consentimiento —recordé lo que me contó de la noche que dormimos desnudos.

—Y le metí una hostia... —negué soltando el aire de manera agobiada.

—Valentino ayer se marchó.

—¿Cómo que se marchó?

—Sí, estaba hecho polvo y no dijo por qué, por cierto, él no sabe que tengo esos videos, me muero si se entera que lo seguí y grabé, no quiero que piense que voy a por él, iba para poderte demostrar la doble cara de Helen.

—Pero ¿a dónde se fue?

—A Capadocia, se pilló un hotel con una terraza donde se divisan las veinticuatro horas los globos sobre el cielo, se lo recomendó su hermano.

—¿Hasta cuándo se queda allí?

—Hasta el viernes —respondió y la vi arquear la ceja, gesto al que acompañó con una leve sonrisa—. ¿Estás pensando en lo que estoy pensando?

—Lo mismito. ¿Me ayudas?

Ni lo dudó, se puso manos a la obra en cuando pregunté, y tras un rato mirando en su móvil, encontramos un vuelo que salía a las ocho de la mañana y llegaba allí a la una y media de la tarde, perfecto, al igual que el hotel que lo reservó a través de la cuenta de su hermano que tenía descuento, cuenta de la que tenía las claves Carmina porque reservaba a veces ella las escapadas, total que añadió en la habitación de Valentino una persona más del lunes al viernes, y fue confirmado de manera inmediata.

Valentino ni se iba a enterar, a no ser que le enseñaran el documento, vamos que él no tenía acceso a la aplicación solo se llevó el correo de la reserva que le descargó y envió el hermano.

Le di las gracias a Carmina y me fui hacia mi casa para preparar la maleta y pedirle a mi padre que me llevara al aeropuerto a las cinco de la mañana, miedo me daba.

¿Cómo se tomarían mis padres los últimos acontecimientos que rodeaban mi vida? Lo de Helen sin duda les dejaría como a mí, sin palabras y sin poder entender los motivos que la llevaron a mentirme de ese modo.

Había cosas con las que no se jugaba, y esa era una de ellas. ¿En qué pensaba? ¿Y si en vez de acceder a mantenerme callada, hubiera acudido yo a la policía a poner esa denuncia que ella debía poner?

¿A caso no pensó que con sus actos acabaría hundiéndole la vida a un médico de carrera con un historial intachable que quedaría manchado?

Es que se me abrían las carnes de pensar en lo mal que había actuado esa mujer a la que siempre llamé mejor amiga.

e

h

Capítulo 25



Café en mano y fumándome un cigarrillo junto a mi padre antes de salir hacia el aeropuerto. El pobre no lo dudó cuando le conté todo lo que había pasado. Me animó a ir a arreglar en el lío en el que me había metido al haberlo tratado así y abofetearlo.

—¿Y si no quiere verme? —pregunté con ese nudito en el estómago, con el miedo de que así pudiera ser.

—Hija, si te llevó de viaje al lugar al que siempre habías querido ir, aun a riesgo de que allí le hicieras rodajitas cierta parte de su anatomía en plan venganza por dejarte por otra, no tengo la menor duda de que cuando te vea ante él, y sepa que has ido en su busca, se alegrará y no querrá dejarte volver, no al menos, sin él de la mano.

—¿Eso harías tú si te hubiera pasado con mamá?

—Para empezar, yo no habría parado de buscar respuestas desde el momento en el que tu madre me mandara a freír espárragos como tú lo hiciste, después del viaje, sin explicación alguna si se suponía que estabais bien.

—Si me deja durmiendo en la puerta de la habitación, te llamaré para que todo el peso de mi desgracia caiga sobre tu conciencia.

—No me vas a llamar —sonrió la mar de convencido.

Durante el trayecto me decía que tuviera cuidado y me daba pautas de seguridad, como él decía. Yo solo sabía que estaba atacada de los nervios y los minutos me parecían horas.

Nos dimos un abrazo a pie de la entrada de seguridad y entré buscando la zona de embarque, iba muy bien de tiempo, así que me tomé hasta unos minutos para bichear alguna que otra tienda. Le compré una camisa de lino de una firma que a él le gustaba mucho. Esperaba que no me la tirase a la cara y peor aún, que me dejara en la puerta de la habitación sin entrar.

La que había liado la hija de puta de Helen, la única pena que sentía era por su hija que sabía que después de todo esto, no la iba a volver a ver.

Ni siquiera la había llamado o escrito para decirle que sabía que me había mentido, que era una mala persona y que me había causado más daño con su puñalada del que pudo causarme Valentino, aunque no, la verdad es que en cuestiones de dolor, iban los dos a la par.

Si dolía la traición de tu pareja, la de una amiga con quien habías crecido era mucho peor.

¿Por qué ese daño gratuito que me infligió con sus mentiras? No lo entendía, es que no podía entender qué motivos tenía para ello.

Embarqué y me senté en ventanilla, tuve la suerte de pillar una, la última que quedaba cuando reservé el vuelo la tarde anterior.

Se me hicieron las cuatro horas y media más largas de mi vida. Nerviosa como un flan y con una mujer que debía ser turca que no hablaba nada en español, así que imaginad la estampa.

En cuanto puse un pie en el aeropuerto y cogí wifi, le mandé un mensaje a Carmina para que supiera que había llegado.

Carmina: *Suerte, cariño. Aunque conociendo a mi cuñado, no la vas a necesitar.*

Sonreí al ver aquella respuesta. Ella estaba convencida de que lo arreglaríamos, de que acabaríamos olvidando lo malo que había ocurrido tras el viaje y que, con el tiempo, ese amor que una vez nos tuvimos volvería aún con más fuerza.

No sabía si estaba en lo cierto o no, pero al menos le debía a Valentino el pedirle mis más sinceras disculpas.

e

Le había juzgado por el veneno que mi mejor amiga había vertido sobre él, y me lo creí, me creí cada una de sus malintencionadas palabras, una a una.

Cogí un taxi después de fumarme dos cigarrillos seguidos, la cosa se me estaba yendo de las manos, pero es que estaba de lo más nerviosa, cada vez peor.

No sé cuánto duró el trayecto, lo que sé es la de escenarios diferentes que pensé que podrían suceder en el encuentro: uno, que se volviese loco de contento y me diera un abrazo muy fuerte (eso sería lo ideal), otro, no tanto, que sería que me reprochase el haber venido y que le sentara mal, y el peor de todos, que me montase un pollo que me dejara peor que las gallinas, que me lo merecía. Bajo ningún concepto se debe poner una mano encima a nadie y yo a él se la puse, para mí un hecho tan deleznable o peor de lo que él hizo conmigo.

La suerte estaba echada y yo ya estaba en la puerta del hotel pidiendo las llaves de mi habitación y firmando el registro de entrada.

Subí a la cuarta planta en ascensor y era curioso porque daba la impresión de ser un hotel cueva, todo rocoso, me gustaba esa sensación, pero me chocaba ver ese ascensor de cristal ahí.

Me detuve en la puerta antes de decidirme a dar unos golpes por si estaba dentro y si no abría, pues abrir yo, pero la realidad es que estaba muerta de miedo delante de esa puerta a la que no sabía si llamar.

Cualquiera que me viese allí parada pensaría que era tonta y no sabía usar la llave, pero es que me sentía como paralizada.

Llamé un rato después y sorprendentemente escuché un «voy» que me hizo contener la respiración. Hasta el corazón me latía como si fuera a salirse del pecho. Los segundos entre su respuesta y el momento en el que abrió la puerta, se me hicieron horrorosamente eternos.

Abrió la puerta con una sonrisa que se le convirtió sorprendentemente en una carcajada, pero de esas escandalosas que no puedes frenar y te tienes hasta que doblar. Yo lo miraba riendo en flojito porque no sabía si reía de impresión o se reía de mí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté cuando su carcajada era menos escandalosa y ya iba volviendo en sí.

—Te juro que era a la última persona que esperaba detrás de la puerta, no sé si son nervios por lo que pueda pasar o la incertidumbre de tu visita aquí, no sé, algo me huele mal y ya te digo que no creo que hayas pagado unos vuelos para venir a darme otra hostia. ¿Quieres pasar?

—Sí, además tengo reserva aquí. —Le enseñé la llave con el número de la habitación.

—No entiendo nada.

—Tu cuñada fue mi cómplice —sonreí dejando la maleta y saliendo a la terraza para ver todos esos globos de colores en el cielo, con turistas dentro de ellos. Era una de las cosas más bonitas que había visto en mi vida.

—¿Qué te ha traído hasta aquí cuando hace unos días me odiabas con todo tu corazón? —Me dio una cerveza que sacó del minibar.

—Una mentira...

—¿De quién?

—Todo pasó cuando regresamos de París... —le conté todo.

—Hija de puta, cuando yo iba a guardar el secreto pensando que lo hizo por estar borracha y no joder vuestra

amistad, le quise dar un voto de confianza y lo que hizo fue venderme, eso es denunciable.

—Lo sé, pero dejémoslo aquí, por favor, yo vengo a pedirte perdón. —De nuevo le entró una carcajada bien grande—. Pero ¿qué cojones te pasa?

—Que no te vi venir, eso es lo que pasa. —Se refirió que no me esperaba y mucho menos pidiendo perdón.

—¿Me vas a perdonar? —Puse cara de puchero.

—Si me das un besito. —Acercó sus morros.

—Todos los que quieras. —Le di un beso agarrando sus mejillas.

amistad, le quise dar un voto de confianza y lo que hizo fue venderme, eso es denunciabile.

—Lo sé, pero dejémoslo aquí, por favor, yo vengo a pedirte perdón. —De nuevo le entró una carcajada bien grande—. Pero ¿qué cojones te pasa?

—Que no te vi venir, eso es lo que pasa. —Se refirió que no me esperaba y mucho menos pidiendo perdón.

—¿Me vas a perdonar? —Puse cara de puchero.

—Si me das un besito. —Acercó sus morros.

—Todos los que quieras. —Le di un beso agarrando sus mejillas.

Capítulo 26



Sacó un par de cervezas del minibar y nos sentamos en unos pufs que había en la terraza mirando hacia ese espectáculo en donde todos los globos de colores llenaban el cielo de ese lugar.

—Qué pasada de sitio...

—Sí, la verdad es que sí, no pude tener más suerte, me hizo mi hermano una recomendación muy buena, es de esos lugares que al menos tienes que visitar una vez en la vida. Por cierto, lo último que me imaginé en el mundo es que fueses a aparecer por aquí. —Acarició mi mejilla—. No sabes lo feliz que me hace.

—Fui muy grosera y violenta contigo, me siento fatal.

—En tu lugar, por una amiga, creo que yo también hubiera actuado así, pero lo que me jode es que creyeses que fui capaz de haberle hecho eso —hizo un puchero— pero te entiendo, te juro que te entiendo.

—Me he llevado la mayor decepción de mi vida. —Comenzaron a caerme las lágrimas—. No me esperaba eso de Helen, te juro que no, y hasta soy la madrina de su hija, pero te voy a decir algo, si solo se hubiera quedado la cos en que intentó ligar contigo y eso, hasta la hubiera perdonado pensando que fueron los efectos de todo lo que bebimos, pero llegar hasta el punto de lo que hizo, ni en broma, no se lo voy a perdonar en la vida.

—Hazme un hueco. —Se sentó en mi puf abriendo sus piernas y dejándome en medio de ellas.

Dejé caer mi espalda sobre su pecho mientras miraba ese cielo que era una pasada, además de una ciudad llena de contrastes que se podía divisar dando una estampa poco inusual para nuestras vistas, al menos a lo que estamos acostumbrados en España.

Me abrazaba llenándome de besos en la mejilla y me decía que me adoraba, no dejaba de repetir que gracias por haber tenido las agallas de ir sola hasta allí para buscarlo.

Hubiera ido al fin del mundo si allí hubiera estado, no me lo habría pensado, más que nada porque no se merecía el trato que le di por culpa de Helen, eso era algo que me retorció las entrañas, creer en alguien que resulta que era

más mala que todas las cosas.

—Yo tengo que confesarte algo —murmuró con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Dime...

—Ponte de lado mirándome —me pidió y me giré un poco entre sus piernas.

—Me está dando miedo —reí nerviosa.

—No, no tengas miedo, preciosa —sonrió y aprovechó para darme un beso.

—No sé por dónde me vas a salir.

—Hoy te voy a explicar el motivo por el que te dejé de aquella manera...

—Vale —murmuré con tristeza, era momento de saber la realidad por mucho que me doliese, aunque yo lo tenía claro, se había enamorado de otra.

—Fue en una fiesta que preparamos los de mi facultad, en ella bebí tanto que perdí el control, me pasó como a ti, al día siguiente no recordaba ni con quién había estado ni hablado. Unos días después, llegó a mis oídos que me había liado con Clara —se refirió a la chica por la que me dejó—, lo que no me esperaba es que tres semanas después apareciera ella para decirme que estaba embarazada...

—¿Has sido padre? —pregunté un tanto desorientada.

^a—No, lo que me hubiera faltado —sonrió con tristeza—. Creí que me iba a volver loco, por un lado, una chica que se me presentaba como que habíamos tenido una noche de locos y luego un embarazo. ¿Cómo te iba a explicar a ti eso? ¿Cómo te iba a causar ese dolor? Me había cargado mi vida, yo era el hombre más feliz del mundo junto a ti. Fui un cobarde y lo solucioné todo dejándote.

—Te hubiera dejado de todas formas —dije con tristeza.

—Comencé una relación por no dejarla tirada en ese estado, con una extraña, bueno realmente no comencé nada, solo la acompañé en esos momentos, pero dos meses después lo perdí y cogió una especie de depresión. Yo lo había perdido ya todo contigo y seguí con ella por lástima, pero me costaba abrazarla, besarla y tocarla.

—Pues yo no hubiera estado al lado de alguien al que no amo. —Me secaba las lágrimas con sus dedos. Tenía un pellizco en el estómago.

^l—Lo pasé muy mal, no te podía sacar de mi cabeza, iba a buscarte constantemente para verte, aunque fuera de

lejos y te veía tan mal que yo lo pasaba peor.

—Pero seguías con ella...

—Ya te había perdido y había dejado embarazada a otra mientras estaba contigo. ¿Cómo recuperarte con una verdad que te iba a hacer mucho más daño?

—Estoy flipando.

—La cosa no quedó ahí, el tiempo pasó y yo me compré la casa nueva pero no con ella, era una relación en la que había semanas en que ni nos veíamos porque siempre andaba yo buscando excusas para no hacerlo, la iba a dejar de todos modos, en esos momentos era un zombi viviendo algo que no deseaba.

—¿Y por qué aguantaste tanto tiempo? Hace cuatro meses que la dejaste.

—Mi madre, mi madre me decía que después de dejar embarazada a una mujer y que perdiera a su bebé era algo muy feo abandonarla, me presionó mucho.

—Tu madre cada vez me cae peor.

—Pues ahora te caerá más... —murmuró con tristeza— El caso es que hace cuatro meses, mi tío Bernardo, antes de morir me confesó algo.

—Verás —murmuré apretando los dientes.

—Resulta que Clara llevaba por lo visto mucho tiempo detrás de mí, yo no lo sabía o no me di cuenta, ya que solo vivía por y para ti, a lo que había que añadir que mi madre y la de ella se conocían, y aprovechando que la madre ¡de esta le comentó que Clara le había dicho que la sedujo esa noche, mi madre le dio la genial idea de que se inventaran todo eso, todo para que Clara se saliera con la suya y a mí separarme de ti, ya que nunca te vio buena candidata. Cuando me enteré me volví loco.

—¿Todo fue por tu madre?

—Sí. ¿No viste que en la boda de mi hermano no me acerqué a ella ni un solo momento?

—Es verdad...

—No le hablo desde que me confesó aquello mi tío Bernardo roto de dolor.

—Tu madre es una hija de la gran puta y certificada. —Me levanté agobiada y llorando para apoyarme en el muro y él me siguió.

—Siempre te amé, siempre lo hice con todo mi corazón...

—¿Qué le hice a tu madre para merecer eso? —pregunté llorando.

—Esa no es la pregunta, ¿cómo le pudo hacer eso a su propio hijo?

—Tienes razón.

—Lo perdí todo, viví algo que no me pertenecía, pero no te dejé de amar ni un solo segundo de mi vida, siempre soñaba con escaparme a un lugar lejano junto a ti.

—Creo que me voy a volver loca...

—No, ahora no. —Me abrazó desde atrás y noté el dolor en cada uno de sus besos y palabras.

Aquella confesión me había dejado el alma en vilo, directamente, de esos momentos que sabes que por mucho que intentes darte cuenta de la realidad, todo te parece surrealista y despiadado, por no hablar de mentes que son capaces de arruinar a las personas.

Nos abrazamos fuerte jurándonos comenzar de cero y contándonos la verdad pasara lo que pasara, perdonándonos todo, eso sí, su hijo no le hablaba, pero para mí esa mujer estaba más que muerta, no había podido ser más mala persona.

Pasamos la tarde en aquella terraza dejándonos llevar por las maravillas de la vista y ese amor que se seguía notando de lo más latente a pesar de los años. Teníamos sed el uno del otro y no nos despegamos en ningún momento.

Salimos a dar un paseo por la noche y comer uno de esos kebab que tanto nos gustaba y que era originario de ese país. Lo había en pan de pita o en tortilla, que lo conocemos como dúrum, y fue el que nos pedimos, relleno con láminas de carne, verdura y salsas, estaban mortales de buenas, además que tenía un hambre de esas que no me aguantaba ni yo.

—Siempre te amé, siempre lo hice con todo mi corazón...

—¿Qué le hice a tu madre para merecer eso? —pregunté llorando.

—Esa no es la pregunta, ¿cómo le pudo hacer eso a su propio hijo?

—Tienes razón.

—Lo perdí todo, viví algo que no me pertenecía, pero no te dejé de amar ni un solo segundo de mi vida, siempre soñaba con escaparme a un lugar lejano junto a ti.

—Creo que me voy a volver loca...

—No, ahora no. —Me abrazó desde atrás y noté el dolor en cada uno de sus besos y palabras.

Aquella confesión me había dejado el alma en vilo, directamente, de esos momentos que sabes que por mucho que intentes darte cuenta de la realidad, todo te parece surrealista y despiadado, por no hablar de mentes que son capaces de arruinar a las personas.

Nos abrazamos fuerte jurándonos comenzar de cero y contándonos la verdad pasara lo que pasara, perdonándonos todo, eso sí, su hijo no le hablaba, pero para mí esa mujer estaba más que muerta, no había podido ser más mala persona.

Pasamos la tarde en aquella terraza dejándonos llevar por las maravillas de la vista y ese amor que se seguía notando de lo más latente a pesar de los años. Teníamos sed el uno del otro y no nos despegamos en ningún momento.

Salimos a dar un paseo por la noche y comer uno de esos kebab que tanto nos gustaba y que era originario de ese país. Lo había en pan de pita o en tortilla, que lo conocemos como dúrum, y fue el que nos pedimos, relleno con láminas de carne, verdura y salsas, estaban mortales de buenas, además que tenía un hambre de esas que no me aguantaba ni yo.

Capítulo 27



Me tenía en una nube con la forma de tratarme, lo único que empañaba el momento, era la repulsión que sentía por su madre, ante la actitud que había tenido con su propio hijo y por ser, realmente, una persona tan mala y retorcida.

No me lo podía quitar de la cabeza y entendía cómo se podía sentir él.

Después de cenar dimos un paseo deteniéndonos en las tiendas que llenaban sus entradas de color y de toda clase de mercancía para llamar la atención, y vaya si la llamaba.

Llegamos al hotel y en cuanto entramos en la habitación salimos a la terraza para tomarnos una cerveza y charlar entre mimos y besos, esos que nos iban caldeando por momentos, el deseo estaba ahí y la tensión sexual que llevábamos arrastrando desde Disney, también, para qué nos íbamos a engañar.

Su mano se deslizó por debajo de mi camiseta y sentí que los deseos iban a más, en ese momento no dudé en llevar mi mano a su miembro por encima del pantalón.

—Mi cosita ¡cuánto la echaba de menos! —murmuré causándole una sonrisilla, momento en que me levantó y cogió mi mano para adentrarnos en la habitación—. A la mierda mi cervecita.

—Esa puede esperar, además quiero sentirte sin los efectos del alcohol, que capaz eres decirme mañana que no te acuerdas.

—Ni que fuera una borracha.

—Me remito a tus antecedentes. —Me pegó a su costado y comenzó a mordisquear mis labios consiguiendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Ahora sí que puedo decir que voy a jugar a los médicos. —Me eché a reír sobre su hombro.

—Y yo, que voy a hacer lo que tanto anhelaba —murmuró deshaciéndose de mi ropa y sonriendo al verme en

ropa interior.

—¿De qué te ríes?

—Sonrío, no río, sonrío de ver que de nuevo tengo ante mí el cuerpo que más he deseado en mi vida. —Se puso tras de mí para quitarme el sujetador que dejó caer al suelo y, desde atrás, se deshizo de mis bragas de la misma manera.

Me giró y no lo dejé actuar cuando de la misma manera yo le fui quitando su ropa mientras besaba su hombro, ese que lucía fuerte y suave, de siempre me había encantado la textura de su piel.

Comenzamos a besarnos intensamente, dejando salir todas las ganas acumuladas que nos teníamos, en nada se parecía a los besos robados de los días anteriores, allí de pie, sin limitar los movimientos de nuestras manos, esas que teníamos perdidas en el cuerpo del otro buscando comenzar a saciar el calentón tan monumental que teníamos.

Nos tumbamos sobre la cama y se fue directo a mi entrepierna, donde comenzó a lamer y absorber consiguiendo que del placer me diera yo misma cabezazos sobre la cama.

—Pareces la niña del exorcista —murmuró desde ahí abajo consiguiendo que se me creara una carcajada que más tensión me produjo.

—Me duelen mis partes de lo hinchadas que las tengo, termina o revienta —pedí a gritos entre risas y falta de respiración.

—¿Mucho? —Me penetraba con sus dedos dejando sin tocar aquella zona que era la que me haría culminar, o sea lo hacía peor aún.

—Valentino, por tu madre, termina. Bueno, por tu madre no, que entonces no acabas nunca —me reí de mí misma.

—Estás buscando que intensifique el momento. —Se levantó haciéndome un gesto de que no me moviera.

Lo vi coger un aceite corporal que había comprado en una de las tiendas y es que me lo vi venir cuando se echó un buen chorro en sus manos.

—Me vas a pringar toda —protesté.

—Existen las duchas —murmuró mientras lo dejaba caer todo sobre mi zona, haciendo que soltara el aire con fuerza.

—Valentino —gemí casi ahogada, sintiendo las sensaciones más increíbles que me estaba haciendo vivir en ese momento, a parte del calentón que ya estaba por las nubes.

Me hizo poner bocabajo y comenzó a echarme más aceite y a masajear todo mi cuerpo, incluida mi zona íntima, esa que ardía en deseos. Luego me volvió a girar y me masajeó los senos, entre tanto, alternaba pellizcos y lamidas que me tenían de lo más alterada.

—Valentino, o acabas la faena tú o la acabo yo. —Me llevé la mano a mi sexo y él la agarró para ayudarme a mover mis dedos en círculos mientras me miraba con unos ojos llenos de deseo.

Y llegó ese momento culminante en el que caí laxa en la cama y con la respiración jadeante.

Se tiró sobre mí sin dejar de besar cada rincón de mi cara mientras yo sonreía.

—Si mañana no me acuerdo, me lo recuerdas, por favor —bromeé antes de ponerlo bocarriba en la cama y sentarme sobre él, buscando que su miembro entrase en mí mientras me agarraba las caderas con fuerza.

Comencé a moverme sin perder su mirada, esa que me conseguía ruborizar, pero me daba igual, no quería perderme ni el más mínimo de sus gestos, demasiado ya perdí durante mucho tiempo.

Y como no podía ser de otra forma, le pusimos tantas ganas que hasta caímos al suelo sin que lo pudiésemos remediar, pero ni nos importó, seguimos haciéndolo entre risas. Dos veces seguidas lo hicimos, la segunda más pausadamente pero igual de intensa, con una no habíamos podido saciar la sed que teníamos el uno por el otro, demasiado tiempo habíamos estado sin que nuestros cuerpos fuesen uno solo.

, Una vez satisfechos, nos pusimos una camiseta por encima y salimos a la terraza a tomar una cerveza, la noche estaba preciosa, llena de esos globos que no dejaban de aparecer en ningún momento.

Nos tiramos unas fotos chulísimas que mandé a mi familia, y rápidamente me contestaron que siguiera sonriendo que estaba muy guapa y el capullo de al lado también, tal cual, así lo dijo mi madre en un audio que él escuchó y sonrió emocionado.

—Aunque me haya llamado capullo, me alegra que se haya dirigido a mí.

n

—Te dijo también que estabas guapo.

—Normal, estaría bonito que me llamase también feo —nos reímos.

—A mi familia les voy a tener que contar la historia de lo que te ocurrió, es de la única manera que puedan entenderlo todo, porque ellos respetar mis decisiones lo harán, pero lo que piensen es otra cosa.

—Puedes contarlo, eso sí, puede abrir una brecha con mi familia.

—Con tu madre la brecha ya está ahí y ahora más, no le voy a perdonar en la vida lo que hizo, respetaré que es tu madre, pero que no me sople en un ojo porque no me contengo.

—No pensemos en ella, disfrutemos de este viaje.

Y era cierto, eso...

A partir de ese momento nos dedicamos los tres días que teníamos por delante a visitar toda la zona de Capadocia que era una maravilla.

Me impresionó mucho el Castillo de Uchisar, ese que nos dejó a los dos sin palabras, se veían los huecos de la casa entre pasillos y túneles todo en una fortaleza de roca natural que era una visión increíble y que te llevaba a adentrarte como si estuvieras en una película y todo por no hablar del Valle de Pasabag, donde disfrutamos y nos hicimos mil fotos entre esas formaciones geológicas que también nos dejó enmudecidos por un rato.

Era tan bonita esa parte de Turquía, que hablamos de la posibilidad de volver a visitarla, aunque sería a una zona diferente, nos estaba atrayendo mucho el conocer más de este asombroso país.

Y, cómo no, lo hicimos, no sé en qué estaréis pensando en este momento, pero yo os hablo de que nos montamos en un globo a pesar de mis miedos, esos que me llevaron a dudarlo y casi echarme atrás en el último momento, pero no lo hice, cosa que me llevó a vivir uno de los amaneceres más bonitos de mi vida.



El viaje de regreso se hizo muy corto, pero decidimos que íbamos a exprimir hasta el final de las vacaciones en España haciendo mil cosas.

Para empezar, aterrizamos y me llevó a mi casa donde quedó en recogerme después de comer para irme con él durante todo ese periodo a su casa.

Imaginad el asombro de mis padres cuando se lo dije, pero claro, también les conté todo y aunque mi padre dijo que él debió estar más espabilado, casi que lo entendieron y me dijeron que, por mi felicidad, le volverían a dar un voto de confianza. Eso para mí ya era importante.

Valentino vino a recogerme cuando ya tenía la maleta y bolsa preparadas, parecía que me iba por un año. Mis padres le invitaron a pasar y le hicieron un café. No le tocaron nada sobre lo sucedido, solo le preguntaron cómo le iba en su trabajo y cosas así.

Les di un abrazo a los tres y me marché de allí feliz junto al hombre de mi vida, esa que me lo había devuelto y

como él decía, de la que jamás se debió ir.

Antes de marcharnos a su casa, pasamos por un súper para hacer una compra para los próximos días, compra que fue la mitad destinada a mis caprichos dulceros y es que me llevó al pasillo menos indicado.

Me encantó esa sensación de sentir la entrada a su hogar, ese que sentí hasta mío, bueno es que él se encargó al mandarme a colocar las cosas en la cocina mientras él iba a comprar el pan, cosa que se nos había olvidado entre tanto dulce.

como él decía, de la que jamás se debió ir.

Antes de marcharnos a su casa, pasamos por un súper para hacer una compra para los próximos días, compra que fue la mitad destinada a mis caprichos dulceros y es que me llevó al pasillo menos indicado.

Me encantó esa sensación de sentir la entrada a su hogar, ese que sentí hasta mío, bueno es que él se encargó al mandarme a colocar las cosas en la cocina mientras él iba a comprar el pan, cosa que se nos había olvidado entre tanto dulce.

Capítulo 28



Mi primer amanecer en la casa y fue con desayuno en la cama...

—Mira que es incómodo, pero qué bonito es que te lo traían así de esta manera. —Cogí el móvil de la mesita de noche y se lo di para que me tirase una foto con la bandeja.

—Pues nada, ya tienes la foto, si quieres desayunamos en el jardín. —Era pequeñito pero una cucada, así que me gustaba la idea. La mesita del porche se veía de lo más acogedora.

—Me dice Carmina de salir esta noche de fiesta los cuatro.

—¿Te apetece?

—Claro, cómo no.

—Pues perfecto.

Quedamos para ir a cenar en un restaurante asiático, molaba muchísimo el plan y a mí me apetecía salir de nuevo con mi chico, ese hombre que de nuevo volvía a hacerme sentir la mujer más mimada de este planeta.

Después de desayunar nos metimos en la cocina y comenzamos a hacer el relleno de unos calamares que habíamos comprado la tarde anterior y que los íbamos a hacer en salsa.

Fui cortando los pimientos, tomates, cebollas que íbamos a sofreír mientras él ponía unos huevos a hervir para luego rebujarlo a taquitos, como el jamón de pavo que fue cortando él.

Eché la verdura en la sartén para sofreírla y los trozos de bigotes de los calamares que le darían el toque espectacular, luego echamos la carne picada, los huevos cuando estuvieron hechos y el pavo, un chorrito de tomate y a rellenar el interior de cada uno y sellarlo arriba con un palillo de dientes.

Cuatro señores calamares rellenos que teníamos listos y apartados para preparar la salsa para la que utilizamos un:

cacerola baja, donde echamos un poco de aceite para sofreír unos ajos, cebolla y luego, como joya de la corona, unas zanahorias muy picaditas, un poco después el tomate rallado y cuando estuvo bien integrado echamos el vino blanco, un poco de agua y lo salpimentamos metiendo los calamares dentro. Lo dejamos cocinando unos quince minutos mientras disfrutábamos de esa copa de vino que nos la habíamos ganado por lo bien que lo habíamos hecho.

Preparamos los platos de lo más bonito y nos sentamos en la mesa grande de madera de la cocina que tenía una zona de comedor preciosa, como toda la casa.

—Por nosotros. —Brindamos con la copa de vino antes de comenzar a beber.

—Quinto brindis del día —mientras la comida se fue haciendo se lo había pasado brindando.

—Y por todas las veces que sean necesarias. —Me hizo un guiño.

—Joder qué bueno salió —gemí notando la explosión de sabores en mi boca.

—Lo hicimos con mucho amor.

—Casi terminamos haciendo el amor, eso sí.

—Te has librado por los pelos, el hambre nos pudo, pero bueno, lo mejor siempre se puede reservar para el postre

—Pero antes me como el bombón helado que compramos.

—Sabía yo que no te quedabas con las ganas.

—Ni loca, vamos, prefiero el bombón al sexo.

—Espero que no me lo estés diciendo en serio o me llevará a pensar que no lo hago muy bien.

—Todo es mejorable —bromeé cuando sentí sobre mi frente aquel trozo de pan rebotar—. ¿Con qué derecho? —Le tiré un bollo completo.

—No, no, no. ¡Te has pasado! —rio cogiendo un trozo de calamar mientras me lo tiraba e impactó en mi pecho. Cosa que aproveché para cogerlo haciéndome la sensual y comerlo.

La que se lio en un momento lanzando de todo lo que no dolía y había sobre la mesa, fue apoteósico, eso sí, yo terminé comiéndome a trozos lanzados mi plato y parte de él.

^a—Y ahora hay que limpiar —le dije cuando me tenía en su falda sentada y con los brazos rodeándome para que n

lanzara más nada.

,

—Venga, vamos a limpiar. —En el momento que me soltó yo aproveché para coger el plato en el que había salsa y tirárselo por encima.

—Hija de pu.... —Se contuvo mientras corría detrás de mí.

Corriendo salí al jardín y fue la peor idea de todas, porque me atrincheró desde lejos con una manguera que disparaba para todas las partes de mi cuerpo.

—¡Que pica! —grité riendo y quitándome la ropa que ya estaba chorreando y a la casa no iba a poder entrar así.

—Ya te vale. —La quitó de mí y la dejó sobre el suelo mientras se desnudaba y le pasaba agua a la ropa que estaba llena de salsa—. Verás para quitar todo esto —reía negando.

—Mira ¿y lo bonito que es que tú y yo estemos como nos trajeron al mundo? Bueno a ti te cagaron porque esa mujer tiene cara de estreñida —me referí a la madre y él me miró negando sin dejar de reír.

—Te digo una cosa, más vale que ahora me hagas el hombre más feliz del mundo o te ato a la silla hasta esta noche y encima no sales.

. —Sí hombre, que tú fuiste el primero en tirarme a mí.

—Lo tuyo ha sido un abuso en toda regla. De esta camiseta no salen las manchas de aceite. —La miraba negando.

—Yo te compro otra y tú me compras una a mí que la mía también tiene una mancha.

—No, no, a ti no te compro nada más en un tiempo, después de esto. —Volvió a mirar su camisa—. Sesenta euros a la mierda.

—Ah, entonces no te la compro, no es mi problema que gastes en marcas cuando las mías salen doce euros en cualquier tienda.

No me dio tiempo a decir nada más cuando ya lo tenía encima de mí, tumbándome sobre el césped para ponerse encima y entre mis piernas.

—Primero era mi bombón helado. —Aguanté la risa.

—Pues ahora te vas a tener que conformar con un cucurucho. —Mordisqueó mi labio.

o—Ya sabes que me conformo con poco —murmuré, cuando me di cuenta de que me la metió de un azote y solté

un auch.

—Y ahora puedes seguir hablando —decía mientras se movía de manera sincronizada comenzando a dejarme sin aliento.

Me dio cada revolcón por el jardín que salí con todo el césped clavado en mi cuerpo, pero me encantaba disfrutar de esos momentos fogosos en los que nuestros cuerpos se llamaban el uno al otro.

Metí la ropa en la lavadora después de echarle un montón de productos sobre la mancha, si de esta no salía, no habría nada que hacer. Fui a cambiarme, bueno a ponerme otra camiseta e ir a la cocina a limpiar el desastre.

La gracia fue que cuando la sacamos, estaba como a manchas de lejía.

—¿Y esto? —preguntó arqueando la ceja y mirándome.

—Yo he echado estos botes para la ropa. —Señalé a los tres del mueble.

—Ese de ahí es lejía con amoníaco, Lorena, no es para la ropa, por Dios. No toques más la lavadora en tu vida.

—¡Bien! —Me puse a saltar feliz con los brazos hacia arriba.

Pero vamos que solo eran unas camisetas de nada, que tampoco me había cargado una lavadora completa ni mucho menos, es más, las lave solas para que fuera más concentrado, al menos lo pensaba así.

—¿Has puesto alguna vez una lavadora en tu casa? —preguntó con la sonrisilla suelta.

—Una vez, pero no sé qué me dijo mi madre de que yo había mezclado colores y que no tocara más la ropa, que ; manía tenéis con eso. —Volteé los ojos mientras seguía recogiendo la cocina que la dejamos hecha un traste.

—¿Algo más que te haya prohibido? —Esa pregunta era a huevo, ponérmelo a huevo.

—Doblar la ropa porque la dejo donde no es y la mezclo con otras y luego no la encuentran.

—Tema de ropa me encargo yo, te dejaré la tuya dobladita siempre a pie de cama.

—Acepto.

—Como para no —reía incrédulo—. ¿Algo más?

—No, no, por lo demás me defiendo bien, sé limpiar. —La verdad es que lo único que odiaba era la ropa y esa ya me la habían prohibido tocar para alegría mía.

—No quiero una chacha, pero solo poner un poco de orden antes de que me echas a arder la casa.

—Ni que fuera pirómana. —Me encogí de hombros.

—No lo sé, la que has podido liar en dos años no lo sé.

—A ver si te crees que soy Chucky.

—Peor, mucho peor. —Me cogió en brazos y me llevó al sofá.

Nos pegamos una siesta de campeonato hasta las siete de la tarde en que nos levantamos para ducharnos ya que habíamos quedado para cenar y salir de fiesta, cosa que estaba deseando.

—Pareces Olivia Newton-John, estás preciosa —dijo al verme con esos pantalones ceñidos y la camiseta, entera de negro menos las sandalias que eran rojas como el cinturón finito y mis labios.

—A mí me queda mejor que a ella. —Le saqué la lengua mientras cogía un bolso pequeñito que tenía en rojo.

—Cualquiera te dice lo contrario. —Le lancé el bolso—. Joder, lo tuyo es que se te vaya de las manos —protestó riendo y devolviéndomelo.

—Hoy me emborracho, no puedo con la de cosas bonitas que me dices.

—¿Se te olvida el desayuno en la cama?

—Bueno, para foto de recuerdo me vale —sonreí con ironía.

—No eres más bonita porque no puedes. —Cogió mi barbilla y me dio un beso.

—Te aviso que no se te ocurra mirar a nadie que no sea yo.

—No se me ocurriría. —Se apartó para que pasara.

—No quiero una chacha, pero solo poner un poco de orden antes de que me echas a arder la casa.

—Ni que fuera pirómana. —Me encogí de hombros.

—No lo sé, la que has podido liar en dos años no lo sé.

—A ver si te crees que soy Chucky.

—Peor, mucho peor. —Me cogió en brazos y me llevó al sofá.

Nos pegamos una siesta de campeonato hasta las siete de la tarde en que nos levantamos para ducharnos ya que habíamos quedado para cenar y salir de fiesta, cosa que estaba deseando.

—Pareces Olivia Newton-John, estás preciosa —dijo al verme con esos pantalones ceñidos y la camiseta, entera de negro menos las sandalias que eran rojas como el cinturón finito y mis labios.

—A mí me queda mejor que a ella. —Le saqué la lengua mientras cogía un bolso pequeñito que tenía en rojo.

—Cualquiera te dice lo contrario. —Le lancé el bolso—. Joder, lo tuyo es que se te vaya de las manos —protestó riendo y devolviéndomelo.

—Hoy me emborracho, no puedo con la de cosas bonitas que me dices.

—¿Se te olvida el desayuno en la cama?

—Bueno, para foto de recuerdo me vale —sonreí con ironía.

—No eres más bonita porque no puedes. —Cogió mi barbilla y me dio un beso.

—Te aviso que no se te ocurra mirar a nadie que no sea yo.

—No se me ocurriría. —Se apartó para que pasara.

Capítulo 29



Llegamos al restaurante y ya estaban esperándonos en la terraza sentados Javier y Carmina que se levantaron a saludarnos.

—Se me hace raro verte con este —dijo Javi señalando al hermano al que le dio una palmada en la espalda.

—Pues acostúmbrate, que vino con intenciones de no dejarme ni respirar —bromeó.

—Ni respirar, dice, te voy a tener más vigilado que un cangrejo en un cubo.

—Di que sí, Lorena, que debería de estar dando palmadas de que encima le des una oportunidad.

—Cuñada, hija, tira un poco para la familia.

—Ella es de la familia.

—Ole mi amiga. —Le cogí la cara y besé la frente—. Una que me defiende en condiciones.

—Yo creo —murmuró Javier— que lo vamos a tener muy difícil con estas dos juntas.

—Totalmente de acuerdo, tendremos que trazar un plan —murmuró antes de dirigir la mirada al camarero y comenzáramos a pedir.

Nos reímos muchísimo durante la cena en la que nos bebimos dos botellas de vino, vamos que salimos del restaurante tocando las palmas.

Nos dirigimos a un pub que era de un ambiente muy latino y nos gustaba mucho.

Carmina estaba que se salía del pellejo contándome sus locuras en el Caribe, había disfrutado muchísimo de esa luna de miel y las había pillado a cuadros a base de ron con cola.

Valentino charlaba con el hermano apoyado en una mesa redonda alta y no me quitaba la vista de encima, me hacía guiños y me dedicaba sonrisas, estaba más pendiente de mí que de la conversación que mantenía con Javier.

Y lo veía tan guapo y tan él, ese hombre que fue hasta que me dejó y que no dejaba de dedicarme atenciones y muestras de mucho amor.

La noche iba perfecta hasta que apareció Helen por allí con una chica que no teníamos ni puñetera de idea de quién era. La muy desgraciada pasó levantando su cara y estirándose por completo que parecía que se iba a romper.

—La abusada... —le murmuró Carmina sin poderlo evitar— Por culpa de mierdas como tú hay personas hundidas, mentirosa.

Ni se inmutó, se dedicó a sonreír y seguir hacia adelante.

—No merece ni que se le hable —dije con tristeza.

—Ya puedes sonreír que ni esa ni nadie te amargue la noche —me dijo Valentino, y Carmina comenzó a aplaudir

Parecía mentira que de la noche a la mañana se había convertido en el ser más desconocido para mí, pasé del cariño a la repulsa en un solo segundo y lo único que me dolía es que su preciosa Daniela, mi ahijada, no se pareciera en absoluto a su madre. Era la única que me daba pena de esta historia.

Decidimos irnos a otro lugar, por mucho que sonriera y bailara, ellos sabían que no me sentía bien y como decía Valentino, no se merecía que me amargase la noche.

Terminamos en una terraza que estaba de lo más animada y en la que tuvimos la suerte de coger una mesita con cuatro sillas, además ahí se podía charlar sin la música tan alta y disfrutar de una copa en condiciones.

Simplemente necesitaba eso, el aire, disfrutar de la noche sin malas energías e impregnarme de momentos junto a Valentino, ese hombre que había regresado a mi vida pisando más fuerte que nunca y ganándome por momentos.

Carmina discutía con Javier los hijos que quería tener, ella decía que uno solo y él que dos, para que se hicieran compañía, pero ella decía que, para eso, le comprara un perro. Me tenía que reír, que oye, no sería mala idea porque si había una persona en el mundo que amase más a los animales, esa era ella, que siempre había vivido rodeada en su casa de perritos y los tenían de lo más cuidados.

—Y a ti, ¿cuántos te gustaría que tuviésemos?

—¿A mí? —Miré hacia los lados.

—Sí, a ti —reía.

—Yo también un perro —solté causando una carcajada.

—¿Tres?

—¿Tres problemas? Ni de coña, me niego.

—¿Dos? —Arqueó la ceja ante la mirada de Carmina y el marido que se partían de la risa.

—Uno, uno, como Carmina, además uno de ella y otro mío, ya tenemos la parejita.

—Hermano, mejor que te conformes con tus pacientes —le dijo refiriéndose que al ser pediatra ahí tenía un montón de niños.

—Y tú con una perrera —nos reímos todos.

—Calla, que te veo casándote en nada —le dijo Javier y a mí se me cayó la baba con solo imaginarlo.

—No quiere ni niños, no creo que quiera boda —le contestó antes de mirarme a mí—. ¿Te casarías conmigo?

—Si me das otro cubata, lo mismo me lo pienso.

—¿Y le respondes hoy? —preguntó emocionada Carmina, viniéndose arriba.

—Si me lo pide dándome el cubata e hincando la rodilla en el suelo, claro que le contesto hoy.

Valentino llamó al camarero y pidió otra ronda mientras Carmina y yo llorábamos de la risa, parecía que nos leyéramos la mente.

Cuando el camarero trajo las copas y las puso sobre la mesa, él cogió una, se levantó de la silla y con ella en la mano, clavó una rodilla en el suelo. Ya había gente mirando.

—Cucha, Valentino, levántate de ahí que me estás poniendo nerviosa.

—Quiero que te cases conmigo en un mes...

—¿Un mes? ¿Estás preñado y no me lo has contado? —pregunté apretando los dientes y viendo que había más de uno emocionado mirando.

—Dile que sí, hija, qué bonito, delante todo el mundo —soltó una chica desde la otra mesa.

—Es que dice que en un mes ¿me dará tiempo? —le contesté a gritos a esa joven causando la risa en todos.

—Nos dará tiempo, tenemos las vacaciones por delante.

—Pero ¿me lo estás pidiendo en serio?

—Tanto, que quiero que el mundo entero se entere y te lo pensaba pedir esta noche de todas las maneras. —Sacó una cajita de su bolsillo y me quedé sin aire—. Vamos a hacer una locura por amor, ya esperamos demasiado. ¿Qué tal si nos casamos el mes que viene y empalmamos las vacaciones con los quince días que nos pertenecen por boda? —preguntó sosteniendo el anillo y mirándome emocionado.

—Mis padres me matan, pero... ¡Sí, quiero! —grité y todo el mundo se levantó y se pusieron a aplaudir emocionados y hasta nos dedicaron varios brindis.

El anillo era precioso y aunque no era el lugar que una se plantea que le vayan a pedir algo así, me pareció de lo más bonito y a la vez diferente, la verdad es que me había impresionado.

Un mes, me había pedido que nos casáramos en un mes donde me iba a convertir en la mujer del hombre de mi vida ¿Podía estar más feliz?

—Verás cuando se lo digas a tus padres. —Movía la mano todo rápido.

—Pues tendremos que hacerles una visita mañana o pasado y ponerlos al tanto, les gustará preparar el momento —dije en voz alta para que Valentino se enterase.

—Por supuesto, ahí vamos sin miedo, total como mucho nos puede caer una reprimenda que aguantaremos elegantemente y que no servirá para mucho.

—Nos van a apoyar, aunque sus caras serán un cuadro —me reí mientras con una mano él me masajeaba la mía y en la otra sosteníamos los cubatas.

Estaba que no cabía en mí, me sentía la mujer más feliz del mundo y pese acordarme que me había topado con Helen, esta vez no me quitó la sonrisa.

Duramos toda la noche de marcha y terminamos tomando un café con tostadas en un bar en la playa viendo el amanecer y Carmina diciéndole a todo el mundo que se iba de boda. Tenía mucho arte y era una persona muy divertida.

Cogimos un taxi que primero nos dejó a nosotros por cercanía y luego llevarían a mi cuñado y su mujer Carmina, que iban en peores condiciones que nosotros, no se le quitaba la sonrisilla de la cara, parecía que los que se iban a

casar de nuevo eran ellos.

Cuando llegué a la casa me sorprendí porque al abrir la puerta lo primero que vi es que había un camino de rosas ; todo el suelo lleno con fotos nuestras; en Disney, Turquía y del pasado, me eché a llorar emocionada.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación donde me fue desnudando mientras acariciaba cada recodo de mi piel, haciéndome poner de lo más subidita y deseosa de él, mi futuro marido.

Si llegamos a las nueve de la mañana os puedo garantizar que hasta las diez no nos dormimos, estuvimos disfrutando de nuestros cuerpos durante todo ese tiempo.

Me abrazó y me echó sobre su hombro, para decirme las últimas palabras antes de dormir, esas que lograron que lo hiciese con una sonrisa de oreja a oreja y más feliz si cabía.

—Quiero que disfrutes de este mes de preparativos, de sueños, de felicidad, pero, sobre todo, que te des cuenta de que la vida a veces nos pone a prueba, pero una vez que la superamos, nos hace mucho más fuertes y estoy seguro que jamás en la vida volveré a permitir que nos separemos. Te amo.

casar de nuevo eran ellos.

Cuando llegué a la casa me sorprendí porque al abrir la puerta lo primero que vi es que había un camino de rosas y todo el suelo lleno con fotos nuestras; en Disney, Turquía y del pasado, me eché a llorar emocionada.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación donde me fue desnudando mientras acariciaba cada recodo de mi piel, haciéndome poner de lo más subidita y deseosa de él, mi futuro marido.

Si llegamos a las nueve de la mañana os puedo garantizar que hasta las diez no nos dormimos, estuvimos disfrutando de nuestros cuerpos durante todo ese tiempo.

Me abrazó y me echó sobre su hombro, para decirme las últimas palabras antes de dormir, esas que lograron que lo hiciese con una sonrisa de oreja a oreja y más feliz si cabía.

—Quiero que disfrutes de este mes de preparativos, de sueños, de felicidad, pero, sobre todo, que te des cuenta de que la vida a veces nos pone a prueba, pero una vez que la superamos, nos hace mucho más fuertes y estoy seguro, que jamás en la vida volveré a permitir que nos separemos. Te amo.

Capítulo 30



Y llegó nuestro día, ese en el que nos convertiríamos oficialmente en marido y mujer.

Como decía mi hermana, la nuestra era una boda exprés, puesto que después de aquella reconciliación y de que me contara la verdadera razón por la que me dejó dos años atrás, no quisimos ni pudimos esperar para formalizar lo nuestro.

Un mes, ese era el tiempo que habíamos tardado en tener todo listo hasta llegar a este momento.

Tal fue la sorpresa que le di a mi familia cuando les dije que me casaba, y con quién lo hacía, que mi abuela soltó un «Virgen de la Macarena» mientras mi abuelo preguntaba si me había dejado embarazada.

Pues no, los niños llegarían a nuestro hogar cuando tuvieran que llegar.

—Blanca y radiante va la novia. —Comenzó a canturrear mi hermana al verme arreglada en la habitación.

—Y nerviosa como un flan —reí.

—Nada de nervios, y, oh sí, por supuesto, cero alcohol, hermana, en la última boda...

—No me lo recuerdes —resoplé.

—¡Aquí llega el ramo! —gritó Carmina entrando por la puerta— Hostia puta, estás que rompes.

—¿Te gusta? —sonreí con picardía al tiempo que daba una vuelta sobre mí misma.

—Al que le va a gustar va a ser al novio. No creo que aguante hasta la noche de bodas sin probarte.

—Esa es la idea, cuñada, a ver si de un disgusto nos cargamos a nuestra suegra.

—Mala hierba nunca muere, hermana. Y con lo contenta que debe estar por este enlace...

—Esa bruja capaz de haber hecho una pócima o algo —dijo Carmina.

—O un pacto con el diablo —reí.

—¿Va a ir?

—No tengo ni idea, Carmina, no quise saber si la invitaba a no. Si va, no me va a joder la boda, ya te lo digo. Y después de todo lo que le hizo a su hijo.

—Es que hay que ser mala para hacerle eso. —Intervino mi hermana mientras me daba el último retoque de maquillaje.

—Nuestra suegra morirá envenenada con su propio veneno. Es peor que la serpiente de Adán y Eva.

—Y que lo digas, Carmina.

—¿Cómo va esa novia? —preguntó mi padre, que en ese momento me recordó a un camarero preguntando por una ración de bravas.

—¡Marchando! —grité al verle entrar.

—Estás preciosa, mi vida. —Me abrazó y vi que tenía los ojos húmedos.

—No se te ocurra hacerla llorar, papá, que me ha costado mucho dejarla así de guapa —le advirtió mi hermana.

—Sutil manera de llamarme adefesio, hija de fruta. —Bufé.

—Ni caso a tu hermana, habla desde la envidia —dijo Carmina—. Estás radiante.

—Voy a hacer como que no escuché eso de la envidia...

Sonreí mientras mi hermana y mi amiga salían, ambas irían en el coche de Javier y llevarían a mi madre, mientras mi padre me acompañaba en el coche de mi tío Jorge.

—¿Estás segura de esto, hija? —preguntó una vez nos quedamos solos.

—Nunca estuve más segura de algo en toda mi vida, papá.

—Te veo feliz, como una vez fuiste con él.

—Lo estoy. —Le abracé sonriendo—. De verdad que lo estoy.

—Vamos pues, no hagamos esperar al novio, no piense que te has echado atrás.

Tras besarme en la frente, salimos de casa y al verme, mi tío sonrió igual de emocionado que se había mostrado mi padre.

Me dijo lo preciosa que estaba y lo afortunado que era Valentino de tenerme en su vida, me dio un beso y subimos al coche rumbo a la finca donde se celebraría la boda.

Allí estaba todo el mundo esperando a que yo llegara, sentados en esa carpa donde el oficiante nos uniría en matrimonio.

Bueno, todos no, que mi pequeña Daniela no estaría como siempre imaginé, lanzando pétalos de rosa delante de mí, y entregándonos los anillos.

Suspiré antes de entrar en la carpa, cuando comenzó la marcha nupcial, y mi padre me dio un apretón en la mano.

—¿Todo bien, hija?

—Sí papá, es solo que... me falta mi ahijada.

—Una pena que, por la maldad de su madre, hayas perdido a esa niña que tanta luz te daba. Pero, oye. —Me cogió la barbilla para que le mirara—. Hoy es tu día, así que, no dejes que nada, ni nadie, lo convierta en un día gris.

—No, no, tranquilo, que hoy nadie puede conmigo.

Comenzamos a caminar hacia donde me esperaba un Valentino sonriente y feliz, con un esmoquin negro que le sentaba como un guante, mientras me observaba con esos ojos que desprendían llamaradas ante mi vestido.

¿Que cómo era, os preguntáis? Pues en corte princesa como la bruja de mi suegra le sugirió a Carmina, no, desde luego.

Era entallado, con el corpiño bien ceñido, de tal modo que mis pechos sobresalían un poquito más de la cuenta, pequeños cristales a modo de cinturón en el corte entre el corpiño y la falda, y una cola no muy larga, que yo quería poder bailar hasta que me dolieran los pies.

—Estás preciosa —murmuró Valentino cuando llegué a su lado, se inclinó y susurró—. Pienso arrancarte el vestido en cuanto entremos por la puerta de la habitación.

—Según Carmina, no vas a llegar a ese momento.

—También lo pongo en duda, solo espero ser un caballero.

—¿Quieres apostar? —Arquee la ceja.

—¿Estáis listos? —preguntó el oficiante, y ambos asentimos.

s Cuando todo quedó en silencio, y el oficiante estaba a punto de hablar, escuchamos unos tacones en la entrada.

Al mirar, vi a la madre de Valentino con un traje rosa chillón con el que sin duda pensaba no pasar desapercibida.

—¿Qué coño hace aquí? —preguntó Valentino mirando a su padre, que sí había ido a la boda.

—¿No la habías invitado?

—No —dijo y empezó a acercarse a ella—. ¿Qué estás haciendo? No te invité.

—Una madre no necesita invitación para asistir a la boda de su hijo —contestó ella con altanería.

—Pues para esta boda sí, señora, porque ni su hijo ni yo la queremos en ella —intervine.

—Con lo buena muchacha que era Clara, no esta, mira qué vestido de ram... —comenzó a hablar de nuevo.
ó

—No le voy a consentir que venga a faltarme el respeto. —La señalé y corté antes de que me llamara ramera, que es que la estaba viendo venir—. No hay cabida para usted en esta boda, así que aire —dije chascando los dedos mientras señalaba hacia el lugar por el que había venido—. Y rapidito, que tengo prisa por decirle que sí a su hijo, y escaparme al cuarto de las escobas a hacerle un hijo.

Horrorizada, así me miró ella con los ojos abiertos antes de mirar a su hijo.

—¿Vas a dejar que le hable así a tu madre? —gritó.

—¿Qué madre? Mi madre nunca debería haber hecho lo que tú me hiciste. Y no es que la deje hablarte así, es que yo también tengo prisa por convertirla en mi esposa, que bastante tiempo hemos perdido por tu culpa.

—Oh. —La bruja tuvo la poca vergüenza de hacerse la ofendida con la mano en el pecho—. No voy a aguantar esto. Dile a tu padre que nos vamos.

—Mi padre se queda, tú puedes irte por donde has venido.

Nos miró de uno a otro con un asco, ese mismo que se profundizó al mirar a mi espalda, donde encontré a

Carmina y al hermano de Valentino.

—Javier, hijo...

—Ni Javier, ni nada —dijo Carmina—. Aire, que está retrasando un momento precioso para los novios.

—¿De verdad vais a permitir que estas dos me hablen así? —gritó.

—Demasiado educadas están siendo para como deberían dirigirse a ti, madre —contestó Javier—. Por favor, vete, no le jodas a mi hermano el día, que bastante le jodiste la vida.

—No os reconozco, mis hijos no eran así antes de conocer a estas dos barriobajeras.

—Una falta de respeto más a nuestras mujeres, madre —se adelantó Javier señalándola— y no seré sutil sacándote de aquí. Vete.

Y lo hizo, con rabia y altanería, pero se fue de la boda.

—¿Podemos casarnos ya, o me esperan más visitas sorpresa? —Arqueé la ceja mirando a Valentino.

—Nos casamos, cariño mío, nos casamos.

Me cogió de la mano y corrió por el pasillo entre las sillas de los invitados que nos miraban con curiosidad. Mi madre frunció el ceño y le dije con la mano que no se preocupara, dándole a entender que estaba todo bien y que ya le contaría.

—Puede empezar cuando quiera —le dijo al oficiante, que asintió y comenzó la ceremonia.

Yo estaba como en una nube, en mi boda, sí, viendo todo, pero como si lo hiciera desde una de las sillas.

Tenía la sensación de que era una invitada más, al menos hasta que acepté casarme con él y dije que sí, y más aún cuando nos convertimos, oficialmente, en marido y mujer y Valentino me besó.

No tardé en rodearle con ambos brazos por el cuello mientras nos besábamos, sellando así de manera oficial el momento.

Si mi suegra tenía la suerte de ver el vídeo de la boda, iba a soltar sapos y culebras por la boca, y me importaba un pimiento.

Mi madre lloraba como una magdalena, me abrazó deseándome la mayor felicidad del mundo, y le aseguré que yo lo era.

Salimos de la carpa hasta los jardines de la finca donde nos lanzaron arroz como si no hubiera mañana, al punto d
que tenía el canalillo lleno.

—De aquí saco para una paella —dije mientras me iba quitando granito a granito.

—Ven conmigo. —Valentino tiró de mí y casi me hizo perder el equilibrio.

, —¿Dónde vamos?

—A cierto cuarto de las escobas —murmuró con los ojos más oscuros de lo que los había visto nunca.

—¿Qué? No, no, en mitad de la boda no podemos.

e

—Claro que podemos, ahora van a tomar unos vinos antes de comer, así que yo quiero mi aperitivo también.

Ni cuarto de las escobas ni leches. En la primera puerta que encontró abierta, ahí que nos metimos, y resultó ser
un pequeño salón para reuniones.

Cerró la puerta, me cogió en brazos y no dudó en sentarme en una de las mesas donde apartó mi tanga y comenzó
a devorar mi sexo.

—Valentino, por Dios —resoplé.

—Es mi aperitivo.

Y siguió pasando la lengua sin descanso, hasta llevarme a un orgasmo con el que grité como una loca.

Volvió a bajarme y, colocando mis manos sobre la mesa, levantó la falda del vestido mientras se desabrochaba los
pantalones, penetrándome de una sola vez, fuerte y rápidamente.

Grité, me agarré al mantel y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras mi recién estrenado marido consumaba el
matrimonio.

Y de qué manera lo consumamos, por el amor de Dios, gritando como animales en celo mientras la mano de
Valentino sostenía mi pecho y pellizcaba el pezón, haciendo así que mi orgasmo, y el suyo propio, fueran tan
brutales que juraría que estaba escuchado fuegos artificiales.

—Vaya, nos hemos perdido los fuegos —dijo besándome el hombro.

t

—¿Había fuegos?

e—Sí.

—Y yo pensando que era producto del orgasmo.

—Lo cual quiere decir, que soy bueno en lo que hago. —Me hizo un guiño y resoplé.

—Volvamos, antes de que se den cuenta de que no estamos.

—Es tu hambre el que habla, que lo sé yo.

—Ahí le has dado, doctor, ahí le has dado —reí.

El resto del día pasó entre risas, brindis, bailes, besos y copas, y con un buen rollo impresionante.

Hasta Carmina decía que qué suerte tenía de que no estuviera nuestra suegra para amargarme el momento.

Vi a mi tío Jorge hablar con Elsa, puesto que la había invitado a ella y sus padres a la boda, y por el sonrojo en las mejillas de mi compañera de trabajo, supe que el zalamero de mi tío le estaba diciendo algo.

Me disculpé con Valentino, Carmina y Javier, y cogí a mi tío del brazo en cuanto le vi solo en la barra pidiendo una copa.

—¿Qué haces, tito?

—¿Qué hago de qué, sobri?

—Con Elsa. —Arqué la ceja—. Creí que no ibas a acercarte a ella.

s

—Y lo intenté, sobrina, pero... ¿Sabes cuando sientes que una persona es la indicada? Esa sensación de que piensas en ella y te late el corazón con fuerza, que quieres verla y cuando lo haces sonríes, o cuando piensas en ella y te dicen «vaya cara de idiota se te ha puesto con esa sonrisa» —dijo sonriendo mientras miraba hacia donde estaba Valentino—. Claro que lo sabes, te has casado con la persona de la que te enamoraste.

—¿Qué me estás queriendo decir, tío?

—Que, durante este mes, he empezado a salir seriamente con Elsa. Que me ha cambiado la vida, Lorena. Esa chiquilla me ha convertido en el cazador cazado —rió.

—¿El picaflor Jorge, el señor inspector, está pensando en sentar cabeza?

—Creo que ya la he sentado, que no es lo mismo. —Soltó una carcajada—. Solo salgo con ella los fines de semana, y si se me acerca alguna chica, la pego a mí para que vea que no estoy en el mercado.

—Qué alegría le vas a dar a la abuela. —Lo abracé, emocionada.

—Eso, o me dice que soy un asaltacunas. Que podría ser su padre, si lo piensas.

—¿Qué importa la edad, tío? No es más que un número cuando se trata de amor.

—Sabía que me comprenderías. —Me besó en la frente—. Y ahora vuelve con tu marido, disfruta de tu día, y sé feliz, cariño. Sé feliz hoy y siempre.

Me emocioné tanto, que miré a Elsa y le dediqué una sonrisa y un guiño, ella me devolvió el gesto y se encogió de hombros, como diciendo que no podía luchar contra lo que sentía ni, aunque quisiera.

En ese momento noté las manos de Valentino en mi cintura, me giré a mirarle y sonrió mientras se inclinaba para besarme.

Comenzó a sonar *A un milímetro de ti* de Antonio José, y mi marido me llevó al centro de la pista para bailar.

Le rodeé por el cuello con mis brazos, él me tenía sujeta por la cintura y nuestras frentes estaban unidas mientras nos mirábamos con ese amor que tanto nos teníamos.

«Porque ya lo dijo alguien. No es cómo empieza, sino cómo acaba...»

Qué razón tenían esas palabras. Lo nuestro empezó con una bonita historia de amor, nos perdimos por el camino por culpa de la maldad de las personas que nos rodeaban, pero ahora...

Ahora acabábamos como siempre pensamos que acabaríamos. Casados, convertidos en marido y mujer, y construyendo un futuro juntos.

—Creo que ya la he sentado, que no es lo mismo. —Soltó una carcajada—. Solo salgo con ella los fines de semana, y si se me acerca alguna chica, la pego a mí para que vea que no estoy en el mercado.

—Qué alegría le vas a dar a la abuela. —Lo abracé, emocionada.

—Eso, o me dice que soy un asaltacunas. Que podría ser su padre, si lo piensas.

—¿Qué importa la edad, tío? No es más que un número cuando se trata de amor.

—Sabía que me comprenderías. —Me besó en la frente—. Y ahora vuelve con tu marido, disfruta de tu día, y sé feliz, cariño. Sé feliz hoy y siempre.

Me emocioné tanto, que miré a Elsa y le dediqué una sonrisa y un guiño, ella me devolvió el gesto y se encogió de hombros, como diciendo que no podía luchar contra lo que sentía ni, aunque quisiera.

En ese momento noté las manos de Valentino en mi cintura, me giré a mirarle y sonrió mientras se inclinaba para besarme.

Comenzó a sonar *A un milímetro de ti* de Antonio José, y mi marido me llevó al centro de la pista para bailar.

Le rodeé por el cuello con mis brazos, él me tenía sujeta por la cintura y nuestras frentes estaban unidas mientras nos mirábamos con ese amor que tanto nos teníamos.

«Porque ya lo dijo alguien. No es cómo empieza, sino cómo acaba...»

Qué razón tenían esas palabras. Lo nuestro empezó con una bonita historia de amor, nos perdimos por el camino por culpa de la maldad de las personas que nos rodeaban, pero ahora...

Ahora acabábamos como siempre pensamos que acabaríamos. Casados, convertidos en marido y mujer, y construyendo un futuro juntos.

Capítulo 31



Aún tenía la resaca de la boda cuando ya estaba de camino al aeropuerto para irnos de luna de miel a ese destino que hasta ahora no me había querido desvelar, pero realmente me daba igual, sabía que fuese dónde fuese, iba a ser inolvidable como los dos viajes anteriores con él.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que nos íbamos a la India, jamás lo podría haber llegado a averiguar, era lo último que se me hubiera pasado por la cabeza, pero me parecía tan exótico y fascinante que me puse loca de contenta.

El vuelo era directo, íbamos con mucho tiempo ya que las maletas había que facturarlas con bastante antelación, pero aprovechamos para dar una vuelta por dentro del aeropuerto y, como no, comprar algunos caprichitos para comer durante el vuelo, además de tomarnos un Frappuccino de caramelo en un Starbucks.

Embarcamos en un vuelo que duraría poco más de doce horas y para el que yo me había preparado bastante bien, además íbamos en primera clase, cosa que me resultó increíble conocer de primera mano ese confort del que nunca había disfrutado. Obviamente, como me dijo Valentino, si hubiera sido un vuelo de cuatro horas lo hubiera cogido en turista, pero para algo tan largo y un motivo tan especial, merecía disfrutar de todas las comodidades.

El viaje lo había pagado integro él, mis padres habían pagado mi vestido y todo lo que llevé ese día, como el convite que también mis abuelos y tíos habían aportado una buena cantidad. Mi familia se había volcado por completo.

El vuelo fue de lo más cómodo y no faltaron detalles, tanto de comida, bebida, dulces, además de todo lo que yo había subido de chuches y demás.

Dormimos un montón de horas, todo sea dicho, y es que aún arrastrábamos la resaca de la boda.

Lo primero que me impactó en ese primer contacto al salir del aeropuerto y mirando todo lo que dejábamos por el camino, fue el choque cultural, pero no por eso dejaba de ser fascinante y eso que era bien de madrugada.

Llegamos al hotel que tenía reservado en Nueva Delhi y nos fuimos directos a la cama, teníamos unas horas por

delante para dormir porque eran apenas las cinco de la mañana.

A las once de la mañana fue cuando nos despertamos, nos duchamos y nos vestimos con ropas cómodas para perdernos por esas bulliciosas calles a buscar un desayuno con el que saciar el hambre.

Encontramos un lugar que vimos que ponían unas tortas con una especie de mermelada que nos llamó la atención, ya de por sí todo era bastante diferente a lo que estábamos acostumbrados, pero era de esperar.

Los olores eran llamativos y hasta costaba hacerse a ellos de fácil manera, pero no quedaba de otra, como a lo caótica que era la ciudad y a alguna gente que era muy pesada, demasiado.

Casi me da algo al probar esa torta que era de lo más picante y no me lo esperaba, ninguno de los dos fuimos capaces ni de tomar el café, la mañana la habíamos empezado doblada pero el sentido del humor no lo perdíamos.

La gente nos miraba de forma inquisitiva y era un poco incómodo por no decir demasiado. Yo ya no sabía si reír o llorar mientras buscábamos otro lugar en el que poder desayunar o comer, a estas alturas lo único que me apetecía era llevarme algo decente a la boca.

He decir que la ciudad está entre las cinco más pobladas del mundo, con veintipico millones de habitantes, casi nada.

Además, no había orden, la pobreza y las zonas financieras mezcladas, así como los barrios más lujosos con los más pobres, yo estaba literalmente flipando en colores con todos aquellos contrastes que me dejaban loca.

Al final terminamos comprando en un puesto callejero una samosa para cada uno, tenían buen pinta y decidimos probar suerte. Era una empanada típica de allí rellena de patatas y verduras con textura crujiente y se come fría.

—No está para tirar cohetes, pero es comible —dije dando bocados de desesperación del hambre que tenía.

—No está mal, la verdad es que no y se veía el puesto bien decente para todo lo que hay.

—Y yo que me imaginaba en un resort con una pulserita en una playa idílica de cualquier parte del mundo —nos echamos a reír.

—Eso lo podemos hacer en otro momento, pero la India con lo bueno y con lo malo, es un gran viaje.

—Sí, pero espero que descubramos cosas más...

—¿Relajantes? —se rio acercándose a besar mi mejilla.

—Sí, eso es, relajante. —Volteé los ojos.

Me daba la sensación de que los hindúes eran los seres más descarados del planeta, es que abrías la cartera para pagar y asomaban en plan descarado para ver el interior. Era increíble y me estaba dando hasta angustia.

Fuimos a visitar el Templo de Loto en un taxi no oficial, porque eso era otro lío que era para flipar, aquí te la jugabas a lo grande, en fin, me estaba dando la impresión de que la India era un deporte de riesgo en todos los sentidos.

Ver el Templo de Loto de lejos impresionaba por la forma de la flor semiabierta, era un diseño de esos que te dejaban observándolo por un rato y no te aburrías de admirarlo.

Nos descalzamos y entramos en silencio, que era lo establecido para no romper la paz espiritual del lugar y que pudieran meditar sin distracción.

—Yo me hubiera quedado dentro lo que dure el viaje. ¡Qué paz!

—Pero la magia está en la calle y en perderte en un laberinto de gentes y sus costumbres.

—¿Costumbres? Las más maleducadas del mundo.

—Bueno, pero quiero que te relajes y lo disfrutes.

La verdad que los tres días que estuvimos allí pudimos ver de todo lo más emblemático, además de estresarnos entre los bullicios y andar todo el día jugándonosla con las comidas, era muy difícil acertar.

El día que peor lo pasé fue cuando recorrimos las calles de Main Bazaar, caótica como ella misma, llena de tiendas, puestos callejeros, tráfico y mucha comida, a pesar de todo, ahí fue donde mejor comí de esos días.

Lo bueno se hizo palpable cuando de Nueva Delhi nos fuimos a Jaipur, una ciudad más moderna, con muchísimos menos habitantes ya que solo tenía tres millones y eso al lado de Delhi era ya otra cosa.

Mejor aún fue descubrir cuando el taxi nos dejó en un hotel que era tipo palacio con unas piscinas infinitas preciosas y un ambiente de lo más selecto, hasta nuestra habitación era una pasada total que me enamoró nada más verla. Por fin la cosa iba mejorando considerablemente.

Los tres días los pasamos relajadamente visitando el Fuerte de Amber que quedaba, impresionante, sobre una colina donde solo mirarla sabías la historia tan grande que había detrás. La fachada en tonos cálidos llamaba mucho la atención.

Visitamos palacios, pero también tuvimos momentos de piscina, cafés relajados y mucha cerveza, esa que nos paliaba un poco la calor que sentíamos en todo momento, ya que las temperaturas eran calurosas por completo.

Impresionante también cuando nos cambiamos a Agra para pasar otros tres días y por fin conocimos el Taj Mahal ese en el que me tiré una de las fotos más bonitas de todo el viaje y es que era para flipar.

Debo de reconocer que estábamos viviendo toda una aventura llena de cambios increíbles, lo mismo estábamos descojonados de la risa que estresados por salir de algunos lugares y situaciones, pero era la India, en toda su esencia.

La última parada fue en Benarés donde íbamos a pasar los tres últimos días y en el que por fin conocí el río donde los hinduistas tiran las cenizas de los fallecidos después de ser cremados.

La ciudad en sí era el lugar de peregrinaje de los muertos porque muchos llegaban hasta allí para morir. Lo que decía, ese país te dejaba muy tocada en muchos aspectos, pero te llegabas a sentir como parte de esa historia viendo todo de primera mano.

Fue muy divertido el paseo por el río Ganges, toda una experiencia en esa ciudad y que te daba la posibilidad de verla de una manera diferente. Había muchos peregrinos entrando al río para purificar su alma. Yo solo veía el color del agua y sabía que era incapaz de meter un solo dedo, aquello estaba de lo más contaminado y lleno de cadáveres de humanos y hasta de animales.

Otra cosa que me llamó mucho la atención y sorprendió fue un templo llamado Hanuman que estaba habitado por los monos. Lo que me reí esquivando a más de uno, pensando que venía hacia mí.

Y cuando ya terminó un viaje que sabía que sin duda se iba a quedar en mi retina para lo bueno y lo malo, me di cuenta de que el vuelo no iba para España, estábamos embarcando para una isla de Tailandia llamada Kok Samui.

—¿Vamos a Tailandia?

, —No podemos regresar sin pasar unos días en una isla en plan relax. —Me hizo un guiño mientras le entregaba los pasaportes a la azafata que nos iba a dar las tarjetas de embarque después de pesar las maletas.

—Buen viaje —nos dijo sonriente.

—¡Me muero! —Me abracé a Valentino mientras caminábamos hacia el interior del aeropuerto—. Una isla de Tailandia, yo flipo en colores, ahora sí que voy a lucir la de biquinis que traía y pensé que los había echado para nada.

—¿Qué es una luna de miel sin algo de playa?

—Yo te como, pedazo de viaje te has currado.

El vuelo lo pasé muy nerviosa deseando aterrizar en la isla, y es que me hacía una ilusión increíble, y más cuando , fuimos llegando y vi aquella belleza que tenía ante mí.

Las playas eran una pasada y nos llevaron en un carrito hasta el hotel, una preciosa cabaña frente al mar con piscina privada que era como sacada de una postal y a la que no le faltaba detalle.

Sobre la mesa de entrada, una cesta de frutas y una botella de vino blanco en una cubitera con hielo, que sacó la mejor de mis sonrisas, y le hice señas para que la descorchara tal y como se fue el chico que nos trajo las maletas.

—Te veo una sonrisa que nada tiene que ver con los días en la India. —Se acercó para besarme.

—A ver, que me encantó con lo bueno y lo malo como ya te he dicho, y que fue un viaje increíble en el que descubrí mucho de ese país, pero una isla es una isla y que no te estén acosando con la vista, cómo que se agradece.

—Te entiendo y no me arrepiento de haberte llevado allí, te tenía preparado esto para terminar la luna de miel de lo más idílica después de un viaje lleno de emociones fuertes.

—Te como, maridito, te como. —Comencé a besarle el hombro mientras preparaba las copas de vino.

—Toma, mi vida. —La puso en mi mano y levantó su copa—. Por unos días inolvidables en los que disfrutes de este lugar y de nuestro comienzo de matrimonio. Por los dos, por el futuro.

—Di algo más bonito, hijo.

—Te como, mujercita, te como —dijo en plan burla imitándome y me eché a reír después de darle un tortazo en el hombro.

Me encantaba mi Valentino, tan payaso, correcto y cariñoso a la vez, sabía cómo sacarme una sonrisa y si de algo me daba cuenta, es que a la única mujer a la que se iban sus ojos era yo.

Alquiló una moto para esos días en los que íbamos a estar en la isla y así movernos libremente por ella, queríamos descubrirla por completo.

Los amaneceres fueron increíbles, así como esos atardeceres en cualquiera de los chiringuitos que había por toda la costa de la isla. Hicimos *snorkel*, fuimos a visitar el Gran Buda, que tenía doce metros de altura y para acceder por sus pies había que subir unas escaleras desde las que también se podían divisar unas espectaculares vistas panorámicas del lugar.

Cada día nos perdíamos por las playas de la islas, a cuál más bonita e idílica. Me encantaban los columpios sobre la arena en algunos sitios y la mesa delante para tomar algo en la playa. Tenía una paz increíble y no tardé en salir

del estrés que me había ocasionado la India.

Y estaba siendo un final de luna de miel de lo más perfecto, lo que más me gustaba era cuando hacíamos *snorkel* durante ratos y ratos, flotando sobre el mar y admirando la de peces que paseaban a nuestro alrededor.

Una de las mañanas me sorprendí al salir a la puerta a fumar un cigarrillo y encontrarme en la piscina una bandeja en forma de corazón y llena de manjares para desayunar al que no le faltaba detalle, hasta una cafetera termo con dispensador de expreso. Aluciné en colores.

—¡Valentino! —grité a todo pulmón y girándome cuando me di cuenta de que lo tenía pegado atrás y metí otro chillido, pero del susto.

—¿Cómo puedes ser tan chillona? —se reía.

—Mira qué bonito detalle del hotel, que nos dejaron un desayuno de película ahí flotando en la piscina como sale en las *influencers* en sus viajes.

—¿Detalle del hotel? —se rio y me di cuenta de que no, que del hotel nada, que eso era cosa de mi marido, ese que no deja de sorprenderme.

—Ay, mi vida, por Dios. —Me lo comencé a comer a besos—. Que te como entero. —Me subí a sus caderas y comenzó a entrar hacia la piscina él con su pantalón corto y yo con una camisola de dormir. Me encantó ese momento.

En total habíamos estado quince días de luna de miel que, con lo bueno, lo mejor, lo malo y lo peor, todo había sido increíblemente asombroso, no tenía palabras para describirlo en ese momento en el que iba en el avión a punto de despegar para regresar a España y miraba las fotos desde el primer día, recordando todo como si lo estuviera volviendo a vivir.

Ahora comenzábamos una nueva vida como marido y mujer, en su casa, en esa que me quedé instalada desde que regresamos de Turquía, en la que sentí desde el minuto número uno que era nuestro hogar.

;

El vuelo lo pasé prácticamente durmiendo, puedo decir que solo una hora estuve despierta después del despegue y que me había despertado una hora y media antes de aterrizar.

Fue gracioso que cuando íbamos saliendo de la terminal y al abrirse las puertas donde suelen esperar familiares, nos llevamos la sorpresa de que allí estaban esperándonos Carmina y su hermano con una pancarta gigante que ponía ¡Vivan los novios! Y una foto con nuestras caras...

Me reí por no matarlos, la verdad es que estaban sembrados y habían tenido todo el arte del mundo. Los abrazamos a carcajadas.

Se vinieron a casa con nosotros a comer y pasar el día, como decía Carmina no había descanso que no se pudiera dar al otro día.

Esa misma tarde se acercaron mis padres con mi hermana a vernos un ratito, pero los obligamos a cenar con nosotros.

n

r

Se vinieron a casa con nosotros a comer y pasar el día, como decía Carmina no había descanso que no se pudiera dar al otro día.

Esa misma tarde se acercaron mis padres con mi hermana a vernos un ratito, pero los obligamos a cenar con nosotros.

Epílogo



Cinco años después...

La vida pasa tan rápido cuando se es feliz, que cada día es como que quieres detener el tiempo y así poder saborear cada instante.

Habían pasado cinco años desde que Valentino y yo nos casamos, en una boda exprés, pero de la que ninguno nos arrepentíamos lo más mínimo.

Y en ese tiempo recibimos, con alegría y gozo, la llegada de un embarazo sorpresa que trajimos de nuestra luna de miel.

Y lo que en un principio fue una sorpresa inesperada, pero bien recibida por todos, se convirtió en un susto de eso que piensas que el Karma te ha tocado.

Gemelos, eso nos venía a nosotros. Un par de niños que, cuando le dimos la noticia al padre de Valentino, porque de la madre nunca más quisimos saber nada, nos dijo que en la familia de ella hubo un par de gemelos por parte de su bisabuelo.

Eso era una broma de mal gusto, pensé en cuanto lo supe, pero en el momento en el que le vi la cara a mis niños, Javier, como su tío y padrino, y Alejandro, en honor a mi hermana y madrina de mi pequeño, lloré de emoción al sentir ese amor por mis pequeños que tanto se parecían a su padre.

Cuatro años tenían ya mis diablillos, ese par de tormentos que me traían por la calle de la amargura cuando les daba por hacer alguna de las suyas, principalmente molestando a su prima Lucía, la hija mayor de Carmina y Javier, que solo era cuatro meses más pequeña que mis hijos.

Y sí, lo de la hija mayor no es broma, que ella solo quería tener un hijo y un perro, y le falló el DIU, por lo que se quedó embarazada de Alicia, que hoy cumplía dos años.

Mi madre se había convertido en la abuela de los cuatro, y cuando íbamos a verlos, se comía a besos a sus nietos

de sangre y a los adoptivos, como ella los llamaba.

Como decía, con el padre de Valentino teníamos contacto, poco, todo había que decirlo, pero al menos al hombre le permitimos conocer a sus nietos. Su madre era como si no existiera, y cuando nos la cruzábamos por la calle, hacía como que ni nos veía, igual que hizo conmigo cuando su hijo me dejó, años atrás, por sus mentiras.

Mi tío y Elsa también se casaron un año después de mi boda, quién nos lo habría dicho cuando era el eterno soltero de la familia. Pero amaba con todo su corazón a aquella chiquilla que le hizo caer, como dijo mi padre, cuando les presentó a su novia.

Y mi abuela, el cariño que le cogió a Elsa, fue instantáneo. Le dijo que había tardado en llegar pero que iba a ser como una hija más, y así seguía siendo hoy en día.

¿Y qué decir de mi primo Nicolás? Ese niño era el rey de la casa de mis abuelos, ese nieto que tanto pidieron y al fin había llegado.

Mi hermana seguía soltera, tenía sus ligues y algún novio me había presentado, pero nada serio, decía que no quería precipitarse y que esperaría a que llegara su caballero al igual que había llegado el mío.

¿Quién sabía si ese caballero podría acabar siendo Saúl, un antiguo compañero de facultad de Valentino, que acababa de volver a la ciudad para trabajar en su mismo hospital hacía seis meses, y quien se había convertido en uno más de nuestro pequeño círculo de personas de confianza.

s

—¿Dónde está la tarta? —preguntó mi marido entrando en la cocina.

—Ya va, ya va. Qué poca paciencia tiene esta familia. —Volteé los ojos.

e

—Eso es porque todos en tu familia sois unos golosos —dijo abrazándome desde atrás.

—¿Solo en mi familia? —Me llevé la mano al pecho, haciéndome la ofendida—. Qué ataque más gratuito.

—Uy, tienes un poquito de chocolate.

—¿Dónde? —pregunté extrañada, puesto que no había hecho como otras veces coger un poquito y saborearla sin que me vieran los demás.

—Aquí —murmuró a escasos centímetros de mis labios, antes de besarlos.

Y qué beso, de esos que él me daba como nadie y me dejaba mareada media hora.

—No tenía chocolate, ¿verdad? —Arqué la ceja.

—Sí, sí, pero no se te ha quitado.

—Vaya por Dios —suspiré.

No tardó en cogerme en brazos y sentarme en la encimera de la cocina, colocándose entre mis piernas mientras volvíamos a besarnos.

Me gustaba cuando hacía esas cosas, besarme sin que me lo esperara, que me trajera una rosa un viernes cualquiera solo porque le apetecía, sin más motivo que el de tener un detalle conmigo.

Pero yo sabía que lo hacía por el daño que me causó al dejarme, y que tal como había dicho, iba a luchar cada día de su vida para demostrarme lo mucho que me amaba.

Lo estaba haciendo, y no había día que no me alegrara de aquellas decisiones que tomé el verano en el que volvimos a encontrarnos.

No cambiaría mi decisión de irme a ese fin de semana a París con él.

No cambiaría mi decisión de seguirle a Capadocia a pedirle perdón.

Y nunca, jamás, cambiaría mi decisión de aceptar casarme con él solo un mes después de reconciliarnos.

—Dígame una cosa, doctor —le pedí cuando se apartó, apoyando la frente en la mía—. ¿No fueron suficientes todos los besos que me robaste en París?

—¿Besos que te robé? —Elevé ambas cejas—. Me los dabas tú.

—Porque los exigías como pago por comida.

—¿Y te arrepientes de esos besos que dices que te robé?

Fruncí los labios, pensativa, mientras él me miraba con esa sonrisa de medio lado.

—No, no me arrepiento —confesé.

—Me alegra saberlo, porque pienso seguir robándote besos todos los días de mi vida.

—A mí no me amenaces —le advertí muerta de risa.

—No es una amenaza, cariño, es una promesa. Una que estoy más que dispuesto a cumplir.

Se inclinó para besarme, pero no llegó a hacerlo, puesto que la voz de mi hermana lo interrumpió.

—Oye, las cochinadas lejos de la tarta, que yo quiero chocolate —dijo acercándose a cogerla, y vi que Saúl sonreía desde la puerta.

—¿Y traes guardaespaldas para que nadie te la robe? —reí.

—¿Eh? —Frunció el ceño—. Ah, él. Dijo que venía a por... —Se quedó mirándole y él se acercó para darle un beso en la comisura de los labios.

—A por agua, pequeña, venía a por agua. —Le hizo un guiño.

—¿Algo que contar, hermana? —pregunté, arqueando la ceja y cruzándome de brazos.

—Yo me apuesto el sueldo de un mes, a que hay nueva boda exprés —dijo Valentino.

—¿Alejandra? —La llamé.

—No sé de qué habláis. Me llevo la tarta.

—Alejandra Martín, ven aquí —exigí, pero ella seguía caminando hacia el salón, seguida de un Saúl riendo por lo bajo—. ¿Tú sabes algo? —le pregunté a Valentino.

—Que habrá boda, y hasta ahí puedo leer. —Se encogió de hombros.

Vaya con mi hermana, qué callado se lo tenía. Seis meses, solo seis meses hacía que se conocían, ¿y estaban saliendo a escondidas? Mi hermana tenía mucho que contarme, pero mucho, mucho. Anda que no.

Se inclinó para besarme, pero no llegó a hacerlo, puesto que la voz de mi hermana lo interrumpió.

—Oye, las cochinadas lejos de la tarta, que yo quiero chocolate —dijo acercándose a cogerla, y vi que Saúl sonreía desde la puerta.

—¿Y traes guardaespaldas para que nadie te la robe? —reí.

—¿Eh? —Frunció el ceño—. Ah, él. Dijo que venía a por... —Se quedó mirándole y él se acercó para darle un beso en la comisura de los labios.

—A por agua, pequeña, venía a por agua. —Le hizo un guiño.

—¿Algo que contar, hermana? —pregunté, arqueando la ceja y cruzándome de brazos.

—Yo me apuesto el sueldo de un mes, a que hay nueva boda exprés —dijo Valentino.

—¿Alejandra? —La llamé.

—No sé de qué habláis. Me llevo la tarta.

—Alejandra Martín, ven aquí —exigí, pero ella seguía caminando hacia el salón, seguida de un Saúl riendo por lo bajo—. ¿Tú sabes algo? —le pregunté a Valentino.

—Que habrá boda, y hasta ahí puedo leer. —Se encogió de hombros.

Vaya con mi hermana, qué callado se lo tenía. Seis meses, solo seis meses hacía que se conocían, ¿y estaban saliendo a escondidas? Mi hermana tenía mucho que contarme, pero mucho, mucho. Anda que no.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu